

E N C O N T R A N D O A D I O S

P E T U R G U D J O N S S O N

A l s e r h u m a n o d e l f u t u r o

C A P Í T U L O 1

EL GRITO

— ¡Dios ha muerto!—, gritó con voz gutural, y le pareció un sonido proveniente de las profundidades visitadas esa noche. Primero vivió una escena absurda y después otra y otra. Cabeceando y girando en su sueño, finalmente pronunció esas palabras, inundado de sudor. Despertó perplejo. Su compañera abrió los ojos y lo miró sobresaltada. Todavía dormida, sin capacidad crítica alguna, le miró como si fuera de otro planeta o estuviera entre sus propios sueños. Enseguida se dio vuelta y murmuró algo como que todo le parecía bien si él no se lo comía.

Mientras oía su suave respiración las pesadillas volvieron: vio en sueños que efectivamente no había ningún Dios en este mundo, ninguna inteligencia que dirigiera o que mantuviera reunido todo este vasto universo, ninguna dirección ni ninguna intención detrás o adelante. Lo peor era que no había protección. Se sintió pequeño e indefenso, solo en una altiplanicie desierta escuchando el ruido de los animales salvajes que se aproximaban, listos para devorarlo.

En el sueño, desesperado, llamó pidiendo ayuda. Llamó al Dios de su infancia y a continuación escuchó una voz gritando en el desierto:

—¿Qué te pasa? ¿No sabes que ese Dios de tu niñez hace tiempo que se fue? Dios ya no está aquí, Dios está muerto. Sí, claro, está muerto y hace mucho tiempo que se fue.

Y luego la risa, una asquerosa risa sarcástica que retumbaba en sus oídos y lo hizo sentirse más indefenso y solo. Aún la seguía escuchando cuando ya en pie se había percatado del horizonte de Manhattan y de que la ciudad estaba viva a las seis de la mañana.

Mientras preparaba el café, recordó el libro que leía la noche anterior: “Así hablaba Zaratustra”, de Nietzsche. Pensó por un momento que probablemente las palabras que gritó fueron tomadas de la famosa frase de ese libro, pero comprendió que esta explicación no significaba mucho. Por cierto, esto no le ayudó a deshacerse de la amargura, de la sensación de tener la boca llena de bilis, del nudo en el estómago ni del vacío fuertemente angustioso que sentía en su pecho.

No, John supo que este sueño tenía que ver mucho más con su propia vida que con la lectura de un libro. Un científico amigo suyo, quien sabía de su reciente interés por las cuestiones metafísicas, le había prestado la obra diciéndole que ésta le demostraría que no había Dios ni tampoco había necesidad de uno.

El universo está en orden y con la aplicación de la ciencia el hombre pronto podrá ejercer todas las funciones que Dios, aparentemente, ha ejercido, decía su amigo. Buscar un ser sobrenatural que esté detrás de todo es un esfuerzo vano, pues tal ser no existe. Además, quién le necesita si nosotros podemos hacer aquello que Dios se supone puede hacer y si bien no lo logramos todo hoy, ciertamente lo haremos mañana.

Al leer el libro hasta bien entrada la noche comprendió que podía estar de acuerdo con muchas de sus sugerencias, premisas e ideas; sin embargo, sintió que algo faltaba. Era la misma impresión que tuvo cuando escuchó la explicación que le dio el científico, era algo incompleto a pesar de la lógica que parecía tener. Pensó que quizá desconfiaba de las ideas del amigo porque lo conocía muy bien y sabía que a pesar de todas ellas, no era un hombre feliz. Tal vez por eso mismo desconfiaba de las ideas de Nietzsche, quién murió solo y miserable, apreciado por los nazis alemanes.

No, no fue el libro lo que causó estas pesadillas, quizás le tocó algo dentro de sí que lo impulsó a un completo caos. Ahora estaba despierto y ya iba en su segunda taza de café. Se sintió separado del bullicio de la ciudad que se tornaba cada vez más vivo con la luz del día. Una vez más la aglomeración era generada por sus habitantes, arrojados

diariamente a sus rutinas sin-sentido.

John estaba verdaderamente espantado por la intensidad del sueño y por el efecto que le había producido. Recientemente no había pensado mucho en Dios, ni en que su existencia o inexistencia haría mucha diferencia en él. Cuando le preguntaban sobre estos temas, decía sin convicción que creía en un Dios, en una inteligencia universal y que ocasionalmente visitaba alguna iglesia para encontrar paz o un sentimiento cálido en su interior; o que le gustaba visitar lugares de adoración y conocer otros credos, principalmente para entender a los pueblos y conocer sus culturas.

Cuando era pequeño, todas las noches repetía sus oraciones prefabricadas, porque creía que si no lo hacía algo malo le pasaría. Cuando creció se convirtió en un fuerte y atlético adolescente, en un estudiante sobresaliente en el colegio, muy reconocido. De alguna manera hizo todo bien sin Dios. Entonces, se detuvieron las oraciones, o mejor, se desvanecieron, como los juguetes y los juegos que los niños van dejando atrás.

Hoy Dios no era parte de su existencia diaria. Entonces, ¿por qué, de un momento a otro, se había vuelto un ser humano llevado y estremecido, casi enfermo, por un sueño acerca de esto?

Cuando se vestía, trató de disolver los efectos del sueño. Enseguida sucedió algo extraño, sin ninguna advertencia: sintió un gran dolor que nunca antes había experimentado. Le explotó dentro de él como si le hubiesen disparado. Cayó en un sofá en la sala donde se estaba vistiendo para no despertar a su novia. Sintió como si su amigo más querido, su madre, o alguien muy cercano a él, hubiera muerto; y como un destello de luz. Luego, todas las cosas queridas que había perdido en su vida parecieron pasar rápidamente ante sus ojos: su matrimonio fallido, la muerte de la abuela, el amigo que se suicidó, las oportunidades que desperdició. Lloró con un dolor tal que daba la impresión que sus intestinos estuvieran reventándose. Al mismo tiempo, una parte suya estaba observando todo esto completamente aturdida. Todo lo importante que había perdido vino a su mente. Cuando pensó en la pérdida definitiva de Dios su llanto se convirtió en el quejido de un animal herido o en el grito de un pequeño bebe con molestias físicas.

—¿Que té pasa, cariño?—, le preguntó su novia, quien se había despertado por el fuerte llanto, con una voz maternal mientras caminaba hacia él. Ella abrazó ese cuerpo masculino que había disfrutado la noche anterior pensando que nada detendría a este fuerte y poderoso hombre. Ahora, era casi como un niño indefenso en sus brazos.

John se avergonzó al verla, y no fue capaz de explicarle nada; pero eso no le importó a pesar de que había tratado de mantener una apariencia fuerte. Se dejó caer en sus brazos y puso su cabeza a descansar en el pecho de su compañera. Él sintió que no tenía defensas contra ella y entonces disfrutó las caricias de sus tiernas manos.

Luego, el llanto se detuvo tan repentinamente como empezó. Se levantó y fijó su mirada en el espacio con un amargo sabor de vacío en su interior.

—¿Qué pasa, John?. Cariño, puedes decírmelo si quieres.

Él estaba entumecido pero apreció el interés que ella demostraba. No le importaba hablar con ella o no explicarle nada. Solo se sentó, miró con fijeza hacia el espacio, un poco molesto por su esfuerzo de enfermera preocupada, mientras ella suavemente frotaba sus manos. Él quería soltárselas pero esto tampoco le importaba. Era como si ella estuviera y no estuviera allí, eso no importaba, nada importaba.

Algunas escenas de su vida aparecieron ante sus ojos: el atleta universitario, la máxima distinción, el estudiante sobresaliente. Era ambicioso y disciplinado y hacía todo lo que se esperaba que hiciera. Después de varias aventuras amorosas se casó con la mujer adecuada, tuvo grados en ingeniería y administración de empresas, muy solicitado y exitoso. Logró el trabajo adecuado ascendiendo dentro de la compañía, viajaba por todo el mundo, los mejores niños, la casa perfecta. Después, todo se convirtió en una rutina, los viajes al extranjero era una sucesión de filas en los aeropuertos, la misma comida rancia, el mismo olor de las habitaciones de los hoteles, las mismas mentiras en las reuniones de negocios. Su esposa tenía montado un papel

contradictorio, por una parte era una de esas feministas de la “Nueva Era”, y por otra una matrona tradicional. Sin compatibilidad alguna, la amante se convirtió en la madre y la madre en amante, y esta convivencia no funcionó.

Amaba a sus hijos pero nunca los entendió ni era afín con la escena familiar, entonces rompieron la relación. No sin antes haber asistido a un experimentado grupo-taller de cómo-ser-feliz para “salvar” el matrimonio, o por lo menos de cómo hacer para sentirse menos vacío. Hasta hicieron un paseo de turismo aventura.

Después de terminado el matrimonio, tuvo varios amores casuales y hasta se enamoró un par de veces. Pero por alguna razón, no quería establecer lazos muy duraderos con esas mujeres. Aquellas que pretendían algo serio con él comprendían que no llegarían a ningún lado y, por lo general, lo dejaban o las relaciones sencillamente se evaporaban.

Este fue el caso de Bridget, una hermosa, inteligente y hasta graciosa mujer. Ahora estaba sentada a su lado frotándole suavemente las manos y sintiéndose cerca de él, tan cerca que creía que esta cercanía iba a durar para siempre. A él no le importaba, ella podía pensar lo que quisiera.

Ahora, su vida era bastante pasable, dentro de lo rutinario y aburrido. Un buen trabajo pero nada emocionante; algunos desafíos de vez en cuando, tenis con Fred los martes y viernes, comer afuera con amigos o colegas de negocios, los niños un fin de semana al mes, esquiar en invierno, navegar en el velero en verano.

¡Ay dios, qué aburrimiento! Él continuó con su mirada en blanco y todos estos pensamientos ocurrieron a una velocidad increíble como en un vídeo que avanza rápidamente. Y las deliciosas mujeres que a veces eran graciosas, ¿para qué diablos?

La única cosa en que había tenido algún progreso era en la formación de su cuerpo: seis días a la semana iba al gimnasio y hacía sus ejercicios, disfrutaba al esforzarse. Pero cuando debía trotar una hora en el mismo lugar sobre una banda rodante, a veces se sintió un poco ridículo entre todos esos cuerpos-fenómenos. Mantenerse en forma hacía sentirse bien, pero también una buena comida y ninguna de las dos acciones era importante ni enriquecedora.

Más tarde, empezó de leer filosofía y religión del lejano oriente. Era un maníaco en todo lo que hacía, leía todas las noches estuviera o no con una amiga en su casa. ¿Por qué hacía esto?, se preguntó. Probablemente porque quería algo más de la vida, más de lo que había encontrado; tal vez porque quería canalizar sus energías en algo significativo, para sentir que él mismo importaba. Por cierto que había apoyado a muy buenas causas como a algunas organizaciones que recibían contribuciones regulares gracias a su tarjeta de crédito. Hasta había sido activo en la política, primero como estudiante y más tarde trabajando para un candidato, postulante para el Congreso. Pero se aburrió de la farsa y del engaño de la política. Decía que los negocios se basaban en el fraude y en el engaño, aparentando que se hacía algo por el cliente, cuando todo lo que se quería era quitarle su dinero. Con mayor razón la política iba mucho más allá. No recordó quién lo dijo, pero una frase le vino a su mente: “La política es el robo legalizado”.

Sí, pensó que había llegado el momento de dedicarse a algo importante. Ya había actuado en tantas cosas: la escena laboral, la escena familiar, la escena de hacer-bien-las-cosas, la escena de la nueva era. Intentó la religión: fue miembro de una secta budista por un año y allí también le pareció que algo faltaba, a pesar de todo el sonsonete que le agradaba, pero no lo convencieron las meras sugerencias de vivir una vida saludable con meditaciones.

Pero nunca se había preguntado verdaderamente qué podría hacer para que Dios formara parte de su existencia.

Cuando era un adolescente pensó que podría ser un monje, luego de leer acerca de

los Jesuitas y de Ignacio de Loyola, su fundador. Pero claro, nunca creyó seriamente en irse a un monasterio.

—John, dime, ¿no quieres contarme qué es lo que te está pasando?

Ella insistía, motivada por su comportamiento, pero él gentilmente retiró sus manos de las suyas, caminó hacia la ventana y fijó su mirada en blanco sobre el tráfico.

Luego se volteó hacia ella, la miró con los ojos inyectados en sangre e hinchados, y le dijo: “No sé exactamente qué está pasando conmigo, pero sea lo que sea, creo que es muy importante. Estoy intentando saber qué es, pero debo arreglar estas cosas por mí mismo”.

Agradeció su comprensión y le pidió dejarlo solo.

Ella estaba claramente disgustada, pero era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no había nada que pudiera hacer en ese momento. Lo abrazó, le expresó todo su amor y se fue.

John regresó a la ventana y a sus pensamientos.

¿Qué pasaría si realmente existiera Dios? ¿Qué pasaría si pudiera tener contacto con este ser poderoso? ¿Qué pasaría si pudiera estar permanentemente conectado con lo que, supongo, él sea: bondad, fuerza y sabiduría? ¿Qué pasaría si dedicara mi vida a Él?, se dijo en sus cavilaciones.

A medida que se hablaba a sí mismo, descubrió que empezaba a vivir una vida interior. Sintió algo cálido en su pecho y por primera vez en años un verdadero sentimiento conmovedor.

Pero primero debo encontrar a Dios y saber dónde está. Estoy seguro de que muchos se han preguntado estas cosas y han tenido idénticos deseos de dedicar sus vidas a algo significativo. Estoy seguro de que hoy existen muchos así. Debo encontrar a esa gente, debo aprender de aquellos que tienen algunas respuestas y no me detendré hasta obtenerlas y ponerlas en práctica. No importa lo que vaya a encontrar”.

¡Sí, esto es definitivamente lo que quiero!, se dijo con certeza.

John se dio cuenta de que esa búsqueda valía más que cualquier otra cosa en su vida, y siguiendo el comportamiento obsesivo de siempre, fue esa misma mañana a la oficina del presidente de la compañía y le pidió directamente un año de licencia para ordenar algunas cosas en su vida. El presidente, todo un hombre de la nueva era y recientemente divorciado, estaba feliz de conceder la solicitud de John. Él también ya había considerado esa posibilidad para sí mismo; además, pensó que como John era más conocido que él en los negocios y le hacía sombra, le convendría brillar con luz propia mientras John estuviera afuera. A su vez, éste tenía una buena posición en su contrato y lo último que podía querer es que se fuera con la competencia, la cual lo tenía en la mira.

Esa tarde John habló con algunos amigos cercanos, con sus padres y, por supuesto, con su ex esposa y sus hijos. No les dijo qué era lo que iba a hacer, excepto que necesitaba un tiempo para arreglar algunas cosas. La mayoría de ellos resultaron poco comprensivos al respecto. Unos pensaron que era una de esas crisis de la vida adulta, otros calcularon cómo su partida les afectaría a ellos. Su ex esposa opinó que él seguía siendo el mismo desgraciado egoísta de siempre y que esperaba que creciera y que fuera más responsable. Su madre, que también era una buena amiga, oía en su voz algo diferente. Le dijo: “Quisiera ir contigo. Hagas lo que hagas y todo lo que experimentes, tráelo de vuelta y compártelo conmigo, Johnny, ¿te parece?”

Una semana después John dejó su trabajo y comenzó su viaje.

C A P Í T U L O 2

EL VUELO

—Air India les da la bienvenida a bordo de su vuelo 425 con destino a la ciudad de Bombay, el vuelo durará aproximadamente 14 horas y le serviremos...

John observó atentamente a la azafata con su vestido de sari, su pequeño punto rojo-café justo en medio de sus grandes ojos café... ¿dónde se encontraría el tercer ojo?

Era agradable escuchar la voz calmada con acento hindú e inglés, pero no oyó más las palabras que había escuchado tantas veces, la misma rutina. Se sentía algo estúpido sentado otra vez allí en clase ejecutiva, aunque esta vez tenía un propósito completamente diferente.

Pensó en el clisé de ir a la India como un imbécil en busca de la iluminación espiritual, como si este fuera el lugar exclusivo para encontrar las respuestas correctas. Pero no comenzó su viaje por la India porque otros peregrinos hubieren estado antes allí; no, más bien fue a pesar de ello. Había conocido a algunos de los que estuvieron allí y que regresaron a la misma existencia vacía de todos los demás. Además, sabía de los negocios de los gurús que imparten sus enseñanzas para hacer dinero con el extravío de estas almas occidentales perdidas y listas para cualquier cosa. Efectivamente producían sus resultados haciendo creer al ingenuo cualquier cosa, con sus barbas, vestidos de blanco y el misterioso acento hindú.

Ya conocía el tema. El mismo, allá en su juventud veinteañera, fue atraído por el gurú del sexo, Rajnesh, a un ashram en las afueras de Bombay, en Puna. Fue aquel su primer viaje al Oriente, cuando hacía escala en Bombay y decidió quedarse allí por dos días. Había escuchado de ese gurú por un amigo alemán que le describió aquello como absolutamente salvaje, con orgías y de todo. Y entonces fue a Puna y llegó tarde, cuando las ceremonias ya habían comenzado y le impidieron participar. Quiso regresar, pero el gurú se trasladó a Oregon, se volvió famoso, compró 100 Rolls Roice blancos. Luego, el SIDA desalentó las orgías y el gurú simplemente murió.

No, John iba a la India a encontrarse con su amigo Linesh Desai, presidente de una de las mayores compañías de productos químicos de la India. Ahora, sentado con su cinturón de seguridad en orden y el avión ya listo para el despegue, recordó su primer encuentro con Linesh, un par de años atrás. Ocurrió que tenía una corta reunión con este hombre extremadamente ocupado y el encuentro duró casi 8 horas. La extraordinaria duración de la reunión se debió a unas preguntas previas que hizo a Linesh acerca de algunos aspectos que le habían interesado en uno de los templos de Bombay. Entonces el indio, en vez de darle una respuesta de cortesía o graciosa para continuar con los negocios, se lanzó para su sorpresa con toda una interpretación y lectura del significado de los dioses hindúes. Observando que John estaba realmente interesado en el tema, se transformó de hombre de negocios en lo que todos los hindúes son de corazón: grandes gurús o maestros dispuestos a convertirse en dioses. En esa época John participaba en grupos de autoayuda. Posteriormente se encontraron varias veces y también John lo había llamado para compartir asuntos que nada tenían que ver con los negocios. Sentía como si Linesh fuera su hermano espiritual. En todo caso, estaba convencido de que era el único que podía entender lo que quería actualmente.

No esperaba que Linesh fuera a darle la respuesta definitiva, no, pero estaba

seguro de que visitarlo a él era el mejor punto de partida. Algo así como tomar contacto con la tierra y con los conocimientos espirituales básicos. Sí, quería a Linesh como a un hermano y estaba buscándolo para tener con él una larga charla y lograr su comprensión.

Cuándo miraba por la ventanilla y comprobaba que el avión había despegado, pensó en la semana anterior a su partida y en la poca comprensión que había encontrado en sus amigos, en la familia y en sus colegas. Fred, su compañero de tenis, había sido tal vez el más explícito: “Hombre, no te entiendo, lo tienes todo, ¿por qué no puedes simplemente disfrutar lo que tienes?. Por cierto que tengo mis momentos de duda y me siento un poco triste algunas veces, pero qué diablos, eso es parte de la vida. Junto con las cosas buenas, uno siempre recibe cosas que no quiere.”

Su padre, como de costumbre, no dijo nada. Pero tal vez John vio por primera vez a un pequeño hombre enfrascado en sus asuntos y que nunca se había permitido preguntarse cosas tales como: ¿por qué estoy aquí, y para qué? Su padre tenía todo lo que su generación esperaba: el trabajo y la casa, los hijos y los nietos, el cocktail a las 5 de la tarde...

¡Qué triste!, pensó. Él es muy afortunado por tener una compañera comprensiva en mi madre, pero sería tan saludable abrirse un poco... Mas no, él no lo hará y ella no lo ayudará en esa dirección tampoco. Entonces un día se enfermará, estará asustado, desmoronado y morirá. Tal como su hermano Earnest, quien falleció el pasado mayo.

La azafata lo hizo salirse de sus pensamientos: ¿Qué le gustaría tomar, señor?. Ella estaba tan cerca que pudo oler esa particular fragancia hindú que muchas mujeres usan allí, un olor como a jazmín. Él podía detectar su textura húmeda y suave, que iba muy bien con sus amables movimientos. John leyó la tarjeta de identificación que exhibía y luego se adentró en sus hermosos ojos, viejos sabios ojos hindúes.

—Sólo agua, Tania. Ella sonrió con su amplio y sensual gesto. Él movió un poco la cabeza de lado a lado como lo hacen los hindúes entre sí, indicándole así que se interesaba por ella y por su cultura. Sus manos se tocaron fugazmente cuando ella le dio ceremoniosamente el vaso de agua y por ese breve instante fueron uno.

John no sabía si esto era el inicio de una aventura amorosa más, o si ella llegaba como una sacerdotisa que podría hacerle entender algo muy importante. Al tocar su mano supo que algo especial pasaría entre ellos. ¿Qué cosa? No tenía idea. Su estado casi de trance fue roto abruptamente por la voz de su compañero de asiento, un hombre bien vestido, mayor de sesenta años, quien en forma muy educada pero aburrida preguntó si también podría pedir algo.

—¡Claro, señor!. ¿Qué le puedo ofrecer?

—Como es un largo vuelo, me gustaría tomar un whisky doble con hielo”. Y dirigiéndose a John, agregó con tono de disculpa que normalmente no tomaba bebidas fuertes, sólo vino en las comidas, pero que en vuelos como éste un trago fuerte le ayudaba a dormir.

John observó a este hombre acicalado que hubiera pasado por un diplomático internacional de alto nivel o por un banquero de éxito, excepto por su collar negro que claramente revelaba su profesión.

—Padre Gregorio Black—, dijo mientras ofrecía su delgada pero húmeda mano con un muy buen trabajo de manicura, y le daba un débil apretón, como el de un contador o un burócrata. John le dijo también su nombre y supo que el sacerdote estaba a cargo de los asuntos financieros de la misión Católica en Bombay.

—¿No es desesperanzador tratar de convertir a católicos a los hindúes, padre?—

preguntó John, en parte por curiosidad y en parte por tomarle el pelo.

—Ah, no, nosotros pensamos que allí existe una gran necesidad como la hay en cualquier otra parte. Además, hay muchas personas en Bombay que han crecido con la fe católica en la colonia portuguesa de Goa.

—Pero no cree usted, padre, que los hindúes se las arreglan muy bien con sus propios dioses. Me parece que no necesitan uno más. Además, creen que hay muchas vías para seguir en la misma dirección. Entonces, ¿por qué deberían sumarse a una religión que dice que la verdad es solo una y que el resto iremos al infierno?”.

—No, nosotros no decimos eso. Decimos que la única salvación es a través de Cristo.

—Pero si Cristo nunca hubiera existido, si fuera sólo un mito como tantos otros, entonces el Cristianismo no tendría base de sustentación, ¿verdad?

El padre Black miró a John con una mirada que le decía: ¡Tú, traidor a tu raza, amante de la cultura extranjera, intelectual arrogante, verás a quién llamarás cuando necesites desesperadamente a alguien! ¡No será a Shiva ni a Krisna, no, será a Cristo!. Pero luego adoptó la mirada de santo y el “Yo-te-entiendo-hijo-mío”.

—Sí, pero Cristo existió y murió por nosotros los pecadores. Luego resucitó y con ello prometió vida eterna a todo el que creyera en él. Ninguna otra religión puede proclamar eso. Se recostó y con aire de satisfacción terminó su whisky.

El hombre que estaba a la izquierda de John, y que había escuchado la conversación sin que se percataran, dijo que no podía aguantar escuchar sin participar en la conversación y que estaba en desacuerdo con el hombre del traje, y negaba que la salvación sólo podía venir de Jesús. Él era un devoto musulmán y no tenía duda alguna de que todos los verdaderos creyentes tendrán una vida eterna si observan las leyes del Corán y hacen lo que se espera de ellos.

—¿Qué es lo que tienen que hacer?—, preguntó John. Él sabía más o menos las respuestas pero quería escucharlas de este señor, aparentemente un moderno hombre de negocios, quizá de Bombay o de Nueva Delhi, donde viven muchos indios musulmanes.

—Bueno, se debe rezar varias veces al día, observar el ayuno en el mes de Ramadam, dar anualmente una parte del salario a los necesitados, hacer el peregrinaje a La Meca y observar las leyes del Corán. Uno tiene que tratar de hacer lo que el profeta Mohamed dijo que deberíamos hacer y no lo que nos prohibió que hiciéramos.

Normalmente, el sacerdote hubiera dicho que todas las religiones tienen, por supuesto, algunas cosas buenas, para luego dejarlo ir sin más, sin provocar o insultar a personas del país donde estaba trabajando como misionero. Pero fue quizá debido al whisky o la intensidad de la conversación anterior o por su frustración con su propia orden, donde todos le temían porque controlaba el monedero, pero nadie lo respetaba porque no estaba realmente comprometido en el trabajo con la gente. En todo caso, el padre Black sintió que debía contestarle al musulmán.

—Sí, pero Mohamed no murió y volvió a nacer, nadie de su fe hizo lo que hizo Jesús. Entonces, ustedes no tienen garantía alguna de que en realidad poseerán la vida eterna, ustedes no saben si van a ser salvados”.

—Claro que sí, porque el Corán es la palabra de Alá y allí dice con palabras de Alá que vamos a ser salvados si somos practicantes musulmanes.

—Ustedes no saben con seguridad si esas son las palabras de Dios, ustedes sólo tienen que creerlo”.

—Es posible, igual que ustedes. Sólo pueden creer que Jesús resucitó e incluso que alguna vez existió.

John estaba sentado en medio de ellos disfrutando la conversación, pero sintiéndose un poco dejado de lado. Cuando vio la oportunidad de interrumpir, lo hizo.

—Discúlpenme, tengo una pequeña pregunta, aunque tal vez un poco estúpida: ¿Vuestra fe les ayuda realmente a creer cada vez con más fuerza en la vida eterna? Y en caso de ser así, ¿significa que tienen cada vez menos temor a la muerte?.

Los dos dijeron que eso era así, pues creían fuertemente en el más allá.

—Entonces, tengo otra pregunta para ustedes: ¿cómo podría ser salvado si no soy musulmán ni cristiano?

Ellos lo miraron con incredulidad y dijeron casi simultáneamente:

—Eso sería difícil.

Y el padre Black agregó: Tienes que tener la religión correcta.

Después de un momento de embarazoso silencio, John se puso en pie y dijo: Ajá, creo que eso es lo que debo hacer, pero por ahora tengo que ir al baño.

Llevaban volando una hora y media y John quería estirar sus piernas y no seguir apretado en medio de estos dos defensores de la religión. En realidad no tenía ganas de ir al baño, pero fue a la parte trasera del avión y se sentó junto a la ventanilla de uno de los asientos vacíos. Necesitaba recoger sus pensamientos, necesitaba pasar revista a lo sucedido en las semanas anteriores. Habían pasado muchas cosas y tan rápido, que no había tenido tiempo de digerirlas.

Desde que había decidido buscar a Dios, no había dejado pasar oportunidad para preguntar a la gente acerca de Dios y de su relación con Él.

Estimó que para la mayoría de la gente Dios significaba alguna de estas posibilidades:

Un protector que debería garantizar un pasaje seguro a la otra vida y que nada malo le suceda a la gente en su vida diaria.

Una energía o una bondad que está en todos lados y en todas las cosas.

El Creador, el Padre, un ser todopoderoso, un sabelotodo que está en todas partes.

Algo como un juez de pequeñas exigencias que reparte castigos y recompensas según los casos, quizás una suerte de policía de barrio que vigila las acciones e intenciones de los pecadores.

Para algunos un ser espiritual que está dentro de las personas, cerca de ellas, o ambas cosas.

Y por supuesto combinaciones de todas estas posibilidades.

Están aquellos que “usan” a su Dios en la vida diaria y le rezan sus oraciones formal y regularmente, en general para evitar desgracias. Otros lo invocan para ganar la lotería, para la buena suerte y en definitiva como al mago que les ayudará a superar las dificultades del día.

John no había encontrado, prácticamente, personas que utilizaran a Dios para su desarrollo espiritual o para algún otro desarrollo en cualquier sentido. Es cierto que algunos se valen de Dios como guía para ser buenas personas y para que les ayude a cumplir los principios y las reglas de su religión.

En suma, hasta ahora no había encontrado a nadie que estuviera interesado en Dios

por la misma razón que él lo estaba; ninguno se preguntaba qué era Dios y para qué existía y cómo se podría conectar con Él para aprender, expandirse y entender más.

Tal vez Dios no era más que una ayuda psicológica similar a otras imágenes, según lo había aprendido en cursos de control mental e imágenes guiadas. Tendría esa función de protector, que se parece mucho a cosas que ha leído, de espíritus o ángeles guardianes en los que la gente cree y que la hace sentirse mejor si se “comunica” con ellos.

Estaba un poco confundido, miró afuera en la oscura noche y sólo vio las luces intermitentes de las alas. Un momento de duda le invadió cuando pensó por un instante que tal vez su búsqueda sería en vano, que estaba buscando algo que no estaba allí. Quizá Dios no era más que una creación humana, una imagen útil en su mente.

Durante la semana había pensado varias veces si no estaría realmente loco por esta búsqueda, porque nadie que conociera había dejado su trabajo, ni siguiera temporalmente, para buscar a Dios. Con frecuencia le venía a la mente la siguiente duda: ¿por qué no podía disfrutar de todo lo que tenía y sacar provecho de ello, tal como le dijo Fred, su compañero de tenis?. Pero el pensamiento terminaba siempre de la misma manera: “Yo no soy feliz como soy, he probado todo lo demás, he intentado el dinero, el amor, la familia, un buen trabajo, amigos y me siento vacío por dentro. Quiero hallar una profunda conexión con la vida, quiero vivir una existencia significativa”.

Cuando tales pensamientos reaparecieron, sentado allí mirando hacía la oscuridad inmensa, una frase se le vino a la mente: “No hay sentido en la vida si todo termina con la muerte”.

¿Qué?! John se sorprendió por la fuerza y nitidez de este mensaje. No sabía por qué aparecieron esas palabras, mientras trataba de recordar dónde las había leído. Hasta que se acordó de una ocasión en una librería del aeropuerto de Buenos Aires, unos pocos años atrás, cuando buscaba algo para leer de vuelta a Nueva York. Allí vio un libro con un título insinuante: “Humanizar la Tierra”, de un escritor que tenía un nombre corto. A John le gustaban las letras grandes, entonces inmediatamente abrió el libro y en una de las primeras hojas estaba aquella frase. Él recuerda como si fuera hoy que decía en español “No hay sentido en la vida si toda termina con la muerte”. John hablaba el español después de varios veranos con sus abuelos en Colombia y de haber trabajado frecuentemente en Latinoamérica.

Yo no quiero simplemente ir de viaje, quiero continuar algo. ¿Pero qué tiene eso que ver con mi búsqueda de Dios? Sintió que había una conexión entre las dos ideas mientras volvió a su silla. Cuando se sentó, las luces de alerta en la cabina se encendieron y la voz del capitán anunció que habría turbulencias más adelante, que por favor se abrocharan los cinturones y plegaran las mesas.

La turbulencia golpeó casi enseguida sacudiendo al avión progresivamente. Notó cómo su compañero, el sacerdote, se puso pálido, mordiéndose los labios y sujetándose fuertemente del brazo de la silla.

—¿Por qué está asustado, padre?.

—Bueno, realmente no estoy asustado, sólo que no me gusta cuando el avión se sacude.

—Pero no hay nada que temer, porque la única cosa que puede pasar es que el avión caiga y todos muramos.

—Sí, eso es exactamente lo que no quiero.

—Pero padre, usted no tiene por qué preocuparse. Si caemos, usted va al Paraíso y nosotros no.

—Sí, ya lo sé, pero todavía no estoy preparado.

—Bueno, padre, le digo que no hay nada de qué preocuparse, porque estos aviones nunca se caen por turbulencias como ésta.

—¿Está seguro de eso?.

—¡Absolutamente!”.

El sacerdote se soltó del asiento, se relajó un poco y lo mismo hizo el musulmán, quien también estaba aterrado al lado de John.

—¿Usted está seguro de que todo está bien?—, dijo vacilante.

—Claro que sí, he estado frecuentemente en turbulencias como ésta y aún sigo sonriendo.

John no estaba diciendo completamente la verdad a pesar de que había viajado muchas veces por el mundo y se había encontrado con toda clase de climas. Siempre sentía un nudo en el estómago cuando el avión comenzaba a temblar. Pero de ninguna manera estaba tan asustado como estos dos religiosos. Entonces, tal vez su Dios no sea tan útil si ellos aún temen tanto a la muerte. A lo mejor no creen realmente en sus dioses. Seguramente creen que su existencia termina de todos modos con la muerte; de lo contrario, no deberían estar tan asustados. Parece que sus vidas no tuvieran ningún sentido.

Entonces, tengo que deshacerme del miedo a la muerte, eso es seguro, porque todavía lo tengo aunque no lo demuestre. Tal vez primero tenga que eliminar el miedo a la muerte antes de poder encontrar a Dios.

Entendió un poco más la frase que había leído en Buenos Aires y se prometió que leería el libro tan pronto como le fuera posible.

Sintió que había comprendido algo muy importante y quería agradecer a alguien o a algo su nueva percepción.

Mientras el sentimiento de gratitud crecía escuchó una fuerte voz en su interior: “Sigue adelante, John, estás en el camino correcto”. Sabía que era él mismo hablándose, pero le pareció que esa voz venía de otro lugar en su interior hasta ahora desconocido y que estaba haciendo su aparición.

Unas pocas horas antes de aterrizar en Bombay tuvo una corta pero muy intensa conversación con Tania. La mayoría de la gente dormía cuando fue a buscarla. Ella estaba en el apartado de las azafatas como esperando que él la fuera a visitar. Le preguntó con vivo interés qué iba a hacer a la India: Él vaciló por un momento y decidió que no iba a volver a hablar de más, nunca más. Entonces se sintió muy abierto y vulnerable y le contó toda la historia: lo que estaba buscando, que iba a encontrarse con su amigo Linesh y que después iría a otros países, adonde su búsqueda lo llevara.

Ella escuchó atentamente y dijo: “Es hermoso, me gustaría compartir mis pensamientos en este campo contigo. ¿Podemos encontrarnos mañana en la noche en el salón del Hotel Oberoi, como a las ocho en punto?”

No fue necesario continuar hablando, él se sintió libre y muy agradecido de nuevo,

pero esta vez pensó que estaba agradeciendo a esa parte de su ser que le había dicho que se encontraba en el camino correcto.

Sí, sintió que caminaba por el camino correcto.

C A P Í T U L O 3

EL ATERRIZAJE

Linesh estaba en la rampa de aterrizaje junto a la puerta de salida del avión, como era de costumbre. Cuando sus ojos se encontraron, Linesh se sonrió como un sol radiante, sacudiendo su cabeza rápidamente de izquierda a derecha, como una cobra moviéndose al ritmo de la flauta. Tomó las manos de John y permaneció como una roca, sonriendo e investigando su alma.

—¡Bienvenido, mi amigo, bienvenido!

Caminaron en silencio por la rampa y cruzaron la aduana, sintiendo mutuamente la presencia del otro, sin arruinar el momento con frases huecas tales como “¿Qué tal el vuelo?”.

Después de un rato de formalidades con el personal de aduana, fueron directamente al automóvil de Linesh, donde ya se encontraba el equipaje traído por su gente.

¡Ah, era muy grato estar de vuelta en la placentera brisa de la noche de Bombay, con sus olores y sonidos tan particulares!

Mientras entraban a la ciudad, había todavía gente en las calles. Siempre pensó que la gente se comunicaba telepáticamente con los conductores, porque nada más podría explicar que los automóviles se desplazaran peligrosamente entre la multitud sin atropellar a nadie.

—Entonces, amigo, haz decidido ir en busca de Dios. ¿Tú crees que lo vas a encontrar?”.

—En efecto, eso espero, pero para serte sincero no estoy seguro todavía de qué es lo que estoy buscando y tampoco sé cómo hacerlo. Ni siquiera sé con precisión por qué lo estoy haciendo. Lo único que sé es que debo averiguar. Además, todo lo demás tiene muy poco sentido para mí actualmente. Entonces, ¿qué puedo perder?”

—Veo que tenemos mucho de qué hablar esta noche.

Después de la comida con Linesh y su familia, salieron a la terraza desde donde se podía observar la bahía. Se acababan de perder el atardecer, que para John son allí los más hermosos del mundo.

—Entonces, mi amigo, tenemos toda la noche para nosotros. Lo que pueda hacer por ti, sólo pídelo.

John dijo que no tenía en claro sobre qué hablar, que sólo quería compartir con detalles todo lo que le ha pasado últimamente y exponer las razones de por qué estaba allí. Además, expresó su deseo de ir al día siguiente a visitar templos.

Le contó toda la historia: la escena en el apartamento, la decisión y la semana siguiente cuando hizo investigaciones preliminares por su propia cuenta, y por supuesto las discusiones religiosas a bordo del avión y cómo sus compañeros de viaje carecían aparentemente de fe en sus dioses y en su misma salvación. También le contó de Tania y de la voz que escuchó en su interior.

—John, ¿estás seguro de que estás buscando a Dios, o simplemente andas buscando cómo llevar una existencia significativa y sentirte vivo, abierto y conectado con los demás, contigo mismo y con la vida misma?.

—Si, yo estoy buscando eso, por supuesto, pero pienso que es más que eso también. Quiero entender, quiero saber si en realidad hay un Dios, qué es y cómo puedo conectarme con Él permanentemente. Y quiero explorar qué es la muerte. Es decir, quiero estar seguro de mi continuidad después de morir.

—Bueno, esas son diferentes cuestiones. Si todo lo que quieres es lo que la mayoría de la gente quiere con su Dios, entonces hay muchas maneras de encontrarlo, sin tener que llamar a ningún poder superior fuera de ti mismo.

Linesh se tornó magistral, se convirtió en el mago psicológico que proyecta con claridad cristalina todo el conocimiento popular que los hindúes han acumulado por miles de años. Por supuesto, un conocimiento muy superior al de los promotores occidentales de la psicología popular que John había conocido. Linesh le habló acerca de cómo mucha gente encuentra la paz orando a sus dioses, pero que podrían obtener iguales resultados si conocieran cómo meditar correctamente, sin hacer referencia a ninguna deidad.

Linesh invitó a John a hacer un experimento de meditación que le habían enseñado.

—John, siéntate derecho e intenta vaciar tu mente de todo pensamiento.

Tomó una hoja escrita y le indicó que cerrara los ojos. Seguidamente, comenzó a leer así:

“Relaja tu cuerpo completamente y aquieta tu mente. ** 1

“Ahora, imagina una esfera cristalina y luminosa en lo alto que baja lentamente hasta ubicarse frente a tus ojos. **

“Luego, introdúcela en tu cabeza y lentamente bájala por tu garganta hacia tu pecho, a la altura de tu corazón, donde ya no puedes verla, pero sí sentirla. **

“Ahora la esfera se expande dentro de tu pecho, y tienes una cálida sensación, un sentimiento de paz y tranquilidad. **

“Continúa expandiéndola en todas las direcciones, mientras tu respiración se hace más profunda y regular. Expande esa sensación de paz y fuerza hasta los límites de tu cuerpo. **

“La esfera se ha expandido tanto que tú estás incluido en ella. Pronto vas a tener nuevas sensaciones en tus manos y en el resto del cuerpo y luego brotarán sentimientos, pensamientos e imágenes positivas. **

“Trata de ver la Luz de la Fuerza dentro de tus ojos. Esa fuerza que da vida a tu cuerpo y a tu mente. **

“Trata de sentir la Fuerza en tu interior en todo su esplendor. **

“Deja que la Fuerza se manifieste por sí sola. **

“Ahora, contrae la esfera lentamente en tu pecho y súbela en forma suave hacia tu cabeza y fuera de ella, y déjala que se vaya hacia lo alto”. **

Linesh hizo una pausa y le dijo a John que abriera los ojos.

—¿Cómo te sientes?.

—¡Me siento estupendamente, esto fue maravilloso!

—¿Viste? Es sólo una técnica psicológica y tú mismo la puedes hacer todas las veces que quieras y donde quieras. Ya ves, no hicimos referencia a ninguna deidad; sin embargo, probablemente estés tanto o más tranquilo que aquellos que van a un templo.

Linesh continuó con sus enseñanzas, habló de cómo la gente utiliza a sus dioses para obtener afectos o cosas parecidas y cuando lo logran, se lo atribuyen a alguna acción de su Dios.

—Pero los resultados nada tienen que ver con Dios, ocurren porque quienes «piden» se predisponen positivamente para que las cosas les salgan bien. Esto tiene que ver con el poder que tienen las ideas positivas, reforzadas por algún comportamiento ritual. Fíjate que algunas personas piensan que las cosas le van a ir bien si comen

ciertas cosas o si se sientan en su silla favorita, si le arrojan agua a sus dioses, si les ofrecen algo o cosas por el estilo. ¿Qué es lo común entre un ritual diario y el comportamiento religioso? Bueno, en ambos casos la gente cree que las cosas van a funcionar y es esta creencia la que hace que las cosas funcionen, no es fundamental que nos sentemos en una silla o que arrojemos agua a un Dios. Solo mira a los atletas y verás que son muy supersticiosos, pero saben que si verdaderamente creen que podrán lograr hacer tal salto o tal rutina de gimnasia, las cosas van a salir bien. Si tienen dudas, sus músculos no van a trabajar bien y van a caer. Entonces, lo que tenemos que aprender es a entrenar nuestra mente para pensar positivamente. Tenemos que fortalecer los pensamientos, fortalecer las emociones y actuar de acuerdo con ellos. John, tú sabes que esto es así con sólo mirar tu propia vida, y que siempre que has querido algo, que has tenido claro lo que quieres, el porqué lo quieres y sabes cómo vas a hacer para obtenerlo, nada te detiene y puedes conseguirlo mientras creas firmemente que lo vas a lograr.

John reflexionó por un momento acerca de cosas que había deseado: su graduación, su primer trabajo, algunos negocios y por supuesto sus éxitos en atletismo. Sí, entendió perfectamente de qué le estaban hablando.

—Entonces no necesitamos de Dios para tener paz y éxito en la vida cotidiana—, observó John.

—¿Para qué más necesitamos a Dios?—, Linesh continuó. Como un escape a las dificultades cotidianas. Mucha gente se vuelve religiosa porque siente que en la vida terrenal no hay nada para ellos. Son pobres o han experimentado situaciones difíciles, entonces se consuelan diciendo que todo estará bien cuando lleguen a la “tierra prometida”. Pero si hicieran el bien aquí en esta vida, ¿necesitarían de la religión? No creo. Para ellos, la religión y Dios son como una suerte de droga para aturdirse, una vía de escape de las dificultades diarias. Por algo dijo Marx que la religión es el opio del pueblo.

—¿Es así como ves que la creencia en la reencarnación funciona aquí en la India, Linesh?.

—En términos generales, sí. La gente sufre por sus dificultades ahora porque piensa que las cosas en la otra vida van a ser mejores. Su Dios es el guardián que les asegura que obtendrán un trato justo en la próxima ronda. Finalmente, la gente utiliza a Dios como ayuda para superar el temor a la muerte. Oran para garantizar su continuación. Sin embargo, hay otras maneras de tratar con la muerte sin vincularla a un Dios. Uno podría, por ejemplo, imaginar la propia continuación en los hijos o pensar que los pensamientos o las acciones realizadas van a continuar en el tiempo.

—Sí, he conocido gente que dice lo mismo y, sin embargo, continúan temiendo a la muerte; entonces, esta teoría no les ha servido.

—Tienes razón, John, esas teorías no son muy útiles, pero creer en Dios tampoco ayuda, como tú lo dijiste sobre tus compañeros de viaje. Entonces, todo lo que podemos decir es que creer en Dios no es suficiente para deshacerse del miedo a la muerte.

—Queda la pregunta de la protección. Muchas personas ven a su Dios como alguien que ejerce una vigilancia activa sobre ellos, día y noche. Nunca he entendido esto, porque a mi ver, si Dios está ocupado con todo el universo, ¿cómo podría estar preocupado por cada ser humano de este planeta tan pequeño? Aparte de esto, parece que la mayoría de la gente sí tiene dudas sobre si en realidad Él siempre está mirando. Probablemente sería más saludable construirse uno mismo dándose confianza para que atienda todas las situaciones. Esto, obviamente, requiere de entrenamiento mental y emocional. Si se obtiene, entonces no se necesita de un Dios protector. Simplemente uno mismo se cuida y tiene la capacidad de manejar todas las situaciones, hasta las más difíciles e inesperadas.

—Entonces, ¿cómo son las cosas?. Vemos que no necesitamos a un Dios para tener paz o protección ni tampoco para lograr resultados positivos en nuestras actividades

diarias. Además, definitivamente no sirve como una droga para escapar de las dificultades. Finalmente, no parece ser muy útil para deshacerse del miedo a la muerte.

—Sí, pero aún está la pregunta de comprensión—, insistió John. Yo quiero saber si realmente hay un Dios detrás de todo esto, quiero entender de qué se trata este universo y esta vida, y si es que hay un Dios, quiero estar conectado con él, quiero sentir su presencia diariamente.

Linesh pensó por un momento, cosa rara en él puesto que normalmente a toda pregunta ofrecía una respuesta inmediata.

—Sí, pienso que si elevas tu nivel de conciencia, si despiertas como el Buda, te conectarás con la fuente de la vida eterna, te convertirás en un Dios tú mismo y entenderás absolutamente todo.

—¿Pero cómo hago eso?

—Hay varias técnicas que supuestamente te ayudan a lograr esta conciencia de Dios. Técnicas tales como el yoga tántrico o yoga energético, que utiliza la energía sexual para despertar la fuerza interna, o también a través de una profunda y continua meditación.

—Sí, ¿pero conoces a alguien que haya logrado eso?

Linesh se mantuvo callado.

—No, pero he leído acerca de ello y me suena lógico.

—Tú lo has intentado.

—Yo he tratado un poco, pero eso requiere de una total dedicación si quieres lograr los resultados que deseas.

—Pero Linesh, yo sé que tú eres un buscador, y estoy seguro de que habrías dejado todo, realmente, si creyeras que estas técnicas producen los resultados deseados. Entonces, esto que me dices significa que no crees en ellas. ¿No es así?

Linesh sonrió complacido, porque su amigo lo había cogido en su propio juego, en sus propias mentirillas.

—Bueno, digamos que tal vez yo no he llegado todavía al momento en que tú te encuentras, listo para abandonar todo por la búsqueda.

—Entonces, ¿existiría la posibilidad de responder algunas de mis preguntas con estas técnicas, Linesh? ¿O tal vez la única manera de incorporarlas es intentar tener un contacto directo con Dios? ¿Esto es lo que nuestra discusión nos ha dejado, mi amigo?

Continuaron largo rato con la conservación. Linesh estaba muy diferente, ya no era más el profesor, era más humilde y hablaba acerca de su propia vida, de sus negocios, de la esposa e hijos, de su posición en la sociedad. Por supuesto, no estaba tan satisfecho como lo parecía estar. Ni siquiera dijo en ningún momento que después de lo dicho aquella noche las cosas no seguirían iguales. Sabía que aún no estaba totalmente preparado, pero quería estar en constante contacto con John en su viaje, porque no sería sorprendente que más tarde él siguiera sus pasos.

Temprano al día siguiente fueron a un lugar comúnmente conocido como “el lago”, en donde se podían encontrar toda clase de templos diferentes, de religiones o de fenómenos espirituales.

Primero entraron a un típico templo hindú con diferentes estatuas y gente realizando sus rituales. Había una mujer vertiendo leche sobre los genitales de Shiva y acariciándolos, mientras el falo apuntaba majestuosamente hacia el techo.

—Disculpe, ¿le importaría si le hago una pregunta?

La mujer, de unos treinta y tantos años, estaba un poco asustada, pero asintió

sonriendo.

—¿Por qué hace esto?—, le preguntó John a través de Linesh.

—Porque así puedo tener un hijo.

—¿Usted cree que si le vierte leche a Shiva lo va a lograr?

—¡Por cierto que sí!.

—¿Pero qué piensa cuando está haciendo esto, le reza a un Dios?

—Sí, claro, yo rezo mis plegarias al Señor Shiva, pero también pensaba en que la leche de mi marido debe ser más fuerte y le pido a Shiva para que ayude a que así sea. Cuando vierto la leche sobre Shiva pienso en la leche de mi marido y en que será más fuerte relacionándola en mi acto con la poderosa energía vital que el Señor Shiva tiene.

—Pero, ¿quién es Shiva para usted?

—¡Oh!, el Señor Shiva está en todas partes y él lo es todo. Él es el Padre, el Creador y toma muchas formas.

—Si usted quisiera que le fuera bien en los negocios, ¿le rezaría a él?—, John preguntó.

—No, no. En ese caso tendría que rezarle a Ganesh, él es tan inteligente..., agregó ella.

Dentro de ese mismo templo había mucha gente rezándole a Ganesh, el Dios con cabeza de elefante, el Dios inteligente, el Dios de los negocios, el Dios protector de Bombay, la ciudad del comercio.

John le preguntó a un hombre de negocios de mediana edad qué era lo que estaba haciendo cuando le rezaba a Ganesh. Era un hombre claramente bien educado y de prestigios ganados, y dijo que él no creía que Ganesh haya existido por siempre, pero sus cualidades sí, en hombres diferentes y en diferentes grados. Entonces, cuando le “rezaba”, en realidad estaba tratando de incrementar la propia inteligencia, su propia astucia. Cuando él miraba a Ganesh, reflejaba y relataba sus historias acerca de sus inteligentes soluciones. Cuando él rezaba era como si estuviera invocando a una fuente de estas cualidades para tener un poco de ellas para sí mismo.

—Claro que hay muchos, dijo, que no lo ven así. Piensan que Ganesh existe y le oran a esta entidad, a este Dios.

Saliendo del templo, Linesh le dijo a John que la manera de este hombre de ver a los diferentes dioses era muy inteligente y correcta, que así era exactamente como él se sentía en las pocas ocasiones en que iba a un templo.

Después de haber visitado varios templos, observar los rituales, preguntar a la gente sobre sus creencias y comprobar cómo generalmente coinciden en las mismas dos categorías que habían descubierto con Linesh, John observó que algo no habitual sucedía en el interior de una choza muy pequeña donde podían entrar sólo dos personas por vez. Sin embargo, era como un templo diminuto. Lo que a John le pareció desacostumbrado fue que no había ninguna estatua adentro, no había imágenes de dioses. Los únicos artefactos en el interior eran una vieja máquina de coser Singer, probablemente del año 1945 y una vieja foto de un levantador de pesas búlgaro, alguien que ganó una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

Adentro había un hombre viejo y flaco vestido con el traje tradicional hindú de los pobres, que a John siempre le habían parecido como pañales gigantes.

—¿Por qué tiene estos artefactos aquí?—, John preguntó.

—Dios está en todo, mi hermano. Él creó la máquina, Él está en esta máquina, y en este hombre. Esta gran fuerza y determinación es el trabajo de Dios. Cuando yo los miro o pienso en ellos me siento más cerca de Dios.

A la salida de este distrito, una vista aún más extraña capturó los ojos de John: una

pila de boñiga de vaca en forma de cono con dos pedazos de papel blanco pegados que semejaban ojos de carbón mirando hacia el cielo. Ninguno de los lugareños se detenía ante este “monumento” y nadie parecía cuidarlo.

Había un grupo de ingleses jubilados observando este fenómeno, y una pequeña y vivaz mujer preguntó emocionada a su compañero:

—¿Es esto alguna clase de arte de vanguardia?

—No, dijo el otro, a mí me parece que es una pila de mierda. ¿No sientes el olor?.

John comprendió, por haber estado muy a menudo en la India, que lo visto significaba simplemente que Dios está en todas partes, hasta en una insignificante pila de mierda.

—Yo entiendo que la gente estime que Dios es algo que está en todas partes, pero para mi mente científica, es como decir que hay energía en todo. Para mí la energía no es Dios; esta no es inteligencia activa, solo está ahí, comportándose de acuerdo con leyes establecidas. Probablemente fue maravilloso descubrir que hay energía en todo, como hoy lo sabe cualquier niño de una clase de física elemental.

Linesh estaba de acuerdo con su amigo.

Se estaba haciendo tarde y John tenía que encontrarse con Tania. Linesh viajaría con él a Calcuta temprano en la mañana. Pero no podían dejar este lugar sin ir a uno o dos ashram.

En el interior de un ashram había un gurú de barba negra sentado que observaba esta “manada” compuesta de 150 o más seguidores, la mayoría occidentales. Cuando entraron los dos amigos, el gurú los observó como hace un buen vendedor de zapatos, que no solo puede hacer que el cliente se pruebe los zapatos, sino que controla todo el espacio, conectando con todos los otros clientes, no dejando escapar ni a uno. Y así los que entran en el ashram siguen al gurú por medio de sus señas, con esa especial sonrisa seductora en los ojos de los vendedores de zapatos que dice: “Venga y mire, tengo lo preciso para usted”. El gurú se encontró con las miradas de Linesh y John, y supo que había sido cogido en su propio juego. Pero cuando observó que no lo iban a juzgar, sonrió con una de esas sonrisas cómplices que esgrimen las niñas cuando están compartiendo un secreto. Linesh y John le devolvieron la sonrisa. Era un timador encantador y no era cuestión de revelar sus intenciones a esos ingenuos buscadores de salvación.

Un joven alemán de veinte y tantos años, con una foto del gurú en un medallón en su cuello, dijo que el gurú tenía aspectos de Dios. Aclaró que algunas veces las respuestas que él gurú daba a sus preguntas no eran respondidas de inmediatas, pero que pasado el tiempo, alguna otra persona, tal vez en la calle o de regreso a casa en Alemania, diría algo y esa sería la respuesta.

¿Creía que el gurú era Dios? No, dijo, pero Dios está dentro de él y comunicándose con él. Tocarlo era lo mismo que estar tocando a Dios.

Esto le hizo recordar a John la graciosa historia de la niñera que había cuidado del gurú Majari Ji's, el gurú de “chocolate”. Llamado así porque era un glotón de los chocolates que cuando estaba en la cima de la fama sólo tenía 16 años. Entre todas sus rarezas, se acordaba de sus seguidores que le debían besar los pies, pero para hacer esto tenían que gatear a través de un túnel de cierta longitud hecho con telas que no permitían ver al propio gurú. Normalmente, esta ceremonia se realizaba en las tardes y duraba horas, dada la gran cantidad de seguidores. Entonces, en una oportunidad el gurú quiso ir al cine y puso en su lugar a su cocinero gordo, que sentado en el trono le besaban, chupaban o lamían los pies.

Observaron a la gente inmersa en un ejercicio de meditación, respirando

pesadamente y a las mujeres emitiendo toda clase de sonidos de orgasmos. Sí, esto era definitivamente mejor que muchos de los casos de “elevados” con drogas; esta era una voladura natural, mucho más saludable que las drogas. A John no le parecía que la búsqueda de un goce sensual así fuera similar a la de aquellos que utilizan drogas para estimular nuevas sensaciones. O a la búsqueda de los que quieren sentirse “bien” con bebidas o aun experimentando únicamente con sus papilas gustativas, probando comidas diferentes. Distinto es tener la prisa de correr una distancia larga, o de sentir el sol acariciando el cuerpo mientras uno se siente parte del todo, en paz, alegre y fuerte.

Sí, todas estas sensaciones son gratificantes, pero Dios no es solamente un conjunto de sensaciones; éstas son sólo parte de nuestro cuerpo.

Al salir de allí y discutir esta experiencia en sus detalles, John le dijo a Linesh que había entendido algo muy importante. Dios no está para ser encontrado abandonando nuestras propias facultades de crítica ni poniendo nuestra propia fe fuera de nosotros, sea en un gurú, en otra persona, en el sistema, en un héroe del deporte o en un político. Ni siquiera en un Dios externo. ¿Por qué? Porque cuando tengo más confianza en mí mismo y estoy más alerta, el gurú se convierte en un farsante y el Dios en un simple pedazo de piedra.

—Linesh, todavía no sé lo que es Dios, pero entiendo que debo sentirme fuerte internamente antes de pretender buscarlo. Tal vez deba estar en condición de no necesitar a Dios. Entonces probablemente, encontraré a Dios.

Linesh miró a John. No le dijo nada, pero su mirada expresó más que muchas palabras. Era una mirada que decía: “Finalmente haz puesto el primer bloque del edificio”.

¹Observación del autor.

John realiza ciertas experiencias y ejercicios y diferentes vivencias en este libro. El lector puede leerlas como cualquiera otro pasaje y no ir más lejos. Pero puede tratar de experimentar por sí mismo siguiendo las imágenes propuestas, para lo que tiene que pedir a alguien que le lea en voz alta tales experiencias, o bien grabarlas en un casete y escucharlo. Cuando hay dos asteriscos (**), significa que el lector debe hacer una pausa para recrear la experiencia.

C A P Í T U L O 4

TANIA

Tania estuvo allí cinco minutos antes de las ocho. Había decidido cambiar su habitual sari por un sarong, otro vestido hindú con el cual lucía radiante y hermosa.

La saludó con un apretón de manos, sintiendo su calor y femineidad a través de ellas. Se quedó mirándola, indagando dentro de su alma, buscando su ser más profundo. Sin decir una palabra, ella lo llevó hacia el bar donde se sentaron a una de las mesas.

Una vez allí, ella le preguntó cómo había sido su día y él le comentó todo lo sucedido, sus pensamientos y sentimientos y tuvo la sensación de que no había dejado pasar ningún asunto por alto. Cuando él habló acerca del gurú, de la pequeña mujer inglesa y el mojón de vaca, y sobre la mujer que acariciaba los genitales de Shiva, se rieron con muchas ganas.

Después, John habló del descubrimiento más importante del día, de la posibilidad de encontrar a Dios sólo si uno no lo necesita para los quehaceres diarios, ni para las situaciones extremadamente difíciles que uno experimente, incluida a la muerte, pues el ser humano como tal tiene la capacidad de ser realmente fuerte. Quizá lo único que podemos hacer es utilizar nuestra fuerza para sobreponernos al miedo a la muerte. Especulaba que esta actitud hacia Dios era similar a la fórmula para una buena relación: cuando uno no la necesita es posible que funcione. En una relación, cuando una de las partes es intelectualmente insegura, la otra la compensa, de manera que la relación se basa en esa compensación. Lo cual significa que cuando la persona insegura llega a ser segura, se miran asombrados y se preguntan: ¿Quién es usted? Esto lo sé por experiencia. Una vez viví con una mujer que me abandonó cuando creyó que era tan inteligente como yo, dijo con una sonrisa. .

Tania se quedó pensando por un momento y dijo agitadamente: “¡Entonces, todas las religiones son innecesarias! Quiero decir, todas las religiones que conocemos. Pero en tal caso, las personas tendrían realmente que observarse a sí mismas en forma diferente, tener mucha autodisciplina y la habilidad de indagar en su interior para que se pueda lograr esa autoconfianza. ¿Tú crees que eso sea posible?”.

— Sí.

—¿Pero tú sabes cómo lograrlo?

—No, en realidad no. Tengo algunas ideas pero estoy seguro de que no son las apropiadas; Sin embargo, tengo la seguridad de que encontraré cómo hacerlo. Linessh creía que algo como el yoga tántrica podría ser la solución. ¿Conoces algo acerca de eso? Hizo la pregunta en forma de burla y ella contestó con seguridad, pero en un tono gentil, que quizá algo sabía y que si quería podrían tratar de estudiarlo juntos.

—De todas maneras, yo tampoco sé todas las respuestas, estoy muy lejos de eso, pero tengo la certeza de que cualquier cosa que haga debe comenzar por estar muy cerca de sí mismo y muy cerca de otras personas. Uno debe estar abierto así como una flor lo está hacia el sol y pienso que tú estás en disposición de hacerlo.

De nuevo tuvo la sensación de que algo sucedería entre ellos muy pronto.

Por momentos la conversación se volcó hacia asuntos más triviales, como qué les había pasado en sus vidas, qué habían hecho. Aunque ella era muy joven, cerca de los treinta, se le veía muy madura, y John, a pesar de tener cuarenta años, sentía que psicológicamente eran iguales.

Tania provenía de una familia de clase media. Después de sus estudios universitarios quiso ir por el mundo en lugar de establecerse ejerciendo una profesión o quedar atrapada dentro de un matrimonio convencional hindú.

Ella siempre había sido indagadora respecto a la vida y las personas y era fiel al compromiso con su gente. Había participado en la organización de la Madre Teresa en proyectos sociales para la gente pobre, pero nunca había estado vinculada a ningún grupo político ni social, aunque había participado en algunos actos.

Leía muchos libros sobre psicología y acerca de la vida espiritual de los hindúes y los occidentales. Sí, no cabía duda de que buscaba un significado más profundo en su vida. John estaba maravillado tanto por su inteligencia y profundidad de pensamiento, como por su belleza y astucia. En circunstancias normales estaría como obsesionado por aprovechar la oportunidad para poder seducirla y pasar la noche juntos, pero esta vez no era así, solo quería su compañía y no le importaba si cada uno iba a su cama, sin saber si algún día se volverían a ver.

Este era un momento especial y no quería arruinarlo tratando de controlar o dirigir la situación, pero a medida que hablaban crecía el acercamiento entre ellos y el deseo mutuo de la compañía. De manera que cuando el bar cerró fue obvio para ambos que no era el momento de separarse y como la compañera de Tania estaba de viaje, ella lo invitó a su casa.

La música, el incienso, el mobiliario agradable y ella. Ah, sí, Tania. Todo esto es perfecto, pensó John después de estar por un momento en la sala. No estaban apresurando nada, simplemente esperaban el momento adecuado mientras se aproximaban el uno al otro.

—John, me gustaría hacer las cosas de manera diferente contigo. Quisiera hacer algo que siempre he buscado, algo muy especial. ¿Te gustaría?

Sin dudarlo, John respondió que sí. El no sabía qué sería, pero estaba seguro de que no iba a ser algo raro, más bien pensó que sería algo espiritual.

Tania salió de la habitación y regresó vestida con una bata transparente.

¡Dios mío! ¡Se veía maravillosa!

Caminó hacia él, apretó su cuerpo y levantó su cabeza para besarle suavemente con sus labios sensuales.

John estaba tan excitado que la hubiera podido abrazar y acariciar tanto que ella gritaría de deseos, pero sintió que no era lo correcto; ella había estado a cargo de la relación desde el comienzo y él deseaba que continuara siendo así.

“Ven”, ella tomó su mano y lo llevó a su habitación. Allí lo desnudó lentamente mientras permanecían de pie al lado de su cama, y besó y acarició su cuerpo suavemente.

Cuando él estuvo completamente desnudo, ella dio un paso atrás y dejó caer su bata al piso.

¡Qué cuerpo tan adorable! John tragó saliva y deseó comerla, morderla, besarla por todas partes y fundirse con ella.

— John, ¿recuerdas que te dije que quería que hiciéramos algo diferente? Bueno, ahora verás. Yo te haré y te diré algo y después tú harás lo mismo y después de esto haremos el amor, ¿te parece? Si quieres, podemos hacer un poco de yoga tántrico y después lo que normalmente conocemos como hacer el amor. Pero por supuesto que haremos algo mucho mejor que hacer el amor. ¿Estás listo?

Ella colocó su mano derecha sobre su pecho a la altura del corazón y con una voz amorosa que venía de su interior, dijo: “Te saludo con todo mi corazón”. Después

colocó su brazo derecho entre ambos con la palma de la mano hacia ella y con un gracioso movimiento que iba del corazón a la posición del brazo extendido, continuó diciendo: “Te tomo sin posesión.”

John repitió los mismos gestos y las mismas frases; sintió tanto amor y aprecio por esta mujer que algunas lágrimas salieron de sus ojos. Luego se acercaron, sintieron sus cuerpos, se entregaron y disfrutaron el uno del otro.

—Esto era, querido, dijo Tania creyendo que John probablemente estaba esperando una clave. Eres un hombre bello, tierno, amable y fuerte.

El deseo mutuo aumentó y entonces Tania le preguntó si él quería intentar algo de yoga tántrico.

—Sólo acuéstate de espaldas.

Ella lo besó y acarició, se sentó sobre él haciendo que la penetrara suavemente y luego ella lo ayudó a sentarse.

—Ahora haz que tu energía se mueva desde tu chacra Muladhara, ese plexo nervioso que hay allí abajo. Mueve tu energía desde allí hacia arriba de tu espina dorsal y haz que llegue a tu cabeza.

Ella le ayudó a subir su energía sobándole la columna. John sintió una corriente que subía como un pilar de energía sólida y cuando llegó al cerebro, observó una luz brillante y varios colores fuertes que nunca antes había visto.

—¡Dios mío, esto es hermoso!

Él le hizo lo mismo a Tania y permanecieron sentados por largo rato, inmóviles, disfrutando sus propias sensaciones y acercando sus cuerpos y sus almas.

Después de un tiempo interminable, comenzaron a moverse suavemente y al ir cambiando de posición la energía sexual se fue haciendo mayor y fue cuando ella le dijo susurrándole al oído:

—No te frenes, mi amor, sólo deja que todo fluya, que tu cuerpo actúe por sí solo, que tus emociones fluyan hacia mí, que tu mente se funda con la mía. Ven, querido, y seamos uno.

Cuando John tuvo su orgasmo, ella continuó diciéndole que dejara salir todas sus emociones y fundiera su mente con la de ella. El se entregó físicamente como ella y cada vez más abriéndose emocionalmente también. La amó en ese momento con enorme profundidad y se unió tanto a ella que no sabía dónde ella terminaba y dónde empezaba.

Sintió que ella se entregaba completamente a él y que su mente era como un lago en donde podía sumergirse.

Rieron, rieron y rieron sin decirse nada, pero sintiendo que podían leerse sus mentes sintonizadas tal como estaban.

Cuando se separó de ella para ir al baño, se sintió como si estuviera mareado, ebrio o bajo el efecto de drogas; así de elevado se encontraba.

En el espejo observó que su cara reflejaba aún una gran distensión y se dijo a sí mismo: “Esta ha sido la mejor forma de hacer el amor que he experimentado en toda mi vida”.

Era casi el amanecer y muy pronto John tendría que irse, sintió mucho amor y

aprecio por esta mujer que le enseñó dos cosas: si uno está buscando una sensación muy fuerte, esto es sin duda lo mejor. La experiencia vivida sobrepasaba todo, incluso la más profunda experiencia "religiosa". Además, ella le ayudó a liberarse de toda clase de ataduras, lo hizo sentirse límpido, transparente y abierto y le dejó la sensación de emprender la búsqueda de una fuerza interna.

En efecto, ella fue una maestra, una sacerdotisa quien a través del acto sexual le enseñó una lección invaluable.

Tania estaba muy contenta, pues había dado mucho a alguien y también se sintió más fuerte y feliz que antes.

Ella hizo bien en no preguntarle cuándo se volverían a ver, y John no quería arruinar el momento intercambiando los números telefónicos. No estaba buscando una novia ni una sacerdotisa y tampoco quería una relación permanente. El momento era precioso, perfecto desde el comienzo hasta el fin y aunque no hicieron ningún plan para encontrarse, sabían que lo harían porque el lazo que habían construido era tan fuerte que nada lo podría romper.

Al despedirse la miró con gratitud, extrañado y casi indiferente de cuándo se volvería a repetir el encuentro. La amaba profundamente, pero sin la posesión que siempre había sentido en situaciones amorosas en las que, por lo demás, nada de esto tan profundo sucedía. Quizá al dar abiertamente y no aferrarse a poseer, uno obtiene mucho más. Recordó a Lao-Tse: "Aquel que obtiene, tiene muy poco; aquel que espere, tiene mucho". ¿Significa que para ser fuerte debo soltarme? Creo que sí, pero ¿cómo hago para lograrlo siempre? No lo sé.

C A P Í T U L O 5

EL MIEDO

Calcuta se veía muy diferente en el día y la nueva avenida del aeropuerto a la ciudad parecía ahora cómo de cualquiera parte de la civilización planetaria, comparada con la vieja calle que John conocía. Unos años atrás había llegado de noche. La calle era angosta e iba tortuosamente entre la oscuridad, las colinas, los puentes y finalmente llegaba a la ciudad, desolada en la noche.

En la mañana siguiente, cuando había deambulado en automóvil por de la ciudad, nuevamente no podía creer lo que veía: todo sucio y nauseabundo, calles, casas, automóviles. Pilas de basura por doquier, en donde los hombres buscaban algo para comer junto a perros y puercos. Pensó, entonces, en cómo es que los hindúes permiten esto; cómo pueden admitir esta degradación del espíritu humano, convirtiendo al hombre en un completo animal. Eran pensamientos antiguos, pero al encontrar la misma situación otra vez, observó también que, por ejemplo, los estadounidenses no eran nada mejores con su Sur del Bronx de Nueva York, en donde la civilización humana había sido completamente destruida. ¿Cómo podemos permitir esto a sólo unas pocas cuadras de los ricos de la Quinta Avenida, en Manhattan? Por lo menos los hindúes se pueden justificar diciendo que son pobres y que están sobrepasados por problemas gigantescos en todos los campos del quehacer humano. Pero nosotros somos la nación más rica de la Tierra y tenemos la capacidad de hacer lo que se nos venga en mente. Entonces, ¿cómo es que permitimos que la violencia y la miseria florezcan en nuestro propio jardín?

Calcuta seguía siendo desagradable, pensó, mientras él y Linesh se dirigían a la ciudad. Sí, continuaba siendo sucia. Aún se veían a ambos lados de la calle los mendigos deformes. Lo peor era que no había lugar en donde el ojo pudiera descansar con algo bello o agradable. En Bombay, que coincide con Calcuta en miseria y suciedad, al menos uno puede dirigir la mirada hacia el océano y maravillarse con su belleza. Tal vez porque no pueden levantar sus ojos hacia la creación, los ciudadanos de Calcuta tienen que buscar la paz dentro de ellos mismos; quizás por ello esta ciudad sigue siendo el centro cultural de la India, produciendo artistas y movimientos sociales como en el pasado.

En el vuelo, John le contó a Linesh acerca de su encuentro con Tania la noche anterior. No entró en detalles, pero quería compartir con él la hermosa experiencia de apertura y cercanía vividas, sentimientos que no había tenido antes. Y le contó también de lo extraño que resultaba el hecho de que a pesar de haber sido tan intensa esta vivencia, ahora estaba relativamente desapegado de ella, con un sentimiento cálido de amor y gratitud en su interior.

—Me siento muy feliz por ti, mi amigo, dijo Linesh. Estaba contento por su amigo, quizá algo envidioso también porque no parecía haber experimentado aquello.

—Realmente espero que tú también puedas tener esa experiencia, y estoy seguro de que lo harás si te abres tú mismo a esa posibilidad, le decía John.

Luego le expresó que a pesar de ser sin duda la experiencia de conexión más fuerte, y probablemente la más hermosa de todas las experiencias de alegría, bienestar y completa satisfacción experimentadas, sentía que algo faltaba.

Claro, probablemente podría repetir la experiencia con Tania o con otras y aún profundizar en ello, pero sabía que nunca un amor profundo, una fusión intensa o una experiencia satisfactoria podrían sustituir lo que él estaba buscando.

—Suena extraño decirlo, pero este encuentro fantástico me ayudó a entender que mi búsqueda de Dios no debe ir por los canales del rastreo de sensaciones. Exactamente cómo debe ser, no lo sé, pero sé que no es con la actitud de un buscador de sensaciones. Es gracioso, pero esta experiencia significa algo para mí y estoy

seguro de que la repetiré en muchas ocasiones, pero realmente no significa nada en absoluto; es decir, no llena ese vacío que yo busco colmar. Entonces, Linesh, mi búsqueda de Dios no es solo disfrutar más de la vida o conectarme más profundamente, es algo mayor.

—Vas sin dudas en esa dirección, mi hermano, dijo Linesh. Y le cogió su mano sosteniéndola así por un rato.

Estaban en Calcuta para investigar o, mejor dicho, experimentar el culto de Cali, la Diosa de la muerte a la que la mayoría de los habitantes de la ciudad le rinden homenaje. Fueron al principal templo de Cali. Afuera había una miríada de mendigos de todos los tamaños y formas, muchos deformados a propósito en su infancia para ser más rentables a sus patrones.

Pasaron a través de esta multitud de monstruos, observando el sacrificio de animales afuera. La masa de gente se arremolinaba alrededor o hacía fila para entregar el sacrificio a su Diosa en persona. Había un clímax de emoción, ansiedad y miedo en el aire. Se situaron en una fila fuera del templo que guardaba a la Diosa. Quienes estaban en la fila se veían callados y aprehensivos, mientras que los que salían se veían pálidos y transpirando, como si hubieran visto un fantasma.

—Debes tratar de sentirte como ellos y hacer todo lo que ellos hagan, así entenderás de qué se trata todo esto, explicó Linesh.

Linesh no quiso darle ningún otro detalle, sólo dijo que iban a experimentar otro aspecto de Dios. Hablarían y analizarían todo más tarde.

La fila se movió lentamente hacia el interior del oscuro y húmedo templo.

John no podía ver la estatua de Cali, excepto la parte que él creía que era su espalda. A su lado, la emoción creció y lo que parecían ser unos guardias hacían que la gente hiciera algo y después los dejaban pasar, para repetir el mismo procedimiento con el siguiente.

El aire adentro era denso y sofocante. John empezaba a sentir aprehensión y miedo de estar cerca de esta terrible Diosa de la muerte. Observó la impotencia de la gente a su alrededor, el mismo sentimiento que tuvo años atrás cuando dentro de una multitud de gente en un festival al aire libre en donde todo el mundo se divertía, de pronto se oyó algo, el sonido como de un disparo y alguien gritó: “¡Están disparando!”. La gente se llenó de pánico y se convirtió en cuerpos asustados sin ninguna individualidad.

No había gente dentro de este templo, era miedo vivo moviéndose dentro de estos cuerpos que lentamente se aproximaban a lo que más temían, a la Muerte.

John caminó entre los hindúes y nadie se dio cuenta de quién era él. Ya no era más el turista, era otro cuerpo moviéndose hacia la Dama de la Muerte.

De pronto, él estaba casi frente de ella, un terrible Dios con espadas y cráneos humanos en sus amenazadores brazos levantados, su cara negra, sus ojos rojos mirándote con odio, los guardias sobreexcitados y el olor a sangre de los animales sacrificados a pocos pasos de allí, producían una escena escalofriante, tan real que parecía viva.

La persona enfrente de John le pagó al guardia algunas monedas y entonces vertieron algo de agua sobre la estatua y lo arrojaron fuera de allí. John no tuvo tiempo de pensar mientras era empujado hacia los guardias, quienes con sus manos dijeron algo en hindi. John buscó en su bolsillo y encontró un billete grande, más grande de lo que era costumbre dar. Lo entregó pensando que no era apropiado pedir el vuelto.

Cuando los guardias vieron cuánto dinero dio en ofrendas, su actitud cambió. Sonrieron y vertieron agua una y otra vez sobre la Diosa, le arrojaron racimos de flores y le dijeron: “Cali te ama”.

John sintió increíble alivio al terminar. Salió sonriendo, en contraste con la mayoría de los que salían sudando y con miedo. Linesh también estaba de buen humor, lo miró y le dijo que parecía que habían tenido la experiencia correcta, ahora necesitarían analizarla.

No tenían nada más que hacer en Calcuta, entonces podían ir al aeropuerto para

viajar en diferentes direcciones: Linesh de vuelta a Bombay y John continuaría su viaje, esta vez a Tailandia, el país Budista.

—¿Qué observaste allí, John?, Linesh le preguntó en el camino al aeropuerto.

Después de que John le dio su versión, Linesh una vez más se convirtió en el maestro y le dijo el significado de todo ello.

—¿Ves?, Cali representa la muerte o el miedo a la muerte dentro de nosotros. Cuando te haces amigo de Cali, cuando le ofreces algo a ella, tú te haces amigo de tu propio miedo a la muerte, tú la aceptas, no la niegas. El no se va completamente, pero no te estará fastidiando constantemente en la vida diaria.

—Aprendes a aceptar a la muerte como a algo natural en la existencia y a enfrentar el hecho de que tú mismo vas a morir algún día. Cuando caminas en el templo, tu propio miedo empieza a crecer y crecer, y se agudiza al máximo cuando ves a Cali. Entonces, se tiende a volver insoportable, ¿cierto? Pero cuando le ofreces algo libremente, cuando la aceptas, cuando admites tu propia vulnerabilidad, aceptas esa parte de ti mismo, tanto tiempo negado. Es por ello que sientes como que un nudo ha desaparecido, ¿verdad?”

—Pero la mayoría de la gente salió con mucho miedo, aun con más miedo del que tenían cuando entraron, dijo John.

—Oh, sí, la gente cree que Cali existe y que es terrible. Se comporta con ella como un perro miedoso de su amo, batiendo la cola y esperando a que no le pegue mucho o no tan pronto, pero sabiendo que lo hará tarde o temprano. Así es como la gente ve a Cali, y cree que ha logrado apaciguarla momentáneamente, pero que ella puede atacar por la espalda en cualquier momento. No, estas personas no relacionan en absoluto esto con sus propios miedos y realmente no creen que la Diosa pueda apaciguarse. Es semejante a cómo los cristianos ven a Dios; ellos dicen que debieras tenerle miedo, temerle a su cólera. Entonces tratan de apaciguarlo con plegarias, sacrificios y mostrándose como pecadores sufrientes. Del mismo modo, pareciera que siempre temen que Dios puede atacarlos en cualquier momento, ofendido por ellos, castigándolos de una forma u otra, explicó Linesh.

—Sí, e incluso aquellos que hacen toda clase de cosas para tener garantizada la vida eterna, probablemente siempre tienen miedo de no ser aceptados en el Paraíso, agregó John.

—Entonces, pensar en un Dios con relación al miedo a la muerte no es, definitivamente, el camino hacia Dios. En cambio, uno debería enfrentar ese miedo y superarlo. No debo buscar a Dios para resolver mis problemas diarios, ni debo buscarlo para salvarme o para deshacerme de mi miedo a la muerte. Y para ser consecuente, si Dios no es un poder castigador, probablemente tampoco sea el que reparte recompensas. Linesh, yo creo que estamos sobre algo. Ahora sé con más certeza en dónde no debo buscar a Dios, y lo que no es, pero todavía no puedo decir que sé quién es o dónde encontrarlo”.

—Lo lograrás, mi amigo, lo lograrás. Parece que tienes un gran mapa frente de ti y estás eliminando mucho territorio donde Él no puede ser encontrado.

Los amigos se despidieron con un cálido abrazo, algo que antes no habían hecho. Mientras John iba hacia su avión a Bangkok, juzgó que había aprendido mucho en poco tiempo. Estaba tan complacido que agradeció a su voz interna por todo esto. Cuando se sentó en el avión no escuchó ninguna respuesta, pero tuvo la sensación de que una

energía lo estaba inundando, una clase de electricidad le estaba corriendo por sus manos y alrededor de su cabeza. Sintió una presencia de algo o de alguien a su alrededor. Sí, algo nuevo estaba pasando.

C A P Í T U L O 6

EL GUÍA

John se quedó dormido tan pronto como se sentó en el asiento del avión que iba a Bangkok. No era sorprendente porque no había dormido nada la noche anterior. Quería utilizar algunas horas antes de que anocheciera revisando lo sucedido en los días anteriores y asentar un plan de acción para realizar en Bangkok. Lo perseguía el cansancio y decidió tomar una siesta.

¿Por qué se encontraba aquí en Bangkok?, se preguntó cuando llegó a la habitación del hotel. ¿Qué era lo que buscaba, específicamente? La verdad es que no lo sabía. No existía ningún Linesh en Bangkok ni tenía un tema en particular para explorar, sólo quería experimentar en un país oficialmente Budista y rastrear en medio de esta gente algún avance para aclarar el camino hacia Dios.

Había leído acerca de esta religión últimamente y sabía que existían dos clases de budismo: Hinayana y Mayana, el “pequeño barco” y el “gran barco”. Estas dos corrientes aparecieron luego de la muerte del Buda. La diferencia está en que para algunos, como en Tailandia, es necesario un guía espiritual para que las masas puedan obtener la iluminación, es el “gran barco” guiado por un maestro espiritual. En tanto que la corriente del “pequeño barco”, más cercana a las enseñanzas originales, acentúa que cada individuo por su propio esfuerzo puede lograr la iluminación. “La Meca” de esta última postura sería Sri Lanka.

Buda, Gautama Sidharta, nunca pretendió ser un Dios, era un maestro de la mente humana y tal vez un superpsicólogo. Inclusive, de acuerdo con los libros que John leyó, la aversión que el Buda demostró en vida a ser considerado como sagrado fue nítida pero en vano, porque prácticamente a partir de su muerte fue considerado un Dios.

Curioso, pensó John, cómo todos los reveladores de los grandes sistemas religiosos o pensamientos espirituales vivieron más o menos en el mismo período de 500 años antes de Cristo. En efecto, en esa época vivieron el Buda en la India, Lao Tse y Confucio en China y Zoroastro en Persia. Después vinieron el Cristianismo, Judaísmo e Islamismo, que según lo leído por John, tienen sus orígenes conceptuales precisamente en el zoroastrismo.

John había visitado algunas veces Bangkok, pero siempre durante corto tiempo y en realidad nunca se había detenido a observar la ciudad. Ahora, viajando en un taxi conducido por un guía de habla inglesa, contratado por el día, observó atentamente esta bulliciosa ciudad con sus anchas avenidas y templos por doquier.

John pidió a Pranit, el conductor, que circulara por la ciudad y le mostrara los templos más significativos. Pranit hablaba muy bien el inglés porque vivió algunos años en Estados Unidos, la mayor parte del tiempo en San Francisco, donde trabajó en un restaurante tailandés y como taxista. A pesar de que John le dijo claramente lo que quería ver, Pranit supuso que él como todos los occidentales que visitaban Bangkok, estaba allí para pasar un buen rato, entonces le ofreció una gran variedad de diversiones. Hasta le mostró un catálogo de fotos de mujeres insinuantes con etiquetas de precios y la indicación de sus habilidades. También le mostró folletos de figuras masculinas al detectar que no se impresionó con el primer catálogo.

Pero cuando finalmente entendió que John no estaba interesado en absoluto en la diversión, Pranit se convirtió en una persona diferente y comenzó a mostrar un interés genuino en esta búsqueda. Como John percibiera eso, le preguntó directamente sobre

quién era su Dios.

—Buda, el gran señor, por supuesto, dijo Pranit con una sonrisa juvenil.

—Pero Buda no se consideraba a sí mismo como un Dios, era un hombre en busca de la iluminación, un gran pensador y maestro, como Sócrates.

—Si, cierto, pero cuando él alcanzó la iluminación se convirtió en Dios.

Entraron al primer templo, era un gran templo típico tailandés con su pagoda central y mucha gente inclinada. Adentro había numerosas estatuas de Buda en diferentes posturas y tamaños: el Buda sentado en posición de loto, el Buda recostado, el Buda iluminado; además, se podían ver diversas pinturas que mostraban la cosmología budista con sus diferentes mundos, infiernos, paraísos y existencias humanas.

—Pranit, ¿crees que el mundo es así, que el paraíso al que vas es como esto?, John le inquirió mientras salían del templo.

—No estoy seguro de que sea así, pero sí de que es algo similar; es lo que nos han dicho, entonces debe ser así, dijo y sonrió.

John había leído que estas representaciones gráficas eran descripciones de diferentes estados mentales, esto es, de los diferentes escenarios psicológicos que se recorren en el camino hacia la iluminación. Más tarde, la gente las consideró como objetos externos y ha creído en ellos como tales. Algo similar a como los Cristianos aún ven su propia cosmología, no comprendiendo que el cielo y el infierno sólo son estados mentales que se experimentan diariamente y no después de la muerte.

Linesh comentó una vez cómo la gente tiene imágenes en sus cabezas y cree que están afuera, de la misma manera como se pueden ver, si uno quiere, figuras femeninas danzando en las llamas.

De modo que John concluyó que la gente no es consciente de estas alucinaciones; entonces, no es sorprendente que Pranit siga creyendo en todo esto. A pesar de que había vivido años fuera del país, él continuaba siendo un típico tailandés.

—¿Qué tienes que hacer para ir al paraíso?, preguntó John.

—Reencarnar muchas, muchas veces, y cada vez tengo que seguir las enseñanzas del Señor Buda para pasar a la siguiente etapa.

—¿Quién decide que has reencarnado lo suficiente? Hubo un silencio incómodo.

—El Señor Buda, supongo.

Visitaron varios templos y John hizo las mismas preguntas a numerosas personas. La uniformidad de las respuestas lo asombraron. Bueno, tal vez no fuera tan raro. Tailandia tiene una cultura muy particular y especial, se enorgullecen de que han tenido siempre un territorio independiente y no han sido conquistados por otros pueblos, ni por India o China, sus grandes vecinos por 4.000 años.

En suma, además de independientes, conforman una curiosa combinación de las culturas hindú y china, como se refleja en las formas de los templos.

Parece una sociedad excesiva en costumbres establecidas, como se muestra en la ceremoniosa forma de saludar, inclinándose un poco hacia delante mientras juntan las palmas de las manos sobre la frente, colocando los dedos pulgares en la nariz.

—¿Por qué la gente se saluda de esa manera?, preguntó John, probando veladamente el conocimiento de Pranit sobre el significado del saludo, que en pocas palabras es saludar al tercer ojo de la otra persona con el tercer ojo propio, lugar éste donde se supone que el despertar budista se lleva a cabo.

—Esta es la manera como saludamos aquí en Tailandia, es nuestra costumbre, así le mostramos respeto a la otra persona.

Bueno, creo que aquí como en otros lados, la gente ignora y no es consciente del significado de las costumbres, pensó John. Y recordó que el apretón de manos fue originalmente una manera de demostrar a la otra persona que no se tenía un arma

oculta, que se podía confiar.

John había notado que por todos lados, en las aceras, la gente estaba orando a lo parecían dioses hindúes. Le pidió a Pranit detenerse, se bajó del auto y le dijo a un hombre bien vestido que terminaba de orarle a Shiva si le podía hacer una pregunta. El joven, un poco asustado, le preguntó cuidadosamente qué era lo que quería saber.

—¿Es usted hindú?”

—Oh, no señor, yo soy de aquí de Tailandia.

—¿Pero es usted un creyente hindú?

—No, claro que no, yo soy un devoto Budista.

—¿Entonces por qué le está orando a Shiva?

—Bueno, verá señor, uno no le pide al Señor Buda un auto y yo en realidad necesito uno.

—¿Qué le pide a Buda?”

—Muchas cosas, señor. Por ejemplo, que me ayude a ser un buen budista y a cumplir sus enseñanzas. Uno le pide que cuide de las almas de los padres y de todos los parientes, por una vida larga y saludable, por uno mismo y por los demás, pero por un auto, no.

Sorprendentes todas estas supersticiones y creencias rituales en esta época de la tecnología. Algunos realizan rituales ofreciendo flores a sus dioses, otros se dan la bendición cuando conducen cerca de un cementerio o de un sitio peligroso, entonces nada malo les va a pasar. Algunos oran como quien se habla a sí mismo, algunos caminan alrededor de un meteorito y así acortan camino hacia el paraíso de Alá. Algunos no se cortan el cabello y la lista continúa... ¿Cómo podemos seguir siendo tan primitivos?, se preguntó John mientras seguían el recorrido.

Una de dos, o estamos locos o esto no es más que un gran chiste. Dios mío, esto es casi desconcertante, hacemos algo ritual y mágicamente creemos que por alguna razón algo tiene o no que pasar. No somos mejores que el avestruz, que clava su cuello en la arena cuando se encuentra en peligro, actuando como si su cuerpo fuera a desaparecer porque no se ve a sí misma.

Las religiones son realmente primitivas. Cosa de locos.

Pero también lo son muchas otras cosas, me parece. Al decir “te amo”, puede ser que se esté hablando más bien del propio sentimiento que de un real y desinteresado interés por el otro. Solo se dice eso por la sensación que produce esa emoción. Y la persona que escucha, podría pensar que en realidad se preocupan por ella. Es decir, hay algo de irreal en el diálogo. Esta hipnosis mutua funciona bien porque las partes interesadas tienen más o menos un acuerdo tácito en el juego.

Pero cuando un ritual es realizado para un Dios, una sola parte ha estado de acuerdo con los términos, la persona. La otra parte no existe como tal, sólo en la mente de esa persona, pero ésta no está consciente de ese hecho. En el futuro nuestros descendientes pensarán que nosotros fuimos manadas de locos.

Visitaron algunos otros lugares y John observó por todos lados a jóvenes vestidos como monjes.

—¿Realmente tienen tantos monjes aquí?, preguntó.

—No, la mayoría de ellos son jóvenes que se quedan en el monasterio por un año o dos.

Resultó ser que Pranit había estado un año en el monasterio porque de cada familia por lo menos un hombre tenía que “servir” en esta tarea. Ocurrió que uno de sus hermanos se había ido para Estados Unidos y el otro todavía era muy joven, el resto eran mujeres; entonces, Pranit debió salvar el honor de la familia.

Si ninguno de la familia servía a la tarea, ésta no era bien vista en la sociedad porque sus miembros no eran aptos para preparar el camino hacia el otro mundo.

Algo similar a los misioneros Mormones, pensó John, quienes viven predicando un tiempo en distintos países del mundo, garantizándose con ello un buen trabajo en EE.UU. para más adelante en sus vidas.

John fue a un cine temprano en la noche; Linesh le había dicho que no dejara de ver cualquier cinta en un teatro grande y asegurarse de llegar temprano. En aquel momento había encontrado extraña la sugerencia de Linesh, pero éste no quiso darle razones y le aseguró todo le resultaría muy claro.

Antes de que el filme comenzara, se proyectaron unas imágenes del Rey de Tailandia y de la familia real, que aparecieron en la pantalla acompañados con la música del himno nacional. Todos los asistentes se pusieron de pie con reverencia. Sus caras lucían radiantes viendo las imágenes de su rey con aires de Buda, con los mismos colores, con los mismos paisajes que acompañan al Buda en los diferentes templos.

Éste no era sólo el rey, éste era su Buda, vivo en carne y hueso, una gracia que ni los cristianos ni los musulmanes ni nadie más podía hacer.

John entendió por qué Linesh le había enviado allí, a ver su Dios, a ver sus caras mientras lo miraban, a este timonel del Gran Barco.

¿El Budismo Tailandés tiene algo que ver con el Buda original?

No mucho.

¿Pero en realidad importa? Ellos tenían su religión, sus reglas de vida, le pedían a Buda ciertas cosas y a otros dioses otras. Eran personas dóciles obedeciendo a sus líderes, encabezados por el propio rey Buda.

¿Pero eran más obedientes al sistema que otras naciones? Probablemente no, la gente obedece a sus líderes políticos o espirituales, o aun a los directores en las empresas, porque piensan que estos representantes del poder están más cerca de Dios de lo que ellos están.

En Tailandia el rey es considerado universalmente poderoso y él es Dios.

¿Qué pasaría si la gente lo viera tal cual es: un hombre cualquiera?

No, no podrán hacer eso hasta que no descubran en ellos mismos esos poderes que le atribuyen a su rey y a otros dioses.

Ah, qué gran salto sería deshacernos de estos falsos dioses externos, de quienes tenemos miedo y nos buscan como la policía, ¿o seremos como los perros que hacen un truco tras otro para que el amo finalmente esté satisfecho y nos tire un hueso?

Tarde esa noche, mientras se alistaba para ir a la cama, John se imaginó por un momento cómo sería liberarse él mismo de esa dependencia. Se sintió solo y como un huérfano una vez más. Comprendió que para dejar ir de sí ese Dios externo, se debe tener una gran fuerza interna. Estaba seguro que la lograría pronto.

Durante la noche, John tuvo un extraño sueño: estaba solo en Long Island, cerca de la ciudad de Nueva York, en una playa desierta con dunas onduladas y blancas que visitaba a menudo. Iba allí cuando quería pensar, necesitaba solucionar cosas o cuando se sentía creativo. Lo llamaba su "lugar favorito". Cuando en su sueño estaba allí de pie, escuchó una voz muy cerca que decía así: ²

(En este sueño John realizó todo lo que le decían porque por alguna razón confiaba completamente en quien fuera que le estuviera sugiriendo estas cosas.)

“Ahora que estás en tu lugar favorito y sintiéndote en paz y muy bien, quiero que mires al cielo y pongas atención al sol. Puedes mirarlo sin lastimarte los ojos, observa ese cuerpo majestuoso, ese dador de vida.

“Ahora, tú comienzas a crecer, te vuelves más y más grande, más alto que los árboles, más alto que los edificios más altos; te sientes bien y fuerte y mientras estás allí parado observas el sol. Vete arriba hacia el sol, puedes hacerlo como quieras, tal vez solo ve a la deriva, quizás alguien te arroja algo para que puedas llegar arriba, o alguien te ayuda de otra manera. (John prefirió imaginarse sosteniendo una cuerda que lo jalaba hacia arriba).

“Ahora estás parado frente al sol, ese sol gigante y puedes sentir su poder pero no te quemas, tu sólo obsérvalo y siente su fuerza donadora de vida.

“Introdúctete en el sol a través de un agujero. Ahora estás adentro del sol y vas hacia lo que tú sientes que es el centro. Allí sientes una energía tremenda alrededor de ti y esta energía se interna en ti y te llena de fuerza mientras tu respiración se hace más profunda y regular.

“Sal de este campo de energía por el lado opuesto al que entraste. Ahora estás caminando hacia los cielos, alto, muy alto, hasta que llegas a una meseta inmensa, un desierto estéril. Oscurece y estás completamente solo en este desierto, por encima de ti hay grandes estrellas que están tan cerca que casi te tocan la cabeza. Te sientes pequeño y solo allí en la oscuridad, pero nada malo te pasará si esperas pacientemente un nuevo amanecer, porque de este amanecer saldrá algo que tú has estado buscando por largo tiempo.

“Debes esperar allí con fe en que el nuevo día te va a traer algo profundamente deseado.

“Ahora un nuevo día está comenzando y la luz se está volviendo más y más brillante, casi tan brillante que no puedes mirarla.

“Pero debes mirarla porque de esta luz provendrá la mejor parte de ti, la más fuerte, la más inteligente, tu guía interno, alguien a quien probablemente has llamado con otro nombre.

*“Desde lo más profundo de tu corazón y con gran necesidad y sinceridad pídele a tu guía interno que se haga presente ahora”.***

(Guía interno, por favor ven aquí, se dijo John)

“Tu guía interno ahora saldrá de esa luz, lo verás como una imagen de alguien que has conocido, o como una persona completamente imaginaria, o solo oirás su voz o una presencia alrededor de ti o dentro de ti.

*“Di: Guía interno, hazte presente ahora. ***

(John vio salir de la luz a un joven hermoso con perfil griego, vestido con prendas futuristas)

“El guía ahora se acerca a ti portando una esfera luminosa en cada mano. Una de estas esferas la coloca dentro de tu pecho y tú sientes su calidez en tu corazón; la otra, la coloca en tu frente y dentro de tu cabeza y así todo allí se vuelve luminoso.

“Ahora las dos esferas se expanden y se fusionan la una con la otra y tú te sientes fuerte y completo en tu interior.

(John sintió este tremendo poder y esta energía a su alrededor y corriendo rápidamente dentro de sí).

*“Suavemente, pregúntale a tu guía, a él o ella, cómo lo deberías llamar en la vida diaria y espera una respuesta.***

(John hizo esto y escuchó una voz diciendo: Llámame “Ramos”).

“Ahora, pregúntale a tu guía acerca del significado de la vida y espera una

respuesta.**

(HACER LO QUE ESTÁS HACIENDO Y AYUDAR A OTROS A HACER LO MISMO, fue la respuesta que John escuchó).

*"Pídele algo que tengas en mente o algo que quieras obtener. ***

(¿Cómo puedo encontrar a Dios? Tú no estás listo aún, fue la respuesta. Pero lo estarás, sé paciente y sigue los pasos).

*"Pídele a tu guía que esté contigo diariamente. ***

(Eso fue lo que John hizo).

"Ahora despidete de tu guía y regresa por la misma senda por la que viniste, por ese camino, dentro del sol y hacia abajo hasta que recuperes tu tamaño normal en tu lugar favorito.

"Ahora vuelve a tu gente y utiliza lo que aprendiste para tu propio beneficio y para beneficio de los demás".

Un rato después John despertó y aún continuaba experimentando la energía y una cálida alegría en su interior. Estaba bien despierto y de inmediato tomó un papel para escribir todo mientras estuviera fresco en su memoria.

Mientras escribía, sintió la presencia de su guía como una energía externa.

Era difícil creer que Ramos fuera parte de sí. Sentía que Ramos era muy superior a él. Cerró los ojos y con el corazón abierto llamó a Ramos. Su guía apareció aún más vivo que en el sueño.

"Por favor, quédate conmigo, siempre".

Él sabía que Ramos lo haría y cerró los ojos una vez más y escuchó la misma voz que había escuchado unos días atrás en el avión. Esta vez era Ramos diciendo: "Ahora vas camino a casa".

Se sentía tan agradecido que se derramaron lágrimas de sus ojos.

Tenía una última petición.

"Por favor, hazme entender que eres parte de mí".

"Lo entenderás, sé paciente".

Hace años, John había sido "salvado". Dejó entrar a Cristo en su vida, según el decir de la gente. Intentó buscar la salvación como muchos otros, más como una curiosidad o para sentirse más vivo.

Tenía mucha resistencia a ir hacia el pastor en una reunión de revivificación, pero lo hizo. Esta fue la primera vez que tuvo una experiencia de esta fuerza de energía vital, como algunos la llaman. Sintió la energía, vio la luz y registró una gran apertura con emociones muy fuertes.

La conversión religiosa no duró mucho tiempo, aunque no recuerda por qué. Pero de una cosa estaba seguro: lo que él llamó Jesús o Dios era una experiencia de naturaleza similar a esta del guía interno, la diferencia consistía en que ahora se sentía confiado de que podría llamar al guía en cualquier momento y éste siempre responderá, y también en que no le tenía miedo. Llegado a este punto, sintió que no tenía nada que demostrarse.

Si lo que yo llamaba Dios o Jesús era sólo una débil manifestación de mi guía interno, esto significaría lo mismo para toda la gente. Lo que ellos llaman Dios es sólo su guía interno, pero no lo saben. Sería muy liberador para ellos si lo entendieran así. Cuántos rituales podrían evitarse, cuánto fanatismo, cuánto miedo e inseguridad.

No sé exactamente por qué, pero tengo la certeza de que Ramos me ayudará a ser fuerte, tan fuerte y libre que no necesitaré de un Dios para lograrlo. Siento que también me puede habilitar para hacer las preguntas importantes y para obtener muchas respuestas, quizás hasta me ayude a encontrar a Dios.

² Esta “experiencia”, como otras del libro, está pensada para que el lector las “viva” o recree por unos momentos. Por ello resultaría útil grabarla para escucharla luego con calma y con los ojos cerrados. Los asteriscos (**) indican una pausa para reflexionar.

C A P Í T U L O 7

EL BUDA

John iba camino a Sri Lanka para ver el otro tipo de budismo, el “pequeño barco”, que supuestamente era el más cercano a las enseñanzas originales de Buda. Iba allí también porque quería saber las conclusiones a las que han llegado los “verdaderos” monjes budistas, gente que ha pasado su vida adulta en retiro y oración.

Cuando John comenzó su travesía no tenía una idea clara de hacia dónde iría o qué era lo que estaba buscando específicamente. Por ahora observó que exploraba en el mundo las diferentes vías que la mayoría de la gente usaba cuando se preguntaba por Dios. Quería rescatar lo que pudiera aprender de esas experiencias.

Como los Chinos son una gran parte de la humanidad, dedujo que debía visitarlos a ellos también y a los japoneses, que tienen una manera especial de ver lo religioso, como todo lo demás. Pensó que ya sabía bastante de la cultura judeocristiana. De la islámica también, después de haber trabajado con frecuencia en varios países islámicos y ahora con su viaje a Bombay y Calcuta, donde visitó templos y también mezquitas. En definitiva creía saber en qué consistía el Islam. Sabía que era la única de las principales religiones que estaba creciendo con fuerza, ¿pero es tanto un fenómeno religioso como un renacimiento cultural? Probablemente las dos cosas. Los países islámicos, después de haberles sido impuesta la cultura occidental, respondieron reforzando su propia identidad. La mejor manera de hacer eso, le señaló un amigo de Argelia, era a través de su especial y coherente religión, el Islam. Era algo de lo que ellos podían sentirse orgullosos, en gran parte por su tolerancia, sabiduría y el cultivo de las ciencias y las artes a través de los siglos.

Están también los musulmanes Shiitas, quienes esperan el advenimiento de su Mesías, «el último profeta», para que los salve. Su caso es similar al de los cristianos en muchas formas. ¡Si lo supieran!, pensó John, que este Mesías está dentro de ellos y que lo pueden alcanzar, como él lo hizo. Claro que no quedaría mucho de la religión Shiita. Luego están los musulmanes Sunnis, similares a los budistas tailandeses, con su Alá en vez de Buda, sus rituales y reglas de comportamiento prescritos, emanados de Mohammed, en lugar de Buda.

John se preguntaba cómo sería volver a Sri Lanka después de no haber estado allí por muchos años. Antes, había estado una semana en una hermosa playa y viajando alrededor en este país que algunos llamaban “La Perla del Océano Índico”. Parecía tan pacífico entonces, tan tranquilo que pensó que así era porque sus habitantes eran devotos budistas. Luego se desató la guerra civil en el norte, en donde los hindúes tamiles querían separarse de la mayoría budista, que indudablemente los había oprimido como todas las mayorías hacen cuando tienen la oportunidad.

La guerra continuó en este país aparentemente pacífico. El ejército de India intervino para tratar de terminar la guerra, pero tuvo que retirarse sin poder hacer mucho, tal como les sucede a las superpotencias cada vez que intervienen en otros pueblos, tal como los estadounidenses en el sudeste asiático o los rusos en Afganistán. Después de que los indios se fueron, las matanzas continuaron y el presidente fue literalmente volado en pedazos. Así, prosiguió el conflicto. ¿Cómo pudo pasar semejante cosa en la capital budista por excelencia?

Cuando pensó en esto observó lo absurdo o ridículo que resulta culpar a Dios por esta u otras desgracias, guerras, desastres naturales, accidentes. Igualmente lo es agradecerle por ganar una guerra, una carrera, o por un éxito en los negocios. Sin embargo, su propio país, el país de Dios, EE.UU., se sustentaba en cierto modo en la creencia de que Él premia con riquezas mundanas a aquellos que le temen y son dóciles. De ahí que aquellos que hacen dinero, actúan así porque son los favoritos de Dios; los que no serán pobres porque Él lo quiere así. “¡Qué cantidad de mentiras en

todo esto!”, pensó, y especialmente en la ética protestante, esa en la que él fue educado y que le ha influido directa e indirectamente en su vida. Él sabía, y los ricos también, que son exitosos en los negocios no por ser favoritos de Dios, sino porque están en posición de hacerlo. Lo hacen porque pueden explotar a otros a quienes mantienen sometidos.

Mientras se aproximaban al aeropuerto de Colombo no sintió temor por su vida debido a la violencia imperante. A menudo había estado en los llamados “lugares peligrosos”, pero ahora más que nunca se sentía seguro, con su guía interno y la confianza que esto produce.

En la fila de la aduana John estaba de pie junto a un monje budista que le parecía familiar. Le habló mientras hacían la cola. Aparentemente era un monje de alto nivel en la jerarquía budista que regresaba de un viaje por algunos países europeos en donde había estado recolectando fondos para su gente. Poco después cayó en cuenta dónde lo había visto antes, era el padre Black del viaje a Bombay, ahora disfrazado de monje budista: Los mismos gestos, las mismas manos cuidadas, la misma mirada hipócrita; sólo cambiaba la ropa y la cabeza calva, en vez del vestido de negocios y el collar.

Estos son iguales en todas partes, se dijo John a sí mismo, espero encontrar algo diferente una vez que llegue al monasterio.

El monje le ofreció llevarlo hasta el pueblo en su Mercedes blanco. John hubiera querido decirle que estaba esperando que alguien lo recogiera, aunque no fuera así; había tenido suficiente de estos burócratas del espíritu. Pero aceptó el ofrecimiento pensando que algo interesante podría salir de esta conversación.

En el camino a la ciudad, John le preguntó al monje qué era lo especial del budismo en Sri Lanka.

—Es cómo el Buda lo enseñó, contestó el monje.

—Pero otras versiones dicen lo mismo, John replicó.

—Es verdad, y orientan a la gente en cierta dirección. Siempre debes tener un guía bien preparado, o de lo contrario corres peligro de ser un ciego guiado por otro ciego, concluyó el monje. Miró a John con un aire de satisfacción, como indicando que no había nada más que decir al respecto. Solo debes seguir nuestro camino.

Esta era la jerarquía budista que estaba inmensamente entrelazada con todos los aspectos de la vida pública en Sri Lanka, la misma que no quería negociar con la minoría Tamil, produciendo su frustración, la violencia, mayor represión y así sucesivamente.

John se alegró cuando lo dejó en su hotel, tenía un mal sabor en la boca.

John hubiera querido decirle: “Usted, maldito hipócrita. Usted no cree en Dios ni en Buda, solo cree en el poder, en el dinero y en el placer. Le diría que abandone un poquito de lo que tiene, sus discriminaciones y el estar siempre pensando en el mayor beneficio para la minoría, es decir, ustedes mismos”. Pero no lo hizo, éste no era el primer canalla que se encontraba, y no sería tampoco el último.

Pensó en los políticos hipócritas que pretenden hacer creer que están haciendo algo por la gente y lo único que les preocupa es llenar sus propios bolsillos, como en los negocios. Pretendemos estar pensando en el bien del consumidor y en lo único que queremos es en el bien de nuestra firma y por supuesto, de nosotros mismos. Aquí esperan que los políticos “religiosos” sean diferentes, pero eso es absurdo porque ellos son parte del mismo sistema decrepito cuya base es la mentira, la hipocresía y la violencia. Por ello es que se mantiene el *statu quo* donde algunos tienen mucho y las masas nada.

¡Dios mío!, John estaba asombrado de pensar así. Sí, había sido revolucionario en sus años de universitario, pero hacía mucho tiempo que no se decía a sí mismo frases de este corte, ciertas como eran.

Viajó hacia el interior muy temprano en la mañana siguiente. Su primera parada fue en Kandy, la ciudad sagrada, la anterior capital de Ceilán, como se llamaba antes Sri Lanka, situada en una alta meseta. Se dirigió al templo que albergaba un diente de

Buda y era más sagrado y prestigioso que otros lugares, no porque fuera el único lugar que reclamaba tener algunos de los restos materiales del Buda, otros también lo hacían. Por supuesto, había muchas discusiones sobre la autenticidad de las partes en cuestión. Aquí en Kandy, aún así, la mayoría de los eruditos estaban de acuerdo en que el diente podría ser de Buda, pero que esto no importaba, porque si la gente creía que este diente era de Buda, entonces el diente era de Buda, no importando de qué boca proviniese. Entró al templo donde exhibían el diente y miró a la gente cuando pasaba observando con gran reverencia el santuario. ¿Qué es lo que están pensando? ¿Que este diente perteneció a Dios?

—No, dijo un hombre de treinta y tantos años a quien había hecho la pregunta, el diente perteneció a Gautama Sidharta, quién cuando logró su iluminación, cambió su cuerpo físico. Aquí me siento cerca de Buda porque hay un pedazo que alguna vez fue parte de él”.

John vio que la gente rezaba en este lugar, y muy intensamente recordó otros lugares que había conocido: santuarios de diferentes santos, de diferentes vírgenes. Recordó una ocasión en una gran iglesia en Méjico, llena de estatuas de toda clase de santos, Cristo, María y todos los demás. La iglesia no estaba muy bien conservada, la pintura de algunos cuadros se estaba pelando y tampoco estaban limpios, pero había un lugar tranquilo en donde todo estaba muy bien cuidado. Era el lugar que más les importaba a aquellos que la visitaban, era el lugar donde estaba situada la virgen de Guadalupe, imagen en la que los mejicanos se interesan más, a la que rezan y en la que creen, tal vez por identidad con la antigua Diosa de la Luna de los Aztecas, pensó John.

Tan primitivo y absurdo le parecía esto de la gente rezándole a un diente que podría haber o no pertenecido a Buda. Sin embargo, tal proceder parecía servir a una función útil: cuando rezaban allí la gente se abría y demostraba su gran necesidad. Ellos verdaderamente creían que sus oraciones serían respondidas y consecuentemente actuarían en la vida diaria para que las cosas salieran bien. Después vuelven a darle las gracias al diente. “Yo no sé cómo explicarlo”, dijo Linesh alguna vez, parece que en los lugares sagrados hay una energía diferente que tú puedes utilizar. Quizá es producida por la gran cantidad de visitantes que agradecen en el lugar. Cada vez que estés en un lugar sagrado intenta comprobar esa energía”.

John comprobó una energía positiva allí. ¿O sólo será que estoy tan sintonizado, que siento aún más mi propia energía?, se preguntó John.

Se retiró del santuario y recordó a Ramos, su guía interno. Y sintió la misma energía y mucho más fuerte que cuando estuvo más cerca del diente. Se dijo que si la gente puede tener su guía interno para que la oriente en la vida diaria, para que le dé energía y coraje, no necesitan buscar milagros de un diente antiguo o de imágenes diferentes.

Ya había visto suficiente, de modo que le pidió al conductor, Pramadesh, que lo condujera hasta un monasterio que se encontraba escondido en una cueva en las montañas. Ya se estaba haciendo de noche cuando arribaron allí, en la mitad de una montaña. Para llegar fue necesario escalar por una hora rocas empinadas y escarpadas. Desde el monasterio, la vista era imponente, la vegetación exuberante y se escuchaba el canto de una miríada de pájaros y de monos. Sí, había monos por todas partes, dentro y fuera de los templos en Sri Lanka. Se sentían seguros allí, eran bien tratados y se les consideraba sagrados. No es que no fueran útiles como los pájaros blancos que acompañan el caminar de las vacas en los países tropicales y van recogiendo los insectos que salen del pasto removido, no, los monos son parte del escenario, la música de fondo, son el apoyo de la escena.

Todos los turistas se habían ido, John estaba solo con los monjes y con el conductor. Muchos turistas no habían allí en Sri Lanka, luego de aquel estallido de guerra civil. Pero siempre venían unos pocos interesados en los santuarios budistas que esperaban encontrar la inspiración, como lo estaba haciendo John. Era un lugar en donde una silenciosa conversación podía llevarse a cabo sin nada que la interrumpiera, excepto

por los chillidos de los monos y el cantar de los pájaros. Un viejo monje que parecía estar encargado del monasterio lo invitó a seguirlo para que viera las cuevas. John aceptó cortésmente la invitación, aunque no había ido allí para eso y sabía más o menos lo que encontraría adentro. Era como esperaba, muchas, muchas estatuas de Buda, algunas de tamaño gigante, y pensó en el enorme trabajo que les habría tomado traer todos los materiales y la mano de obra hasta esta montaña unos siglos atrás. Después de haber tenido una conversación amena en una atmósfera amigable, John le dijo al monje por qué estaba allí en busca de Dios y que quería saber cómo lo vivían ellos, cómo se relacionaban con él en su vida diaria.

El grupo de monjes, de diferentes edades, no esperaba esta pregunta, pero un hombre viejo la respondió a través de un monje muy atractivo, de unos treinta años, quien hablaba muy bien el inglés. El viejo era probablemente el segundo en mando en el monasterio.

—El Señor Buda es nuestro Dios, dijo el viejo.

—Sí, pero Buda nunca dijo que era uno, John replicó.

—Sí, pero él es uno, dijo el monje.

—¿Y cómo le rezan?. preguntó John.

—Le pedimos que nos ayude a deshacernos del deseo, que nos ayude a estar más alertas y que acalle nuestras mentes, contestó el monje.

—¿Cómo oran ustedes, expresan lo que les viene a la mente o tienen una serie de oraciones para cada ocasión?, John preguntó.

—Oh no, nosotros nos basamos en lo que el Buda nos enseñó y en las experiencias de hombres sabios anteriores a nosotros, concluyó el monje.

John sabía que uno de los principales temas del Budismo era el de superar el sufrimiento, deshacerse del sufrimiento que perturba a la mente. Solo cuando no hay sufrimiento, la iluminación puede comenzar. Entonces, Buda les pidió a sus discípulos estudiar los trabajos de la mente, el cómo veían el mundo, y el cómo se forjaban sus ilusiones, comprendiendo cómo estas los engañaban. También consideraba que el deseo estaba en la raíz del sufrimiento: nada de deseos, nada de sufrimientos, lo que fue interpretado por muchos de sus seguidores como que había que estar lejos de los objetos de deseo, por lo cual se retiraron a los monasterios.

Pero Buda también enseñó que uno puede sufrir sólo con imaginar algo. La explicación budista sobre la manera de manejar el sufrimiento era bien diferente a la de los cristianos que parecían pensar que sufrir era una virtud.

Bueno, de acuerdo con la leyenda; Cristo fue crucificado y Gautama Sidharta alcanzó los 80 años y murió de intoxicación por comer cerdo. De cualquier manera, el sufrimiento parece ser un elemento importante en muchas religiones, aunque solo en el Cristianismo y en el Budismo son tratados como tema central.

—¿Qué piensan acerca del sufrimiento?, John preguntó.

—No es muy bueno, contestó el monje.

—No, me refiero a qué hacen para deshacerse de él, insistió John.

—Buscamos la iluminación, dijo el monje.

—¿Cómo se hace eso?, John preguntó.

—Volviéndose un Buda, teniendo la conciencia del Buda, dijo el monje.

—¿Cómo pasa eso?, John preguntó.

El monje respondió: “Tiene que haber reencarnado muchas, muchas veces, tantas

como el Buda”.

¿iQué!?, el Buda nunca habló de reencarnación. En realidad, él estaba en contra de estas ideas primitivas que sólo sirven para mantener sometida a la gente, en un ciclo de repeticiones sin fin y sin esperanzas, justificando el sistema de opresión. Claramente, la filosofía hindú había penetrado y distorsionado las enseñanzas budistas originales.

—¿Cuántas veces debe ser reencarnado?, preguntó John intrigado.

—550 veces, dijo el monje.

—Entonces, si reencarna 550 veces, usted se convierte en un Buda y será iluminado, dijo John.

—Así es, respondió el monje y su cara se iluminó de placer en el anochecer, su cabeza calva y su frágil contextura se fundieron con el espectacular calidoscopio de colores del atardecer.

—Pero, hermano, tal vez esta es su reencarnación número 550, exclamó John.

—No, no creo, dijo el monje.

—¿Pero cómo sabe usted que no es?, preguntó John.

El viejo fingió no haber entendido e hizo que le repitieran la pregunta varias veces, después levantó sus hombros, sonrió incómodo y preguntó qué le había parecido Sri Lanka.

John vio que esta conversación no daba para más. Estos monjes eran lo que uno podría llamar gente buena, de los que no podrían lastimar ni a una mosca, pero estaban allí no para ser iluminados o volverse inmortales, ni para estudiar cuál era la causa del sufrimiento o cómo deshacerse del mismo. No, ellos estaban allí en una institución que los cuidaba, los proveía de las cosas esenciales, tenían buena compañía, un hermoso paisaje y una población que apreciaba su trabajo. Pero si esta vida era tan buena, ¿cómo es que cada vez eran menos los que se unían a estos monasterios? No solo en Sri Lanka, sino también en la iglesia católica, que tiene serios problemas para reclutar monjas y sacerdotes. Posiblemente sea porque el espíritu de investigación ya no existe allí, o no existe el espíritu religioso. La mayoría de los casos de ingresos obedece a que la gente que busca esta clase de reclusión o protección, lo que en realidad quiere es una “vaca lechera”. Hoy existen otras opciones, aunque siempre hay personas que desean el tipo de seguridad que un monasterio puede proporcionar, pensó John.

Un monasterio es como cualquiera otra institución en donde cuidan de uno con la condición de que cumpla las reglas. Pero ya no hay más “vacas lecheras” seguras. Esta gente que buscaba un fácil y seguro viaje a través de la vida, está pasando por tiempos difíciles y cada vez serán peores. John sintió compasión por estos monjes y decidió no molestarlos más con preguntas difíciles. Les dijo lo hermoso que le pareció el monasterio, ellos le ofrecieron un poco de agua y luego se fue.

De vuelta a Colombo, pensó acerca del sufrimiento, por qué en realidad se produce o será acaso una ilusión, como alguien dijo. Necesitaba encontrar algunas respuestas porque percibía que era necesario no sufrir para tener una mente clara. También pensó que el Budismo era probablemente una religión en decadencia si había tan poco fervor en su centro. Ahora, por qué estaba muriendo, no lo sabía. Y el cristianismo tampoco estaba creciendo, precisamente, aparte de los pocos fanáticos que tiene esa religión. La única fe que parece seguir siendo fuerte es la del Islam. Tenía muchas preguntas cuando se fue a dormir a su hotel, después agradeció a su guía interno por ese día.

John llegó temprano al aeropuerto, fue a una librería en la sala de espera y ¡allí estaba! el libro que había visto en Argentina acerca de humanizar la tierra. Cogió el libro como si fuera una joya familiar perdida por largo tiempo y lo llevó hasta donde el vendedor para pagarlo, con temor de que fuera la única copia y no se lo quisiera vender. Ojeó con impaciencia el libro, publicado en la India, en inglés.

¡Dios mío!. La obra hablaba de esta energía que yo había estado sintiendo, de esta fuerza que está en todo y que uno puede unificar o disgregar. Dice cómo puede uno

estar despierto y hasta trata acerca del guía interno. Continúo leyendo y encontró un capítulo acerca del sufrimiento; esto era lo que quería saber ahora. El libro distinguía entre sufrimiento mental y dolor físico; decía que el dolor disminuiría cuando la ciencia avanzara y la justicia social se incrementara. Esto es verdad, pensó, los avances de la ciencia desarrollan la medicina y por supuesto la tecnología, lo que incrementa la productividad. La justicia social significa una distribución más equitativa de los recursos, así todo el mundo puede tener suficiente para comer, una casa decente dónde vivir, y otras cosas como salud y educación. Claro que hoy nosotros podemos hacer eso, cuánta gente no ha dicho que existe la capacidad de alimentar a todo el mundo, pero ello no es posible por la injusticia que predomina, por la injusta distribución de los bienes disponibles.

El sufrimiento mental, decía el libro, desaparece en la medida en que la vida tiene más sentido.

John no entendió esto en un comienzo, pero después de haber leído algunas partes del libro pudo aproximarse a una idea que tenía sentido para él:

El sufrimiento mental era solo una señal, del mismo modo que el dolor físico cuando indica que algo está mal. Cuando tenemos un malestar físico lo curamos comiendo si necesitamos alimento, con un antibiótico o cualquier otra medicina necesaria para curar. Cuando sufrimos mentalmente es porque hemos detenido el fluir del tiempo, cerramos nuestro futuro porque le tememos o no lo vemos muy claro. No avanzamos porque estamos atascados en algo del pasado, o porque hacemos cosas que no queremos, o porque vivimos en una situación que no deberíamos; en otras palabras, sufrimos mentalmente porque estamos atascados por alguna contradicción.

En todo caso, no avanzamos, y luego la mente envía una señal que dice, ¡oye, abre tu futuro y entonces te sentirás bien!

Recordó que en sus mejores momentos, el futuro era claro y lleno de promesas; por ejemplo, después de su graduación o cuando le ofrecieron un gran trabajo, cuando su esposa estaba esperando su primer hijo, cuando presencié su nacimiento y vio su futuro, y en este viaje, los muchos momentos de futuras promesas, especialmente después de ese sueño donde encontró a Ramos.

También recordó que en los peores momentos de su vida, el futuro estaba cerrado, sin sentido, triste, como cuando sintió en Nueva York que todo se había acabado porque Dios estaba muerto.

Le resultaba indudable que el sufrimiento disminuiría si el futuro se abría, y claro, como la muerte está en el futuro, uno tendría que creer que la muerte no va a extinguir nuestra existencia, tendría que ver la luz más allá de ese momento de transición llamado muerte.

Estaba de acuerdo con esa frase que afirma que la vida no tiene sentido si todo termina con la muerte. Todo es absurdo, relativo y en realidad no importa, pensó. Lo que estoy leyendo ahora tiene sentido, porque pienso que continuaré mi marcha y seré capaz de utilizarlo. Si estuviera convencido que mi existencia se acaba como apagando una vela en unos pocos instantes, seguramente que no me molestaría en leer esto. En realidad no importa si la vela se apaga en diez minutos, en un año o aun en 40 ó 50 años.

Si pienso que las cosas no van a funcionar, no veré luz en el mañana. Entonces, detengo el fluir y sufro. Si no veo más allá de ese mañana al cual llamo muerte, también detengo el fluir del tiempo, hago que la mente no funcione bien y ésta me dice: John, abre tu futuro para que pueda seguir trabajando bien. Tener un sentido en la vida es precisamente esforzarse por no dejarse hacer a un lado, o volverse como muchos dicen, inmortal. Se sintió un poco triste con este pensamiento. ¿Yo inmortal? Bueno, si de eso se trata, seámoslo. Pero probablemente sea un proceso. Primero, uno tiene que tener fe de que es posible, luego la fe crece y finalmente uno puede tener una experiencia irrevocable; después, una firme convicción. Entonces, mientras crece la fe en la inmortalidad, el futuro se abre y el sufrimiento decrece.

Para la mente científica de John, esto le sonaba extremadamente coherente. También estaba de acuerdo con el libro respecto a que sufrir estaba siempre relacionado con el miedo a perder algo o a alguien, de no obtener algo o con relación a perder otras cosas, personas u oportunidades.

¡Qué gracioso! ¡Claro! Cuando él estaba llorando porque Dios había muerto, esto era por supuesto una gran pérdida. O como algunas veces que se había sentido mal preocupándose acerca de lo que los otros pudieran pensar de él por hacer esto o aquello, o el miedo de quedar mal.

¿Pero cómo puedo deshacerme del miedo a perder lo que poseo? Cerró sus ojos y pensó en esto.

Entonces oyó a Ramos decir “Sólo teniendo alguna otra cosa tú sueltas lo que tienes”.

John abrió los ojos, no sabía qué era lo que tenía que dejar ir, pero estaba seguro a qué se refería Ramos; tenía que incrementar y profundizar la relación con su guía interno.

Estaba regocijado y agradecido por haber encontrado el libro y mientras caminaba a bordo del avión le dio las gracias a Ramos por esto de manera graciosa.

¡Seguro que el futuro será emocionante!

C A P Í T U L O 8

LA EXPERIENCIA

—¿Negocios o placer?, preguntó el oficial de aduana en Hong Kong.

—En realidad, estoy aquí buscando a Dios y esa es la ocupación más seria de mi vida, también la que me daría el mayor de los placeres si se concreta.

El oficial de la aduana comenzaba a mirarlo raro mientras John sonreía. Meditó y decidió actuar normalmente, le dijo que solo iba de pasada. El oficial verificó el pasaporte y comprobó que tenía varias entradas a Hong Kong. Le preguntó sobre la clase de negocios que hacía.

Todo lo que hago es tratar de encontrarle un sentido a mi existencia, hago todo lo posible por encontrar la manera de ser inmortal. Eso es una ocupación real, y no quiero perder el tiempo con sus preguntas inútiles, se dijo a sí mismo John en un diálogo imaginario. Percibió que el oficial se estaba irritando y decidió que lo mejor era decirle algo en un código aceptable.

—Soy ingeniero químico, contestó.

Le había dicho algo digerible, así que el oficial se relajó y hasta fingió una sonrisa: “Espero que disfrute su estadía en Hong Kong, señor”.

¡Magia! Las palabras correctas y entonces todo está bien.

Bueno, este sistema nuestro definitivamente no estimula la honradez, pensó John. No es frecuente que se quiera oír la verdad cuando le preguntas a otro sobre cómo está. Recordó que unos años atrás hizo el experimento de responder honestamente a la pregunta “cómo estás”?, pero dejó de hacerlo después de verse en situaciones embarazosas.

De vuelta en Hong Kong, una vez más, pensó mientras iba hacia el Hilton. Había pensado ir a Taiwán pero nunca le gustó ese lugar. China era un lugar muy interesante, pero no sabía a donde ir. Shanghai tiene la mentalidad de un nuevo rico y Pekín es muy burócrata.

Hong Kong lo tenía todo. A pesar de ser una ciudad internacional de negocios era predominantemente chino con una constante inmigración de la república china. Además, a John le gustaba Hong Kong porque era como un pequeño Nueva York en el lejano oriente, con su vida bulliciosa y los ferris de lado a lado entre la isla de Hong Kong y la parte predominantemente china de la ciudad, Kowloon.

Después de registrarse en el hotel llamó a Linesh para conocer sus ideas acerca del e-mail que le envió la noche anterior desde Colombo, en donde le explicó la experiencia con el guía interno y la forma como lo había afectado.

—John, esa experiencia del guía es hermosa. Hice que una de mis secretarías, quien tiene una hermosa voz, la grabara en un cassette mientras yo me ausentaba. Intentaré realizarla esta noche. John le contó acerca del libro que encontró en el aeropuerto de Colombo. A Linesh le pareció vagamente haberlo escuchado nombrar, probablemente del amigo que le enseñó la experiencia de paz que él leyó a John en Bombay. Pero definitivamente lo iba a buscar esa tarde.

—John, siento que estoy contigo en este viaje. Te llamaré la próxima vez, cuando estés en Tokio, dijo Linesh.

—John, hay un pensamiento que quiero compartir contigo antes de que colguemos. ¿Recuerdas cuando hablamos de cómo el hombre puede hacer por sí mismo la mayoría de las cosas que le pide hacer a sus dioses? Bueno, he llevado este pensamiento un poco más allá y considero que esto de pedir a Dios ser un suplente es la cima de la irresponsabilidad.

—¿Y recuerdas cuánta culpabilidad conlleva el negarse a afrontar la responsabilidad de las acciones? Entonces, creer en Dios es una forma de asegurarse el quedar

atrapado por siempre en la telaraña de la culpa.

—Linesh, conozco muchas personas que no se sienten culpables y que no creen en Dios. Por ejemplo, mis amigos judíos de Nueva York tratan de aliviar esa culpa con sesiones semanales con su siquiatra y no con su rabino.

—Bueno, creo que tienes razón. Entonces, la teoría no funciona. ¿Pero no estás de acuerdo en que rehuir tu propia responsabilidad es ineficaz y creador de culpas?, preguntó a John.

—La verdad es que no estoy seguro. Conozco musulmanes que dicen que las cosas resultarán si Alá lo desea, y si no, entonces nunca sucederán. Ellos permanecen indiferentes, libres de responsabilidades. Por fuera esto es así. Habría que ver qué sucede si profundizamos en lo que sienten.

—Sí Linesh, creo que aciertas en casi todos los casos, los que no asuman la responsabilidad de sus actos se sentirán culpables todo el tiempo.

—Bueno, tenemos que pensar en esto un poco más. Buena suerte mi amigo, concluyó Linesh.

—Linesh, disfruta de la experiencia de hoy, agregó John.

John se sintió muy relajado en el transbordador hacia Kowloon donde quería ver algunos templos. Mientras observaba a los pasajeros chinos que predominaban, pensó en lo interesante que era la gente china. Muchos de ellos moviéndose aparentemente en armonía con otros a pesar de ser los mayores individualistas que había conocido. Cada cual veía por sí mismo y cuando más por su familia, a pesar de que entre los familiares normalmente no reina la confianza. Es gente vital y trabajadora que quiere asegurarse una vida tranquila en la vejez. Trabajan denodadamente, ahorran y andan en busca de un tranquilo atardecer.

John entró al templo que allí llaman “El Templo Chino”. Unos años atrás cuando buscaba un templo budista o taoísta nadie le entendió, la razón se le hizo obvia cuando vio en la mitad de un patio a un Buda sentado en posición de loto, rodeado por muchos budas pequeños. Además, en los diferentes cuartos que rodeaban el patio había toda clase de deidades taoístas. Todos estos dioses coexistían lado a lado en “El Templo Chino”.

Cuando la gente entraba al templo le rendía homenaje al Buda, permanecía parada allí por un momento y le ofrendaban flores o una caña, decían una oración y después se iban a los cuartos para “pedidos especiales” donde se encontraban los dioses taoístas. Si tenían problemas de amor, iban al Dios que se encargaba de eso, si necesitaban suerte en los negocios, entonces al Dios de los negocios.

Todo ello John lo descubrió hablando con las personas en éste y en otro templo. De alguna manera, ellos buscan a Buda de forma similar a como lo hacen los tailandeses, no pidiéndole cosas de este mundo, para eso estaban los dioses taoístas. Sin embargo, esto era un poco más complicado: también había dioses taoístas que tenían que ver con la vida y la muerte, por lo que tenían que ser amigos no sólo del Buda. Estos chinos seguían los principios morales dados por Buda, Lao Tse, el fundador del taoísmo y, además, por Confucio.

—¿Quién era Dios, entonces?, preguntó John a través de su intérprete.

—Buda, le respondieron.

—¿Pero Él que tiene que ver con los dioses taoístas? ¿Él es el supremo entre ellos?

—Oh, no.

- ¿Quién es el Dios supremo taoísta?
- Hay muchos y son parte del gran espíritu.
- ¿Y Buda?, preguntó John.
- Él es parte del gran espíritu y Él es el gran espíritu.
- ¿Y qué pasa cuando la gente muere?
- Van a la casa de sus antepasados y se unen a su familia.
- ¿Alguna reencarnación?
- ¿Qué?

Sus ideas de una vida después de la muerte parecía tan vaporosa como el humo que hay en todos los templos y la niebla que está omnipresente en todas las películas chinas. No es que carecieran de cosmologías elaboradas, budista o taoísta, sino que no parecían creer firmemente en nada de eso.

Entonces, los chinos utilizan a sus dioses principalmente para la vida diaria, confirmando así su pragmatismo. Quieren vivir mucho tiempo y prosperar viviendo armoniosamente, conforme los principios dictados por Lao Tse basados en las fuerzas vitales opuestas y presentes en todo, el ying y el yang, y buscando la armonía que se logra por la interacción adecuada de estas fuerzas, el tao.

Es extraño que la religión taoísta lleve el nombre de este gran pensador práctico, Lao Tse, para quien los dioses taoístas eran indudablemente parte del folclore chino mucho antes de su llegada. El taoísmo es una especie de culto animista similar a otros de diferentes partes del mundo, que suponen que hay espíritus y fuerzas por todas partes: una creencia tan común y primitiva, también de nosotros los occidentales desarrollados, pensó John.

John no encontró nada nuevo en estos templos, excepto confirmar su idea de que la gente ve a Dios en todas partes esencialmente de una manera muy similar.

Cuando salía de uno de los templos, sus pensamientos se centraron en un texto que había leído en el libro aquel que le había hablado a Linesh. Era un capítulo corto sobre la religión en donde la pregunta de Dios era tratada de una forma inusual. Afirmaba que uno no puede hablar de Dios, sólo puede hablar de su experiencia particular. John pensó mucho acerca de esto e inicialmente se sintió un poco deprimido. ¿Estaba buscando algo que no podía ser encontrado? ¿Sería imposible conocer qué es Dios, o solo se podría saber cómo uno experimenta lo que llama Dios?

Mientras más pensó acerca de esto, la afirmación comenzó a tener sentido:

Si Dios es el nombre que le damos a aquello que lo incluye todo en el universo, que todo lo abarca, que todo lo ve y que todo lo sabe, ciertamente no podremos experimentarlo en su totalidad, porque nosotros somos parte del todo y una parte nunca puede saber lo que es el todo. Cada parte de nuestro cuerpo experimenta el cuerpo como un todo solo en forma limitada a través de la sangre, a través de su proximidad con las otras partes, etc., pero un dedo no puede experimentar lo que el aparato de coordinación experimenta, esto es, lo que el cerebro siente y sabe.

Cada vez que estoy incluido en algo, solo puedo hablar de mi experiencia del todo, pero no puedo comprender el todo. Yo soy un estadounidense y solo puedo hablar de lo que siento como tal, pero no puedo experimentar todo de mi nación, tampoco nadie más lo puede hacer.

Aun en asuntos menores veo que cada vez que describo un acontecimiento lo hago desde un ángulo en particular, si varío el ángulo, la descripción cambia. Diez personas que tienen la misma vivencia van a dar diez versiones diferentes de ella. Una misma persona que tenga la misma experiencia muchas veces, la va describir de acuerdo con su estado de ánimo cada vez que la tuvo y conforme al estado de ánimo en que esté en el momento de describirla, a quién se la cuenta y según sea el interés con que lo esté haciendo.

Sí, tiene sentido, solo podemos describir lo que pensamos qué es Dios, no lo que es intrínsecamente.

Esta realidad, ello nos hace ser más tolerantes con los demás. Si los representantes de las religiones reflexionaran sobre esto, no dirían frases como: “Dios quiere que tú” o “Dios esto” o “Dios aquello”. En cambio, podrían decir: “Me parece que sería bueno para ti saber como yo experimento a Dios”. Se cortaría toda la imposición y el fanatismo religioso.

¿Pero qué pasaría si hubiera otro plano en donde los límites normales de las tres dimensiones no existieran? ¿En donde ser y no ser sean lo mismo? En donde la parte y el todo se identifiquen? ¿En donde el tiempo no tenga límites, no un antes, no un después, no un ahora, solo tiempo eterno? ¡Sí, eso debería ser! ¡Esa tiene que ser la vía de experimentar a Dios!

Pero no tengo ni idea de cómo llegar allí o si ello es posible.

Y si encuentro ese plano, tendría que expresar la experiencia de una forma tridimensional, tendría que contársela a otros e inclusive a mi yo normal.

Su cabeza estaba por estallar. Sintió que no podía seguir con ese pensamiento y decidió entrar en el próximo templo.

John vio al entrar a un hombre muy raro. No es que tuviera una apariencia extraña, no del todo. Era un chino de unos sesenta años, pero por su condición física, su recta postura, abierto, sin arrugas en su cara y con unos ojos extremadamente observadores, parecía ser diez años menor, o aún más. Lo que sorprendió a John fue que este hombre estaba observando lo que los otros estaban haciendo, justo lo que él estaba haciendo. Cuando John caminó alrededor del templo sus ojos se encontraron unas pocas veces con los del chino y John se sintió conmovido por su gentileza, sabiduría y sus ojos exigentes.

—¿Disculpe, señor, puedo preguntarle qué está haciendo aquí?”, inquirió John.

—Exactamente lo mismo que usted, observando lo que la gente está haciendo. Tratando de sentir lo que hacen, cómo se sienten y qué es lo que sacan de esto”, contestó el hombre. ¿Y usted?

John sintió que este era uno de esos raros momentos en que no tenía que hablar por hablar.

—En realidad, estoy buscando a Dios.

El chino lo observó atentamente, sonrió y le echó una mirada de alivio.

—Chun Lee, dijo y le tendió su mano.

—John Chavez, dijo John y sintió la mano fuerte y firme de Chung.

—John, discúlpeme por decirle esto, pero no encontrará a Dios aquí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque aquí la gente no le reza a Dios.

—¿Cómo sabe eso?

—No le están rezando a Dios, sólo están hablando con ellos mismos.

—¿Usted sabe qué es Dios?”

—Yo sé cómo experimento a Dios y sé lo que no es Dios. He hecho lo que ellos están haciendo y sé que eso no es Dios. También he experimentado a Dios, pero no creo que mi experiencia sea la única válida.

—Si ha conocido a Dios, ¿por qué está aquí sentado observando a la gente?, preguntó John.

—Oh, hay tanto por aprender, mi amigo, tanto por entender. Yo solo tuve esa fuerte conexión con Dios una vez. No entiendo cómo o por qué pasó y no sé cómo repetirla. Entonces, estoy buscando muchas respuestas como usted, mi amigo. Este es un buen lugar como ningún otro para lograr la inspiración. Bueno, yo no espero que ellos me den las respuestas, pero algunas veces uno aprende más de lo que no es que de lo que es. Además, esta es una atmósfera calma.

—Me gustaría poder escuchar su experiencia, dijo John mientras estaban parados cerca de un Buda en el centro del jardín. John sintió como si fueran un par de notables espías en medio del incienso, el humo y la gente moviéndose adentro y afuera del

templo, de un lado a otro. Y ellos dos parados justo allí, un guapo y alto James Bond occidental y su contacto chino, planeando un complot para derrocar al gobierno chino o, por lo menos, planeando robar algún secreto de estado.

—Podríamos ir a algún lugar para hablar tranquilos, señor Lee”, sugirió John.

—Llámeme Chun. Sí, me encantaría y sé que usted también tiene muchas cosas que contarme.

Chun le preguntó si le gustaría navegar por unas horas en un transbordador que va a un par de islas en la bahía de Hong Kong.

John le contestó que la sugerencia no podría haber sido mejor.

Hablaron un poco de cada uno camino al transbordador. Chun era profesor de literatura medieval china en la universidad de Hong Kong y también profesor de thai-chi-chuan, las antiguas artes marciales practicadas por los chinos de todas las edades. John recordó una anterior visita a la ciudad cuando se despertó muy temprano y vio los parques llenos de gente de edad practicando thai-chi. Chun había venido a Hong Kong cerca de 30 años atrás, formó una familia, tuvo muchos hijos y nietos pero desafortunadamente su esposa murió un par de años atrás.

Esa pérdida tuvo un profundo efecto en él y lo impulsó con más fuerza en su búsqueda de cómo lograr un pasaje hacia el más allá. Entonces, leyó mucho, fue a muchos seminarios, participó en una gran variedad de cultos y religiones.

John sintió que este era un espíritu amigable, de modo que trató de contarle todo lo que había experimentado en su viaje. Quería compartir esto con él para que pudiera revivir de la misma manera lo que él vivió.

En el transbordador, sentados arriba en cubierta con la cálida y húmeda brisa de la tarde abrazándolos, Chun le contó su historia de la búsqueda de Dios.

Un año atrás él había vuelto a China para visitar unos parientes, tal como lo venían haciendo por años muchos residentes de Hong Kong. También viajó para revisar la tierra que había adquirido recientemente, en donde quería pasar sus últimos años o que le serviría solo para tener un lugar de reclusión, para pensar y cuidar la tierra.

Estaba en su caminata del día, una larga caminata que hacía diariamente, tratando de tomar un camino diferente cada vez. Estaba ante un paisaje hermoso en ese momento, con vegetación exuberante, granjas bien cuidadas, animales comiendo pasto y el cantar de los pájaros. En ese tiempo, él pensaba constantemente acerca del orden del universo, sentado a menudo enfrente de su casa mirando el cielo saturado de estrellas. ¿Qué había detrás de todo eso?, pensó mientras caminaba enérgicamente en el campo cantonés. De pronto se detuvo y permaneció allí, de pie en el camino observando algunas vacas que comían pasto, pequeñas cabras que jugaban entre ellas y un pequeño toro tratando, en vano, de montar una vaca. Observó los árboles, algunos centenarios, erguidos allí como si hubieran logrado sobrevivir a diferentes climas y guerras.

Sintió cómo todo encajaba perfectamente, el planeta Tierra desplazándose en el espacio lo suficientemente cerca de una estrella como para recibir su calor y lo suficientemente lejos como para no quemarse y poder desarrollar una atmósfera. Una luna que succionaba el agua de la tierra, que ayudó a formar la superficie, después la creación de las plantas como alimento y los árboles para proporcionar el oxígeno y hacer que la superficie de la tierra fuera habitable para tantas formas vivientes, además, crear condiciones de vida bajo la tierra con el despliegue de sus raíces. El pasto como sustento de los animales, los animales de los humanos y toda esa generación de energía eléctrica que permite al hombre convertir la noche en día, el frío en calor; trayendo así los adelantos técnicos a sus casas, allá en Cantón, para preparar el camino que les permita sentirse humanos, no solo chinos o cantoneses. Para forjarse el destino de dispararse hacia el espacio y transformar otros mundos.

Todo encajaba perfectamente. Luego empezó a sentir cómo era ser una vaca mordiendo el pasto, o el toro en sus frustrados intentos de hacer que la vaca lo aceptara, inclusive sintió lo que era ser el árbol.

La naturaleza hizo silencio, todas las formas se volvieron más definidas, los colores más brillantes y sintió que estaba ahí, aunque no del todo. Cerró los ojos y un estallido de luz iluminó todo dentro de él, sintió una energía extraña en su interior y envolviéndolo. Él era esa energía.

Después abrió los ojos y no podía sentir su cuerpo. Observó que era parte de todo. Estaba allí, pero también sintió que había vuelto a Hong Kong y sintió que había muerto, que era pura energía consciente. Por un momento sintió comprender todo, sin palabras, sin imágenes, solo comprendió. Él era parte de algo tan poderoso, tan bueno, tan infinitamente sabio que las palabras no lo podían describir. Supo entonces que era parte de eso que estaba tras todo moviéndose en el tiempo y el espacio pero, sin embargo, seguía parado allí en el camino de la granja.

Nunca supo cuánto tiempo duró aquello, pero le pareció como si hubieran pasado horas. Después cuando volvió a la normalidad miró su reloj y solo habían pasado unos pocos minutos.

Mientras “volvía” de su experiencia sintió un agradecimiento arrollador, sintió que le habían dado más de lo que un hombre puede pedir, supo que era inmortal y que había tocado a Dios, o por lo menos una parte de él.

A partir de ese momento, su vida se transformó. Muy pocas cosas le preocupan ahora, es mucho más generoso que antes y básicamente siente que necesita muy poco.

John miró a Chun con respeto mientras le contaba su historia, imaginándose la situación claramente, y al final dándole gracias a Ramos por ese increíble y oportuno encuentro.

Tomó ambas manos de Chun y le dijo “gracias”, porque de alguna manera quería retribuirle

—Lo gracioso, dijo Chun, es que yo quisiera entender qué pasó. Porque a pesar de haber recibido un buen regalo de Dios, quisiera más aún, quisiera que esa conexión fuera más permanente. No sé si es posible o si es que nos corresponde tener una sola experiencia como esta en la vida, así podemos tener signos claros en nuestro camino en cuanto a qué hacer y a dónde ir, tanto en esta vida como en la próxima.

Tal vez todos tengan una experiencia similar a ésta alguna vez en la vida, tal vez la rechacen o no la reconozcan por lo que vale. He hablado con mucha gente y parece que han experimentado algo así de inusual, tal vez no tan fuerte, pero de la misma naturaleza. Sin embargo, no tuvo el mismo efecto para ellos que para mí. Eso me hace pensar que la experiencia no es necesariamente la parte esencial, la luz interior, las emociones y todo eso. Tal vez es la comprensión lo que más importa, ese sentimiento de entenderlo todo, quizá también sea que uno debe estar buscándolo para poder apreciarlo, concluyó Chun.

John sintió que podría entregar algo a Chun, y le dijo que encontrar a Dios era como un proceso, que uno debe disponerse a no necesitarlo para poder conectarse con Él conscientemente. También le transmitió sobre cómo el guía interno podía ayudarle a ser más fuerte de lo que era, y se ofreció a ayudarle a encontrar su guía interno como él lo había encontrado, agregando que para ello necesitaban un lugar silencioso.

Regresaron a la casa de Chun no muy lejos del embarcadero del transbordador, y allí John le leyó el sueño que había tenido. Mientras leía y Chun permanecía sentado con los ojos cerrados, se dio cuenta que la experiencia estaba dando resultado.

Denotaban mucha gratitud los ojos de Chun cuando los abrió. Había encontrado, sin duda, algo que lo ayudaría en su camino. Sí, eran como amigos que se habían conocido toda la vida y no había nada llamado cultura, edad o diferencias por la experiencia social o económica que interfiriera entre ambos.

Pero ahora tenían apetito, por lo que Chun lo llevó a un “verdadero” restaurante chino en donde permanecieron por mucho tiempo probando diferentes delicias que solo los chinos son capaces de hacer.

Al despedirse, acordaron mantener un contacto estrecho en el futuro.

C A P Í T U L O 9

AIKO

¿Taxistas con guantes blancos? ¿Quiénes sino los japoneses habrían pensado en eso? John le dijo a su conductor que lo llevara a su hotel en Shinjuku. Le gustaba esa parte de Tokio, mezcla de lo nuevo y lo viejo, de lo comercial y lo residencial. Muchas cosas habían cambiado en Japón pero los taxistas seguían utilizando sus guantes blancos.

Los japoneses son una gente muy especial, hacen tantas cosas a su manera. Algunos dicen que por un lado están los japoneses y por el otro el resto de la humanidad. Incluso su lenguaje coloquial indica la diferencia: nosotros los occidentales somos llamados “los monstruos del mar”.

Sin lugar a dudas han desarrollado una cultura muy particular, dado que por siglos han vivido alejados del resto. John se acordó de la antigua historia aquella del emperador que envió a sus hombres a occidente para ver cómo era. Cuando sus hombres regresaron y le informaron sobre el asunto, él los mató a todos para que Japón pudiera continuar teniendo su existencia insular.

Eso era hace mucho tiempo. Ahora, por supuesto, Japón había adoptado todo lo inimaginable de occidente. Primero copiando y luego pasando a la vanguardia en la creación. Son capaces de utilizar sus recursos humanos para compensar la falta de recursos naturales, y aventajan por varios cuerpos al occidente desarrollado ayudando a las naciones del lejano oriente de pasar de primitivas naciones agrícolas a sociedades de alta tecnología. Todo ello sin haber vivido las etapas industriales que los expertos occidentales prescriben como necesarias para el desarrollo de una nación.

Japón, la tierra del ciberespacio y la supertecnología, pero también la tierra de la tradición, la tierra que exporta toda clase de fenómenos espirituales como el budismo zen y el Shogun Goi.

Japón, tierra de corrupción, de presión social, en donde los jóvenes se suicidan si no sacan buenas notas en sus estudios. Japón neurótico, cuyos pilares de estabilidad se están desmoronando. Como la gran cantidad de familias en donde los padres no viven más con sus hijos y son trasladados a granjas de ancianos y el empleo de toda la vida ya no es seguro.

Japón, que en el conjunto de naciones está cada vez más cerca del resto del mundo y tiene que redefinir su identidad como los demás. Pero para los japoneses esto va a ser más difícil porque su idiosincrasia ha sido muy fuerte y sus referencias muy claras; entonces, por un tiempo van a sentirse desnudos y temblando bajo la lluvia del impacto cultural que ejercerán muchos otros, otras referencias.

John tenía un gran respeto y admiración por los japoneses y estaba allí para tener la experiencia de ese particular modo de comportamiento religioso.

Mientras viajaban a través de esta ciudad de luces de neón, recordó la historia que Chun le había contado la noche anterior. Una cosa es una experiencia que simplemente sucede y que quizá le ocurra a la mayoría de la gente, a pesar de que muchos no la reconozcan y otros simplemente la bloqueen porque no saben cómo entenderla e incluso no se animen a hablar de ello por temor a la burla.

Pero generar esa experiencia conscientemente es otra cosa. Creo que sabría eventualmente cómo, pero estimo que aún hay muchos ingredientes que faltan en la poción mágica que necesito mezclar y tomar para poder lograr esa experiencia.

John sonrió por sus pensamientos mientras verificaba sus mensajes en el hotel. Sí, Shoshi Hatamoto había llamado. John llamó a Shoshi inmediatamente al Ashashi Tribune, donde trabajaba como periodista.

Se habían conocido en un cóctel en la embajada estadounidense unos años atrás y

siempre se habían mantenido en contacto. Shoshi le contaba lo que sucedía “entre bambalinas” en la política japonesa, mientras que John lo ponía al tanto de lo más exclusivo sobre el mundo de los negocios en EE.UU..

John lo había llamado desde Bangkok y le había pedido concertar algunas entrevistas con personas que habían abandonado esos cultos japoneses responsables de graves atrocidades, porque John quería saber qué pasó en la cabeza de estas personas, qué y quién era Dios para ellos y todo eso.

—¿Cómo has estado, Shoshi? ¿Conseguiste alguna reunión?

—Sí, ningún problema. Les dije que eras una persona influyente en los medios en Estados Unidos y eso fue suficiente. Están asustados, de modo que mientras más se hagan conocer, mejor estarán. Eso fue lo que me dijeron. Llegarán en un par de horas.

Shoshi llegó puntual con cuatro jóvenes, dos hombres y dos mujeres, personas guapas y probablemente de buenas familias. Estudiantes universitarios, pensó John.

John los invitó a un salón retirado que había reservado para que pudieran sentarse y hablar libremente.

Los jóvenes habían ingresado a la secta hacía dos años y la habían abandonado unos pocos meses atrás cuando el líder fue encarcelado después de haber perpetrado graves ataques terroristas sobre la población de Tokio.

—¿Qué los llevó a ingresar a la secta?

—No creo que hable por todos nosotros, dijo uno de los jóvenes, pero yo estaba muy aburrido con mis estudios en la universidad, también era muy difícil y tampoco estaba muy seguro de si quería trabajar en lo que estaba estudiando. Además, es muy difícil encontrar un trabajo para nosotros los jóvenes en Japón y especialmente si no tienes notas altas, lo cual es mi caso. También estaba muy disgustado por los infinitos escándalos de corrupción de nuestros líderes, tanto en el gobierno como en las grandes empresas y tenía la impresión de que nada iba a cambiar. Asimismo tenía mucho susto por lo que están haciendo con el medio ambiente, todo lo contaminan y no les importa. Muchos de mis amigos habían ido a las reuniones de esta secta y se sentían muy emocionados con la experiencia. Decían que esta gente quería empezar una restauración moral en Japón, de manera que la gente comenzara a preocuparse más por el medio ambiente, por los demás y por los verdaderos valores espirituales. Decían que allí la atmósfera era muy buena, la gente tenía un buen espíritu y todo era ordenado y disciplinado, y se entusiasmaron con el líder que, según ellos, era el verdadero maestro.

Entonces me dije, ¿por qué no? ¿Qué tengo que perder si voy a una reunión? Fui y me gustó lo que vi, cantidades de gente joven como yo convencida de que el futuro de Japón sería muy bueno si se adoptaran nuevos valores y una orientación diferente.

Empecé a ir a más reuniones, conocí a más gente, trabajé con ellos, recluté nueva gente. Después ellos me propusieron trabajar de tiempo completo, ya que lo que estudiaba podría ser inútil para una nueva sociedad. Entonces, me retiré de la universidad.

Los otros amigos vivieron situaciones similares, excepto una joven que tenía una gran pena porque su amado la había dejado, contrario a lo que pensaba ella de esta relación, que terminaría seguramente en matrimonio. Ella había imaginado todo su futuro según esa relación y su novio le había hecho creer que el matrimonio era seguro, pero después él encontró otra mujer y ella no sólo quedó con el corazón roto, sino que estaba avergonzada y aturdida, pues no sabía qué hacer con su vida. La secta era un refugio seguro donde ella podía por lo menos escapar y limpiar sus heridas.

—¿Qué hay acerca del aspecto religioso? ¿Qué hay acerca de Dios, quién se suponía que era?

—El líder estaba en contacto con Dios, él mismo era divino, dijo el mismo joven que inicialmente había contestado. Entonces cuando nosotros rezábamos, pensábamos en el líder, en su imagen y suponíamos que nos llevaría a tomar contacto con un poder superior.

—¿Pero ustedes no podían rezarle directamente a Dios?

—No, no teníamos acceso directo. Si lo hacíamos significaba que habíamos cuestionado la autoridad del líder y entonces teníamos que ser «reprogramados», dijo otro joven que había permanecido callado hasta ese momento.

—¿Qué era Dios, entonces?”

—Dios era ese gran espíritu que estaba en todas partes, dijo otro joven de los jóvenes. Él se encontraba especialmente en la naturaleza y el gran espíritu se sentía herido al ver cómo nosotros tratábamos su planeta, explicaba el líder.

—¿Entonces cómo puede ocurrir todo este fanatismo?

—Muy simple, dijo una de las jóvenes, una mujer callada pero sin duda muy inteligente. Todo era “nosotros” y “ellos”. “Ellos” eran malos hasta que se nos unían. “Nosotros” trabajábamos por la vida, por el gran espíritu; “ellos” estaban en contra de eso. Y las palabras del líder, quien era el representante directo del gran espíritu, eran la ley. Si usted cuestionaba su autoridad, los malos pensamientos de “ellos” lo habían infiltrado a usted y debía ser ayudado, sus malos pensamientos tenían que ser eliminados. Nosotros éramos humanos, ellos eran subhumanos.

—Entonces, ¿cuándo fue que surgieron las ideas de aterrorizar a la población?

—Bueno, hace un año más o menos, dijo uno de los jóvenes. En una reunión importante, el líder dijo que la capa de ozono sería muy pronto muy delgada, que los peces en los océanos estaban muriendo y que los líderes de los países no estaban haciendo lo suficiente para cambiar las cosas radicalmente. Algo muy drástico debía hacerse para despertar a la gente para que presionara a sus líderes.

—Entonces, el líder dijo que el gran espíritu le había visitado y dicho que la gente era mala por la manera en que estaban envenenando el planeta, que debían sentir cómo se siente todo ese veneno derramado sobre uno. Si ellos sintieran esto lo suficientemente fuerte, tal vez pararían de envenenar el planeta.

—Y después ellos nos escucharán y se nos unirán, dijo el líder.

—No dijo explícitamente: “Vamos a envenenar a la gente”, pero estaba implícito en sus palabras, dijo la más callada de las dos jóvenes.

—Entonces cuando se produjo el primer ataque de envenenamiento, supe que nosotros estábamos detrás de eso. Allí fue cuando me retiré, cuando todos nosotros nos fuimos.

—Y ahora ustedes están asustados porque tal vez algo les pueda suceder.

—Sí, porque ya no somos más “ellos”, ahora somos los “otros”, somos subhumanos y lo que es peor, traidores. La mayoría de la gente que hay allí es buena y amable, pero tiene miedo de la cólera del gran espíritu si no obedecen al líder, y tiene miedo de los otros, de lo que puedan hacerles.

—Entonces, ¿cuál es la solución?, preguntó John.

—Esperar que la gente pierda su fe en el líder. No creo que la secta vaya a atraer más interesados, pero los que quedan son peligrosos mientras el líder permanezca activo, aun estando en la cárcel.

—¿Y si él muere, habría alguien que tome su lugar y sea como él?, preguntó John.

Pero, en realidad, no habían pensado en eso.

John les agradeció y les dijo que lo único que podía hacer era transmitir esta historia

a algunos reporteros que conocía. Si los líderes de la secta pensaran con cierta lógica, no les gustaría atraer más publicidad negativa que los afectara públicamente. Él hubiera querido hablar más con estos jóvenes, para decirles que la única salvación contra tales maniáticos era que la gente tuviera fe en sí misma y nunca pusieran nada por encima del ser humano, nada de lo dicho por representantes de dioses imaginarios. Le hubiera gustado hablarles de que nadie debiera pretender saber el deseo de Dios, sino únicamente su propia experiencia de lo divino.

Pero éste no era el lugar ni el momento para hablar de tales asuntos. Lo que más le sorprendió a John era que estaba genuinamente interesado en el bienestar de ésta y la otra gente de la secta, y en todos aquellos que pudieran caer bajo el mismo hechizo.

Sorprendido de que su preocupación fuera casi la misma con que trataba a sus propios hijos, estaba decidido a hacer algo más que simplemente escribir un artículo en un periódico. Exactamente qué sería, no lo sabía.

Después de que los jóvenes se fueron, él y Shoshi hablaron por largo rato acerca del fanatismo en el mundo. Cómo crecía a medida que el mundo se hacía más complejo y resultaba más difícil para la gente soportar la existencia. Que la solución no consistía en meter presos a los líderes de sectas así, pues surgirían otros con nombres diferentes. Que el problema debía ser examinado cuidadosamente para solucionarlo de raíz. Ambos amigos vieron que si las personas se sienten presionadas y al mismo tiempo no tienen una dirección clara, entonces buscan soluciones fáciles, como las de estos líderes que los salven, que les digan cómo son las cosas y cómo hacerlas, se trate de líderes políticos o espirituales.

No sabían cuál sería la solución, pero ambos sentían que debería ser tanto social como personal. Personal, entonces la gente no necesitaría de estas "salvaciones". Social, en cuanto a que debe haber una distribución equitativa de los recursos, no tanta presión sobre las personas y un genuino interés por el bienestar de la gente, tanto material como espiritual.

Más tarde, John fue a un parque grande y tranquilo en el distrito de Shinjuku, donde solía ir anteriormente. Allí había un gran templo shintoísta donde la gente oraba a sus dioses ancestrales, de parada y sin ingresar al templo, o dando sus respetos a sus espíritus o parientes, siempre mirando hacia dentro del templo pero nunca entrando en él. Qué curiosa costumbre de estar parado afuera del lugar de culto, pensó.

En otras religiones la gente está físicamente incluida: quedan dentro de la iglesia, la sinagoga o la mezquita. Pero los japoneses no, pues tenían que hacerlo diferente como todo lo demás.

Tal vez tenga que ver con cómo se ven a ellos mismos, pues consideran que su "yo" no es exclusivo de ellos sino que está en otros, está fuera de ellos también. Por tal razón es que quizá se tomen tan a pecho cuando uno les dice algo acerca de un producto japonés, sienten una incomodidad si es criticado y un sentimiento de profunda gratitud si es elogiado. Se comportan así trabajen o no en la firma que fabrica el producto. Si trabajaran en la empresa en cuestión, bueno, cualquier comentario acerca de la misma y sus productos les tocaría el centro de su alma, pensó John. ¿Por qué? Porque se consideran no solo dentro de sus cuerpos sino también fuera de él, en la empresa, por ejemplo. Y los japoneses son famosos por su trabajo en grupo y sus decisiones por consenso. No lo hacen por alguna ideología, no, más bien porque tienen problemas haciendo cualquier otra cosa; consideran muy normal consultar con otros antes de tomar una decisión acerca de algo, porque los otros son como otra parte de ellos. Entonces estar parados fuera del templo shintoísta no significa realmente que están fuera, también están dentro, porque una parte de ellos está en el interior.

Entonces, como que los japoneses pensaban que estaban también “ahí” afuera, no solo dentro de ellos mismos, para ellos era muy normal ver a sus dioses “ahí” y no era necesario estar físicamente presentes dentro del templo porque ellos sentían que ya estaban “allí”.

John se sentó en un banco cerca de la entrada del templo y buscó un e-mail, que solo había ojeado, enviado por Linesh. Contenía una copia del discurso del autor del libro que John había encontrado en Sri Lanka, y quien había dictado un simposio sobre religión en Jujuy, una ciudad del norte de Argentina. El discurso, en páginas fotocopiadas, había sido entregado a Linesh por el amigo que le enseñó la experiencia de paz y que después Linesh le había enseñado a John en Bombay. Linesh le relató a este amigo lo que John estaba haciendo y que le había gustado el libro argentino, entonces su amigo dijo que tenía algún material que tal vez John podría encontrar interesante.

El discurso era acerca del tema de Dios. La primera vez que John lo leyó lo encontró un poco difícil de comprender, pero ahora sentado allí en el parque resultaba más claro. Básicamente, decía que la idea de Dios varía históricamente de acuerdo con la idea que la gente tiene de lo que es el hombre. Cuando la idea sobre el ser humano cambia, entonces se modifica también la idea de Dios.

Inclusive hablaba acerca de la afirmación de Nietzsche de que Dios ha muerto (cómo le gustó a John cuando vio esto en el texto). No que Dios estuviera muerto, pero sí que una idea particular de Dios había muerto, una idea que correspondía a otra época. (John reconoció un gran alivio cuando leyó eso.)

John reflexionó en todas las manifestaciones de la idea de Dios en la historia y escribió sus pensamientos en la computadora portátil que siempre llevaba con él.

En tiempos antiguos las tribus guerreras tenían sus dioses guerreros, las comunidades agrícolas sus dioses de la fertilidad, del viento y el agua, y los marineros el Dios del mar, escribió.

Originalmente el hombre creó a Dios y no Dios al hombre, dijo alguna vez Linesh, el maestro.

Cuando algún jefe de una tribu moría, se convertía en el vocero o aliado de la tribu que actuaba desde el mundo de los espíritus. Cuando esta tribu vencía en una guerra, era porque el cacique, ya muerto, era más poderoso que el de la tribu conquistada, y ellos a su vez rápidamente cambiaron su espíritu de jefe perdedor por otro muy poderoso. Cada vez que esta tribu conquistaba otras tribus, el espíritu original del jefe se volvía más y más poderoso, más y más remoto desde sus orígenes terrenales hasta que se convertía en el Dios de la gente.

En esos días, continuaba Linesh, los pueblos se remitían únicamente a lo que les era propio porque no tenían idea de lo que sucedía en otros lugares. Este origen tribal de los dioses es bastante obvio en muchas religiones como el judaísmo, los dioses helénicos que interactuaban muy libremente con los humanos, y los dioses nórdicos. Después, los linajes genéticos fueron olvidados y se convirtieron en los dioses de los cielos. Por todo ello es muy fácil ver que Dios no creó al hombre sino que el hombre creó a Dios.

Es cierto, y también las ideas del hombre sobre sí mismo son muy históricas, escribió John. Recientemente, a comienzos del siglo XX y hacia fines del anterior, la muy aceptada idea de que el hombre era parte de la naturaleza, un animal racional, pero animal al fin, comenzaba a ser cuestionada. Junto con la idea de que el hombre era un ser natural estaba la otra la idea de un Dios supernatural, básicamente un Dios estático dedicado a las tareas diarias de su creación.

La idea de que el hombre era básicamente diferente de los animales porque puede escoger, tiene intenciones y es esencialmente libre, estaba en desacuerdo con la idea de un Dios estático y natural de los intelectuales de la época. Entre éstos estaba Nietzsche, por supuesto, quien aparentemente no se dio cuenta que aquello era un choque de ideas, y no que Dios había muerto y dejado al ser humano abandonado.

No es para menos que haya crisis en las religiones. No es que la gente sienta conscientemente que Dios ha “muerto”, que el Dios natural ha muerto, o que sientan que este Dios no encaja con la nueva imagen del hombre. Es improbable que todo el mundo piense así, muy pocos lo hacen, pero todo comienza con imágenes, con pensamientos.

La Unión Soviética no comenzó a derrumbarse cuando invadió Hungría o Checoslovaquia, sino poco después de la muerte de Lenin, cuando algunos de sus intelectuales comenzaron a dudar de los méritos intrínsecos de su sistema, dijo Leonidas, un economista ruso muy tajante y amigo de John. Del mismo modo que el sistema neoliberal pronto caerá porque sus pensadores lo están cuestionando.

John pensó que la mayoría de la gente no piensa que tiene intención, los pensadores sí. Entonces, pronto eso será de conocimiento de todos. Algunos aspectos de esto ya lo son. Hoy la gente habla acerca de que todo es relativo, que nada está fijo. También, la naturaleza humana ha sido tan alterada que necesariamente conlleva a cuestionarse qué es el ser humano.

Nosotros modificamos todo, transformamos el mundo, nos transformamos a nosotros mismos interiormente, escribió John.

Si modificamos el mismo programa original, la estructura genética, si curamos casi todas las enfermedades, si invertimos el proceso de envejecimiento, si podemos transplantar todos los órganos que queramos, si creamos vida a voluntad, entonces le queda muy poco por hacer al Dios natural. Pero aún está la necesidad de saber de qué se trata todo esto, la necesidad de conexión, de saber que hay algo que lo abarca todo. Algo mayor que el hombre a pesar de que éste es muy grande e inclusive puede hacerse ilimitado. Algo que le ayuda a entenderse con la muerte, aun si ocurre en una edad mayor de lo que es común ahora.

El hombre creador tiene que tener una idea diferente de Dios que la que tiene el hombre consumidor, el productor o el animal racional.

Nada de esto está diciendo que Dios ha cambiado, sino que la idea de Dios cambia cuando el ser humano modifica la imagen que tiene de sí mismo, puesto que sólo ve una parte de Dios. Y esa forma de verlo depende de cómo se ve a sí mismo.

Lo que ha muerto es la idea de Dios, no Dios. Una nueva idea debe nacer, una idea que encaje con este momento histórico. Un Dios que esté dedicado a asuntos importantes, un Dios gracioso, divertido, un Dios amoroso y tolerante, un Dios de libertad que deje hacer al hombre la mayoría de las cosas por sí mismo. Sin paraísos ni infiernos, como la canción de Lennon, pensó John.

Los dioses naturales de las religiones están en un momento difícil, porque originalmente aparecieron como “naturales”. Entonces los paisajes, tanto naturales como conceptuales, en que se forjaron estos dioses están desincronizados con los tiempos actuales porque se suponen absolutos en un momento de relativismo, en el que la gente ve la diversidad humana instantáneamente por la TV de su sala de estar o de su choza.

Por supuesto que habrá quienes se pongan las anteojeras, y los fanáticos, pero las grandes masas no son creyentes de estas religiones porque otra idea de ellos mismos y de Dios está naciendo dentro de la gente.

John estaba muy entusiasmado escribiendo todo esto, mientras miraba algunas veces a los japoneses que se acercaban al santuario, unos solos y otros en pequeños grupos de todas las edades y caminos de la vida.

¿Qué era tan malo para la gente que Dios estuviera muerto?

Primero, que todo se desorienta y nos hace sentir solos.

Pero hay algo más, tal vez la falta de moral tan evidente ahora en el mundo tenga que ver con ello.

Para que la moral funcione bien para la gente es necesaria una conexión con algo más alto, sea un Dios o una causa. Las causas han muerto y Dios está muerto emocionalmente para la gente, había dicho Linesh en Bombay cuando estaban

hablando acerca de por qué era malo que Dios tuviera menos y menos efecto en la vida de las personas. Claro, podría decirse que antes la moral se fundaba en el miedo y las recompensas, pero funcionaba. Y la sociedad se derrumbará porque parece no haber moral y aunque exista una política de gobierno, nunca podrá sustituir la confusión moral que la gente siente en su interior.

La gente sabe lo que está bien y mal intelectualmente, pero la moral tiene que tener una conexión emocional para funcionar realmente. Hoy la gente cuando entra a una tienda en Nueva York no roba porque haya algún inconveniente moral, porque siente que está mal. No, no roba porque es peligroso, porque puede ser cogida o es muy difícil hacerlo.

Cuando John dejó de escribir y cerró su computadora portátil, se dio cuenta que una hermosa y elegante mujer japonesa estaba parada frente del santuario. Era un placer observar cómo estaba allí parada y completamente inmersa en su pensamiento y ausente de aquello que la rodeaba.

Cuando ella se dio vuelta, él la miró directo a sus hermosos ojos, se paró con su mirada aún fija en ella y le hizo una reverencia como lo hacen los japoneses, tratando de sentir la mejor parte de ella. La japonesa instantáneamente hizo lo mismo y luego se acercaron lentamente uno al otro.

Cuando se encontraron muy cerca el uno al otro, se inclinaron de nuevo. Esta vez John quería sentir su alma, para humildemente mostrarle su respeto y él sintió que ella hizo lo mismo.

—Hola, mi nombre es John Chavez.

—Aiko Matsuma.

—Me pareció hermoso lo que estabas haciendo, ¿te importaría si te pregunto qué era lo que hacías exactamente?”

—Les estaba rindiendo respeto a mis padres. ¿Y tú, qué estás haciendo? Te vi sentado en esa banca por largo rato escribiendo en tu computadora. ¿Eres escritor?

—No, ni remotamente, pero tomaba nota de mis pensamientos sobre la religión, Dios y esas cosas, y todo lo que se me viene en mente mientras observo a la gente.

Ella aún tenía un interrogante en su cara, entonces John le preguntó si tenía tiempo para escuchar aquello que pensaba. Ella lo dudó por un instante, mientras miraba a este hombre guapo de mirada gentil y fisgona. Aiko se sintió muy segura y por alguna razón desconocida experimentó que lo conocía desde hacía mucho tiempo.

Luego le dijo que sí tenía tiempo y entonces fueron a un restaurante cercano y pidieron té.

—Antes de contarte todo me gustaría saber exactamente qué era lo que estabas haciendo allí, ¿te importaría decírmelo?”

—Claro que te lo puedo decir.

—¿A quién le rezabas, si era eso lo que hacías?

—Yo no estaba rezando, en realidad. Estaba pensando en mis padres que murieron hace unos años. Recordaba sus cualidades y les estaba enviando cálidos pensamientos. Ya ves, no soy muy religiosa en el sentido estricto de la palabra. No creo en los espíritus ancestrales y tampoco en Buda como un Dios. Pienso de él que era un gran hombre, dijo buenas cosas, y trato de vivir de acuerdo con las enseñanzas morales que me dieron cuando era niña. No estoy segura dónde se encuentran mis

padres, pero tengo el presentimiento de que están en un buen lugar. Cuando los extraño vengo aquí. No es un hábito, pero vengo porque los recuerdo intensamente, más que creer en el santuario o en lo que está frente de mí. Solo busco la calma y la paz de este lugar.

—¿Entonces tú no crees en Dios?

—Yo creo que hay algo bueno en el mundo, algo que nos guía; pero qué es eso bueno, no lo sé.

—¿Te gustaría saber qué es?

—Claro que sí, más que cualquier cosa. Me gustaría creer en algo con fuerza, pero hasta ahora nada de lo que he intentado me ha convencido.

John observó a esta maravillosa mujer vestida con su atuendo occidental de negocios. Podría decirse que por fuera era una mujer de éxito a pesar de no haber alcanzado aún los treinta años.

Él sintió que ella estaba en una búsqueda sincera, y que definitivamente necesitaba una guía. Entonces, John decidió contarle su historia acerca de todo lo que había pasado en su viaje e incluso antes. Cómo había sido su vida. Bueno, casi todo, pues no le contaría acerca de Tania ni del yoga tántrico porque era algo muy privado. Además, se estaba sintiendo muy atraído por ella y pudo percibir lo mismo de su parte.

Llegando al final de la historia y a medida que John se iba sintiendo más y más atraído por ella, algo extraño sucedió. Él escuchó una voz en su interior que dijo: "Mírala como a un ser humano, no como a una mujer". Se detuvo en su narración fingiendo que buscaba algo y luego se fue al baño para ordenar sus pensamientos. Allí se miró en el espejo y reflexionó:

¿Cuán a menudo he mirado a una mujer tan extremadamente atractiva como se mira a un ser humano? Nunca. ¿Qué es lo que ella necesita? ¿Necesitará una buena experiencia sexual u orientación? Sin duda que el sexo puede ser bueno, pero eso no es lo que ella necesita ahora. Ella puede tener sexo cuando quiera, algunas veces puede ser bueno, otras apenas promedio y en ocasiones puede resultar desagradable. Pero no es frecuente que se le presente la oportunidad de poder mejorar la dirección de su vida.

Cuando regresó, ella notó que algo había cambiado en él. John la miró más intensamente, pero sin ninguna exigencia en sus ojos. Ella se sintió un poco incómoda al principio, porque había participado con gusto en el disimulado juego. Ahora se sentía extraña porque él ya no la estaba mirando como a una mujer y se puso un poco intranquila, pero después se relajó y disfrutó profundamente sus explicaciones.

Cuando él le contó acerca de la experiencia de Chun Lee, algunas lágrimas salieron de sus ojos. Ella se sintió muy cerca de este hombre que relataba todo esto para que ella pudiera volver a vivirlo. Sintió amor por John, pero de una manera que nunca antes había amado, sin pretensiones, sin exigencias.

—John, me gustaría mucho tener la experiencia del guía interno, ¿será posible?"

—Precisamente te lo iba a proponer.

Camino a su apartamento ella le contó algunas cosas de su vida. Trabajaba como analista financiera en una de las grandes empresas, tenía un buen salario, un trabajo bastante interesante en el que debía invertir mucho tiempo, especialmente por lo difícil de ser mujer en la cultura machista dominante del mundo empresarial japonés. También había cuidado de sus padres hasta que murieron hace unos años. Y había tenido sus aventuras amorosas, en Japón y en el exterior, pero nada significativo como para casarse. Tal vez porque no se había dado la oportunidad por estar tan ocupada como mujer profesional y cuidando de sus padres, tal vez no había encontrado la persona correcta para compartir su vida o tal vez no estaba interesada en una relación

permanente.

Su vida, sin embargo, era muy buena: muchos amigos y algunos muy cercanos, el trabajo diario, viajes y deportes. Pero algo estaba faltando, sin duda alguna. Había un vacío en su vida, ella sentía que tenía mucho más que dar, pero no había encontrado la manera de canalizar esta energía.

Una vez en su apartamento, Aiko se cambió y se puso un cómodo kimono. En parte porque era costumbre y resultaba muy descansado, pero también porque de alguna manera esperaba que John se volviera a interesar en ella como mujer.

Cuando ella volvió a la sala y se sentó a su lado en el suelo junto a una mesa, John estaba anonadado por su amable belleza y sus refinados movimientos femeninos. Ella le sirvió un poco de té con esa forma ceremoniosa japonesa que hace a la gente sentirse más cerca.

John vio que tenía que hacer algo, tenía que decirle cómo se estaba sintiendo.

—Aiko, yo sé que tú eres muy sensible y que te has dado cuenta cómo me gustas. También has sentido que estoy tratando de verte más que nada como a un ser humano y no como a una mujer con quien me gustaría hacer el amor. Pero tal vez no sepas por qué hago eso. Yo nunca he mirado a una mujer tan hermosa como tú primero como a un ser humano y después como a una mujer. Nunca he tratado de ver a una mujer que me gusta desde el punto de vista de sus necesidades, y esta noche quiero cambiar eso. Te observé y vi que lo que podría darte no era mi cuerpo ni mi amor, pero sí mi orientación. Quiero que sepas que me siento extremadamente atraído por ti y que nada me gustaría más que hacerte el amor toda la noche. Y tengo la sospecha que tal vez lo haremos alguna vez muy pronto, pero por favor ayúdame a verte como a un igual, como a un ser humano y a darte lo que tanto tú como yo sabemos que es lo mejor. Por favor, ayúdame a no mezclar estos planos.

Aiko se sintió un poco disgustada al comienzo, pero después se notó muy agradecida con él por ser tan abierto y honrado. Ella tomó sus manos, las besó con todo su amor, cerró sus ojos y las sostuvo por largo rato contra sus mejillas. Todavía sosteniendo sus manos y mirándolo con amor a sus ojos, le dijo:

—Bueno, hagámoslo.

John le leyó la experiencia y era hermoso ver su cara serena y genuinamente feliz. Cuando terminó la experiencia y ella abrió sus ojos, ambos se miraron y supieron que habían hecho lo correcto: ella había obtenido lo que necesitaba. Decidieron estar en contacto durante su viaje. Ambos supieron sin necesidad de palabras que iban a ser parte de cada una de sus vidas por un largo tiempo a partir de ese momento. En qué forma, estaba por verse. Se abrazaron y sintieron mutuamente su proximidad. Por un momento John se arrepintió de su resolución de no hacerle el amor cuando sintió lo hermoso que era su tacto y su cuerpo firme.

Pero ya vendrá otro momento así, pensó.

En el camino a su hotel muchos pensamientos le vinieron a la cabeza. Le parecía que estaba comenzando a sentirse más interesado por los demás. Tal vez porque estaba buscando a Dios. La pregunta es, ¿tengo que estar interesado en otros para poder encontrar a Dios? Sé que tengo que ser abierto para poder encontrar a Dios, ¿pero puedo abrirme a Dios si no me abro a los demás? ¿Si me abro a los demás y siento cómo ellos se sienten, puedo irme sin hacer algo? No creo.

Y sé que debo ser fuerte, estar vivo y vibrar si quiero conectarme con Dios.

¿Puedo ser así sin que mis acciones terminen en otros? No creo. Las únicas veces que he crecido, que me he sentido vivo, es cuando he hecho algo enteramente por los demás y eso ha sido muy raras veces. Hace poco fue una de esas ocasiones especiales, con Aiko, y me sentí fantástico, como si algo hubiera cambiado. ¿Puedo buscar a Dios fuera de mí mismo si me cierro a los demás? No, no creo.

En general, creo que debería estar abierto y vivaz si quiero alcanzar a Dios, si quiero comprender. Por consiguiente, tendría que abrirme a los demás y hacer cosas por ellos.

John recordó algo que leyó en el e-mail que le envió Linesh: allí hablaba de que lo

humano en uno se expresa con relación a los demás, cuando uno no le imponía sus deseos, cuando se interesaba por su dolor y sufrimiento y luchaba por superar las situaciones que lo generaban. Entonces, si soy intención y libertad debería sentirme interesado por los demás, de lo contrario no soy humano. Y si no soy humano no encontraré el Dios de los humanos. Por lo tanto, para poder encontrar a Dios debo ser humano y esto solamente ocurre si estoy abierto a los demás y hago cosas por ellos.

Pero tiene que haber otras razones sobre por qué debo interesarme por los demás para poder encontrar a Dios. Suponiendo que fueran parte de mí, pareciera que debería estar interesado tanto en su desarrollo como en el mío, de lo contrario sería como si una parte mía quedara rezagada. Este punto no me resulta muy claro, aunque los otros sí. Es decir, están claros intelectualmente, pero no han penetrado por completo en mí y no son parte integral de mí mismo.

Con estos pensamientos llegó a su hotel y unos minutos más tarde llamó Linesh.

—¿Que dejaste ir esa oportunidad? ¿Te estás convirtiendo en un mojigato? ¿No sabes que las mujeres japonesas son las mejores del mundo? Linesh no podía creer cuando John le contó de Aiko y su belleza, pero cuando escuchó toda la historia hubo un momento de silencio.

—Estás creciendo, mi amigo, por cierto que estás creciendo. Muy sabio, en realidad, pero me imagino que fue muy difícil. Me alegra no haber estado yo en esa situación.

John le contó acerca de la experiencia de Chun y escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Eso es bastante extraordinario. John, quiero compartir contigo algo que encontré en el libro que me prestaste. Pienso que una de las mejores afirmaciones que he leído de este hombre es cuando dice que el motor de la historia es la rebelión contra de la muerte. Eso es muy valiente. Y después insiste en que uno debe rebelarse contra ese absurdo llamado muerte. Así que me dije, ¿por qué no? ¿Por qué deberíamos aceptarla? Tratamos de modificar todo lo demás. De modo que es bastante absurdo luchar toda la vida hasta el momento de la muerte para tenderse de espaldas y decir “me rindo”. No, eso es absurdo. Por qué luchar tanto si ya has decidido rendirte al final de la lucha. También me gusta cuando dice que lo que da sentido a la vida es luchar en contra del dolor y el sufrimiento en uno y en los demás. Así que, John, debemos volvernos luchadores. ¿Qué dices acerca de esto?

Linesh estaba muy emocionado, más de lo normal.

Este había sido un día muy importante para John, había aparecido un nuevo ingrediente en el cóctel: los demás. Por ahora no sabía muy bien como integrarlo con el resto de sus descubrimientos, pero luego, cuando hizo contacto con Ramos se sintió confiado en que lo comprendería pronto y que también iba a encontrar el resto de los ingredientes necesarios para la poción.

Con este pensamiento se quedó dormido, listo para nuevas aventuras en nuevos escenarios.

C A P Í T U L O 1 0

ETERNIDAD

“¡Haití! ¡Tú sí que sabes viajar! Supongo que tu próxima parada va a ser en un lugar exótico como Brasil”, dijo Linesh cuando John le llamó de Miami durante su parada después del largo vuelo desde Tokio.

John, quien estaba sorprendentemente descansado después del vuelo, acostumbrado a vuelos intercontinentales largos, le dijo a su amigo que efectivamente estaba pensando en explorar Haití y Brasil, porque ambos lugares habían creado sus propias religiones: una hazaña que no muchas naciones hacen. Ambas eran de origen africano que los esclavos habían llevado a estos países, modificándolas y creando algo nuevo. Ambas al parecer tienen un gran impacto en la población: El vudú de Haití era considerado por la prensa occidental como algo siniestro o de magia negra, mientras que la macumba de Brasil era mostrada como algo dionisiaco, orgiástico y de magia blanca. John le dijo que estaba convencido de que ninguna de las dos visiones era así y preguntó desde cuando la prensa mostraba las cosas como eran.

No; él no iba para explorar la magia pero sí para ver cómo era estar con la gente que recientemente había creado su propia religión. Tal vez podría aprender algo nuevo.

También llamó a Chun y en una larga conversación le contó todo lo que le había sucedido en Japón y particularmente acerca de la importancia de abrirse a los demás y hacer algo por otros para ponerse en condición de repetir la experiencia que Chun había tenido. John recordó que eso era lo que Chun quería hacer exactamente. Le dijo que le estaba enviando una copia del e-mail que había recibido de Linesh acerca del tema de Dios.

También llamó a Aiko, básicamente para poder escuchar su melodiosa voz. Ella estaba sorprendida de saber de él tan pronto y mientras hablaban sentían como si estuvieran dentro de cada una de sus mentes, tan así se estaban acercando el uno al otro.

Mientras John abordaba el avión a Puerto Príncipe, pensó que sus amigos lo abordaban con él. Ellos eran sus compañeros espirituales, ya no estaba solo en su viaje.

Era tarde ese domingo y John caminaba por la plaza principal del centro de Puerto Príncipe, cerca de su hotel, queriendo tener enseguida una idea de la ciudad, aunque apenas acabara de llegar a la capital de Haití.

El anochecer estaba por llegar. John se confundió entre la multitud de la plaza identificándose con ellos como si fueran su gente, aunque él fuera blanco y la mayoría de ellos bien negros con facciones puras, bien marcadas. Distintos a otros pueblos del Caribe. Los haitianos se liberaron de la esclavitud de los franceses a principios del siglo XIX. Sus genes no se mezclaron.

Se sentó en la arena central cerca de un escenario utilizado para conciertos y ceremonias religiosas, la mayoría de las veces por grupos evangélicos de base norteamericana, muy numerosos en Haití y en todos los países en desarrollo en donde la religión oficial es el catolicismo. Observó cómo la gente daba vueltas alrededor en bicicletas alquiladas, como lo hicieron en Francia en 1910, y lo disfrutaban enteramente. Esta pobre gente, con poco dinero para gastar en un sistema de transporte muy deficiente, por lo general caminaba kilómetros diariamente para ir al trabajo o al colegio. Ahora tenían un momento de alegría experimentando el alivio que es dejar a un aparato mecánico hacer algo por ellos, un momento en el que ellos eran los amos de algo más que sus propios cuerpos.

Una mujer cercana a los treinta, que seguramente nunca antes había manejado una bicicleta, hacía el intento, para lo cual era sostenida por su amigo con quien caminaba dando una vuelta tras otra en círculos, este teniéndole el asiento y al mismo tiempo

tocándole sus redondas nalgas, para su aparente placer. Se sumieron en un peculiar cortejo en donde ella hacía muy poco esfuerzo para dominar el manejo de la bicicleta y más bien casi dejándose caer para que él pudiera mantener firme la bicicleta y de este modo pudiera tocar sus nalgas y rozarle el pecho al coger el manubrio firmemente.

Una joven que se encontraba sentada cerca de John y que estaba siendo cortejada por un joven, en cierto momento se puso de pie y arrendó una bicicleta, prefiriendo la bicicleta al muchacho.

De repente John se hizo una nueva pregunta: ¿está Dios aquí? En ese momento un viejo bus de colegio llegó a la plaza y la gente salía como si fuera arrastrada hacia el escenario central en donde evidentemente algo iba a suceder, una reunión religiosa o tal vez tocaría un grupo musical.

El bus era tan viejo y destartado que no logró subir la vereda de apenas veinte centímetros y se quedó a unos doscientos metros de su destino lógico. Un grupo de músicos cargó el equipo desde el bus hasta el escenario.

Mientras se instalaba el escenario y los ciclistas de todas las edades daban vueltas alrededor de la plaza enfrente de ellos, la lluvia comenzó a caer. Esto no parecía importar porque la gente seguía aproximándose al escenario a escuchar el grupo. Además, era un domingo.

El grupo comenzó a tocar y John continuaba preguntándose: ¿Está Dios aquí? No tuvo ninguna respuesta, se puso de pie y se acercó un poco más a la multitud. La gente escuchaba al grupo que tocaba, desafinadamente, una gran variedad de marchas militares, himnos de funerales y aperturas rusas y húngaras. Era la banda de la policía, rodeados por guardias, jóvenes con boinas y ametralladoras, una reliquia del pasado, de cuando Haití tenía una armada. Ahora sólo tenía policía. Antes, este escenario era donde la banda militar tocaba regularmente. Ahora, los policías con ametralladoras seguían la "obra". Los restos de la grandiosa milicia eran estos jóvenes armados, cuidando a quién sabe quién o para quién sabe qué. Al principio los guardias tenían esa mirada de responsabilidad en sus caras, pero la audiencia no prestaba atención a su papel de mantener a la gente alejada, solamente se sentaban encima del escenario, sin tenerlos en cuenta; entonces, los guardias bajaron sus caras e inclusive sus armas y escucharon el concierto con el público sin hacer ningún intento de alejar a nadie.

John sintió que el tiempo casi se detuvo o que había entrado en otra zona del tiempo, con las bicicletas alrededor, la gente inconsciente de la lluvia y la banda de la policía tocando música suave, mientras era vigilada por guardias con ametralladoras, que ya no eran guardias.

Se alejó un poco para observar la escena en la distancia y de repente una pequeña pelota utilizada por los niños en la playa en otros países, rodó a su lado. Era una pelota que se había escapado del pequeño pie de un futbolista entusiasta quien estaba jugando con su preciada pelota de fútbol mientras la banda tocaba y las bicicletas daban vueltas alrededor. John se detuvo por un momento y miró la pelota, después miró al pequeño y la pateó de vuelta con la fuerza precisa y una dirección perfecta. Mientras John bajó todas sus defensas y se concentró solo en el acto de devolverle la pelota al niño, pateó la pelota de vuelta. Lo había hecho con tanto cuidado y precisión que el pequeño se abrió como una flor radiante de alegría. Este fue el momento de conexión con esta gente, con este escenario en particular, esto fue lo que hizo todo esto perfecto.

Un momento después, dos muchachas de colegio caminaban cogidas de la mano hacia el escenario balanceando sus brazos libremente. Cuando caminaban frente de él, una se volvió y lo miró directamente a la cara, abiertamente y sin ningún temor de este extraño, quien ya no era más un extraño, y le dijo con una directa y placentera sonrisa: "bon soir". Esta era la segunda conexión y era más de lo que John podía pedir para ese día.

En ese momento registró muchas cosas, sintió que encajaba completamente en esta

absurda escena. Sí, tuvo una suerte de comprensión, en realidad una vasta comprensión de algo que no podría describir.

Mientras encajaba en esta escena pensó que la nación subdesarrollada de Haití, afligida por la pobreza, también encajaba con el resto de la humanidad. Vio a pesar de todo, su futuro, cuando estén desarrollados espiritualmente y el niño y las niñas representen un papel importante en el desarrollo de la nación. Él vio un proceso que comienza con la pobreza y el abandono, con un gran espíritu de lucha y con la capacidad de disfrutar las cosas más insignificantes.

Durante la noche John tuvo un sueño:

* Estaba en una nave espacial navegando a través del espacio.

Viajaba sentado en la silla del capitán en el puente de mando de esa nave. Él era el capitán de la nave, frente a sus grandes ventanas y tras ellas, el espacio.

Debajo y en ambos lados, personas uniformadas sentadas en sus paneles de control y otras moviéndose por el ámbito. Cuando miró detenidamente a las personas se dio cuenta que las reconocía, eran todos aquellos que había significado algo para él. La familia, los viejos amigos y los nuevos, mujeres de sus relaciones amorosas y otras personas que no reconocía. También estaban aquellos a los que le costaba perdonar y otros a los que había hecho daño. También gente que no reconocía.

A su lado, su guía interno.

¡Estaba muy contento de verlo!

Porque, francamente, no sabía en realidad qué estaba haciendo ahí o hacia dónde supuestamente iba la nave.

“Antes de trazar el curso”, dijo el guía, “debes revisar a cada una de estas personas con las que te has equivocado y pedirles que te perdonen por lo que les hiciste. Tú ves que son completamente inútiles para el viaje, sentados allí como estatuas con la mirada en blanco, debes activarlos y esto sólo lo puedes hacer cuando les pidas sinceramente que te perdonen. Cuando hayas hecho esto, regresa aquí”.

John se sintió muy incómodo con solo pensar en aproximarse a estas personas, pero se levantó de su silla y caminó hacia la primera persona con la que se había equivocado. Le habló de lo que había hecho y le pidió que lo perdonara. **

Para su sorpresa la persona estaba esperando eso más que nada y al hacerlo los colores vinieron a su cara, revivió y comenzó a trabajar en su consola.

John repitió el mismo procedimiento con todos los que estaban allí**

Algunas veces era más difícil enfrentar el error cometido, otras más fácil.

Todo estaba más vivo en el puente de mando y John sintió una gran sensación de alivio cuando volvió a su asiento después de haber pedido perdón y ser perdonado por toda esa gente.

“Todavía falta la persona con la que más te has equivocado. Esa persona está sentada en ese rincón dándote la espalda. Has intentado olvidarla, tal vez los hechos ocurrieron cuando eras pequeño, hay alguna cosa que le hiciste o que no le hiciste. Vuelve y háblale”, dijo el guía.

John pensó que los había abarcado a todos, en el camino se preguntaba acerca de quién sería.

Cuando volvió y vio la cara de la persona se sintió muy mal al recordar el incidente.**

Quería devolverse pero no lo hizo porque sentía que la misión era muy importante, entonces le pidió a la persona que le perdonara. Cuando lo hizo y revivió, John sintió

una gran sensación de reconciliación.

“Ahora has hecho una muy buena acción”, dijo el guía cuando John volvió a su asiento. “Pero hay más cosas que debes hacer antes de continuar con nuestro viaje. Ahora debes hacer algo aún más difícil. ¿Ves esa gente que está sentada allá en la oscuridad? Ellos son los que tú no has sido capaz de perdonar, es la gente que se equivocó contigo. Ahora ve ante cada uno con esta luz, míralos a la cara y con todo tu corazón debes perdonarlos. Diles por qué estás sentido con ellos y luego perdónalos, debes hacer esto aunque sea muy difícil para ti. «Ya ves, los necesitamos también en este viaje.

John hizo lo que le habían dicho y con la linterna que su guía le dio iluminó la cara de la primera persona que no había sido capaz de perdonar. ¡Oh, por Dios! ¡Usted! John sintió toda la rabia y el resentimiento que había guardado hacia esa persona.**

Le dijo por qué se sentía de esa manera y cuando intentó perdonarlo con todo su corazón vio como su expresión revivió reconociendo la gratitud que había en su cara.

Fue de persona en persona repitiendo el mismo procedimiento. **

Hubo momentos difíciles al tratar de perdonar a estas personas, pero lo podía hacer después de haber escuchado la voz de su guía interno diciéndole: “Todas estas personas son parte de ti, están adentro de ti, si no los perdonas continuarán envenenándote y continuarás envenenándote a ti mismo”.

Entonces John los perdonó a todos, sintiendo una extraña sensación de limpieza mientras volvía hacia su guía **.

¡Todo el puente de mando estaba vivo, vibrante, la gente llamando los comandos, bromeando, caminando de un lado al otro, trabajando en sus cosas, era una vista fantástica!

“Ahora estamos listos para el viaje, John”.

John abrió un sobre sellado que el guía le había entregado, miró su contenido y dijo:

“Timonel, fije el curso en alfa 126, cuadrante 8, a toda velocidad”.

Las órdenes decían que debían encontrar un planeta inexplorado llamado alpha “X” que nadie ha descubierto jamás, aunque había sospechas de que existía. Para poder encontrarlo deben ir a este pequeño sector y cuando lleguen allí deben buscar pistas de la ubicación de este misterioso planeta.

“Alpha 126 se aproxima en dos minutos, señor,” dijo el timonel.

“En pantalla”.

Este era un planeta con formas de vida similares a las de la Tierra. Entonces John pidió un acercamiento de un área en donde parecía que podía haber alguna clase de forma de vida humana.

Él no podía dar crédito a sus propios ojos cuando miró la pantalla, se trataba de una réplica exacta de la ciudad en que vivía, pero alrededor del año 1900.

Como este no era el lugar, fijaron el curso a alpha 226. Una vez más, el planeta era muy similar a las otras formas de vida, pero cuando John miró más detenidamente vio que era similar a su pueblo natal en el año 2000.

Cuando obtuvieron su próximo destino, alpha 436, la ciudad que vieron estaba viviendo muy adelante en el futuro, más allá aun del presente de John.

¿Cuál era el sentido de todo esto? ¿En dónde se encontraba alpha “X”? Le pidió al cartógrafo que le dibujara un modelo tridimensional donde pudiera ver los tres planetas visitados. El planeta “X” debía estar en algún lugar entre ellos, probablemente en la intersección de las líneas. Fijaron curso hacia ese punto y cuando llegaron allí supieron que habían encontrado algo, pero no podían ver el planeta porque algún mecanismo encubierto se los impedía.

“Este es un lugar extraño, John. La tecnología más avanzada que tú controlas no puede romper la barrera que esconde este planeta, solo tu propio poder psicológico puede romperla” dijo su guía.

“¿Poder psicológico?” ¿Qué quieres decir?”

“Cada vez que tú creces psicológicamente o si tu quieres, espiritualmente, aumentas tu poder”.

“Pero yo estoy aprendiendo y creciendo todo el tiempo”.

“No, esas son acciones mecánicas que son para ti y que terminan en ti mismo. Tú creces espiritualmente cuando haces algo por los demás sin ningún interés para ti mismo”.

“Dime, en realidad, ¿cuando hiciste algo por los demás?”

John le dijo acerca de lo de Aiko, pero no pudo pensar en muchos otros casos.

“Ya ves, eres rico en experiencias e inteligencia pero muy pobre espiritualmente”.

“Entonces, parece que no tienes la fuerza para romper esta barrera”.

“¿No hay algo que pueda hacer?”

“Tal vez. Es un poco riesgoso porque puede ser que nunca regreses”.

“Ya que he ido tan lejos quiero arriesgarlo todo”.

“Bueno, lo que tienes que hacer es pensar en alguna ocasión en la que pudiste haber ayudado a alguien pero no lo hiciste, o cuando ayudaste a alguien pero básicamente motivado en aumentar tu prestigio o poder”.

“Ahora piensa en algunas ocasiones en que pudiste comportarte de manera diferente. Probablemente necesitamos tres casos como estos para tener el suficiente poder que permita romper la barrera”.

John pensó en tres ocasiones en las que pudo haber actuado diferente.

“Ahora dime acerca de estas ocasiones”.

John lo hizo. **

“Ahora vamos a transportarte atrás a esas ocasiones, una por una, y tú vas a actuar diferente esta vez, ¿entiendes?”

John fue a la sala de transporte y registró la corriente que sentía usualmente cuando sus moléculas se disolvían.

Aterrizó en el primer lugar y en la situación en que había pensado. La persona con la que estaba interactuando estaba tan viva como cuando la dejó allí y para ella la situación era muy normal. John trató de percibir las necesidades de la persona y actuó de acuerdo a esto. **

Al hacer esto sintió que su energía aumentaba y que algo en su pecho se expandía.

Hizo lo mismo en el segundo lugar**.

En el tercer lugar sintió que se arriesgaba mucho ayudando a la persona, pues podía aprovecharse de él y se trataba de alguien en quien no se interesaba particularmente**.

“John, ayudar a los demás en forma desinteresada casi siempre tiene el sabor de estar tomando un riesgo. ¡Arriégate y nada malo te pasará!”. Oyó que su guía le decía.

John regresó a la nave sintiéndose una persona diferente, mucho más poderoso.

“En pantalla, le dijo al timonel”.

Lo que vio era increíble: Allí en el planeta “X” estaba la gente de 1900 mezclándose con aquellos de la misma ciudad en el año 2000 y con los del futuro, todos integrándose armoniosamente unos con otros. En el puente de mando, los demás no vieron nada, algunos pensaron que estaba loco y otros tomaron sus palabras como hechos.

“Déjenme bajar”, dijo John a sus colegas. Luego ellos le decían adiós en la sala de transporte deseándole que regresara, sabían que no había manera de hablarle de no ir a su espacio desconocido que solo él podía ver.

John estaba increíblemente bien con esa gente en donde los tiempos se mezclaban entre sí. No era un extraño, se observaba como una armoniosa parte de una continuidad que sospechaba incluía mucho más que estos tres instantes del tiempo.

John comprendió que este mundo incluía a todos los mundos, pasados, presentes y

futuros sin hacer distinciones entre lo que vino primero y lo que fue después. Constató que si sus pensamientos se desplazaban en una dirección, él estaba en el momento de su nacimiento y en otra estaba mirándose a sí mismo mucho después de estar físicamente muerto.

Y había algo que mantenía esto unido, algo que él solamente comprendía cuando se permitía ser parte de esta continuidad y no cuando era entidad separada, este "John". Cuando él no era ni pasado, ni presente ni futuro, cuando solo "estaba".

"Ahora, id de vuelta a tu gente, cuéntales lo que tienen que hacer para que también puedan ver esto y experimentarlo".

Con estas palabras sonando de fondo, John despertó en mitad de la noche; inmediatamente escribió todo, pensó mucho acerca de esto y agradeció a Ramos por esta increíble experiencia.

Se sintió en paz y completamente cómodo cuando finalmente se quedó dormido, preparándose para enfrentar un nuevo día.

C A P Í T U L O 1 1

DIOS

¡Qué sueño! John se sintió muy bien al levantarse tarde esa mañana. Sólo quería permanecer allí, tendido en la cama, pensando en el sueño que había tenido antes de despertar. Como tenía hambre solicitó un sustancioso desayuno a la habitación. Se aclararon muchas cosas durante la noche, como la necesidad de romper esos lazos del pasado que igual a sombras o fantasmas llegan a la mente, de repente, creando respuestas condicionadas por el pasado, a menudo con resentimiento. Y después estos nudos o pesadas estatuas de personas que se han ido cargando negativamente y a quienes no ha sido posible perdonar.

Entendió claramente la necesidad de viajar ligero por el camino de la vida, de coger las riendas de estas hogueras del pasado, un pasado “muy limpio” para no permanecer en la oscuridad repitiendo una y otra vez las mismas estupideces. Para “limpiar” el pasado es necesario estar en paz consigo mismo y esto sólo puede lograrse si perdonamos a los otros y ellos a uno. Algunos están solamente dentro de nuestra memoria porque ya no están más cerca de nosotros o por que difícilmente los podríamos encontrar.

No es que anoche John hubiera perdonado a cada uno de ellos o ellos a él, estuvo muy lejos de hacerlo, pero supo qué era lo que tenía que hacer y estaba decidido a hacerlo.

También pudo ver que ellos no eran el problema sino el cómo él los veía, porque, admitámoslo, pensó, si puedo aceptar que esta gente está dentro de mi cabeza pues sencillamente son parte de mí. En consecuencia, al sentir resentimiento hacia alguien hago lo peor para mí, me mortifico al tratar muy mal a una parte de mí mismo.

¡Debo ser un “todo” fuerte y lanzarme hacia el futuro antes de reunirme con el Señor!.

John sonrió al pensar en todas esas preparaciones para la gran reunión. Bueno, ¿acaso las personas no se preparan de diferentes maneras para las reuniones importantes? ¿Las mujeres no dedican muchos días preparándose para el gran encuentro buscando el vestido apropiado, el peinado bonito, transformándose con todo el maquillaje y con todos los artefactos que estén a su alcance?

El hombre de negocios prepara su presentación casi perfecta con todo el arsenal necesario para la gran venta. El político, quien ha sido entrenado en dicción y proyección de imagen, practica las emociones correctas para el momento correcto, escoge el vestuario apropiado de acuerdo con la ocasión, entrena, además, un estado mental y una postura antes de hacer su aparición en televisión, seguramente para disimular sus aspectos de payaso.

Entonces, ¿por qué no prepararse bien para la reunión más importante que todo hombre puede tener, el encuentro con Dios?

Recordó en ese momento un texto de algún monje esotérico del siglo XI que consideraba que el murmullo constante que cada uno tiene en la cabeza es el “pecado”, y que la pureza sagrada es la constante atención. Por ello, practicaban el estar alerta poniendo atención a todo lo que estuvieran haciendo para limpiar la alteración interna de toda habladería, para que cuando el Señor decidiera visitarlos, el “altar interno” estuviera limpio.

John pensó que una de las lecciones importantes del sueño fue aquella de que es

necesaria mucha energía espiritual para crecer y que ésta sólo se consigue cuando haces algo por los demás. No entendía muy bien por qué necesitaba hacer esto para poder tener contacto con Dios, pero estaba seguro de que encontraría la respuesta, como había sucedido con otros temas que ya había incorporado y entendido.

Pudo recordar lo impresionado que estaba cuando sintió su pobreza espiritual, esto es, al recordar lo poco que ha hecho por otros. Decidió que debía cambiar esto y comenzar a hacer más por los demás.

John sintió que había entendido muy bien las sugerencias psicológicas que el sueño le hizo, pero lo de la coexistencia de tiempos simultáneos fue la parte más difícil de comprender. Eso de estar allí sin estarlo, o ser parte de la corriente y estar separado de ella, bueno, eso sí que era difícil. Esto le recordó mucho la experiencia de Chun, pues tenía un sentimiento similar. Ahora bien, era muy real cuando sucedió en el sueño, pero ahora, mientras se vestía para salir, esa experiencia se veía lejos, muy lejos; sin embargo, todavía contaba con que podría regresar al mismo punto y profundizar en la misma. Después de todo, lo tenía todo escrito.

Su guía para el día, el señor Jean Philippe, lo esperaba en el hall de entrada del hotel. Era un haitiano muy apuesto educado en Montreal. Está trabajando para el nuevo gobierno de su país, recomendado por un amigo de John de Nueva York, quien había realizado varios negocios en Haití. John lo llamó desde Japón solicitándole ayuda para conseguir un guía que conociera bastante de vudú, especialmente acerca de las prácticas antiguas para convertir a las personas en zombis.

“Tú no creerás que eso todavía existe”, dijo el amigo.

“Bueno, yo no lo sé pero estoy seguro de que me gustará averiguarlo”.

Jean Philippe dijo que irían fuera de la capital, aproximadamente a tres horas de camino de allí, recogerían a alguien que estaba muy familiarizado con esa parte del país y que sabía dónde podrían encontrar lo que John estaba buscando.

Jean Philippe fue a buscar al hombre que les iba a ayudar, entró a una casa cercana a una iglesia y le dijo a John que lo esperara. John se bajó del carro y observó la vida de esas calles próximas al centro de la ciudad. De muchas maneras le recordó a Calcuta, las masas de gente pobre caminando por ahí, y la mayoría parecían tener algo que hacer: van y vienen de un lado al otro. Vendedores ambulantes sentados frente a sus mercancías puestas en las veredas en donde todo parecía venderse. La diferencia con India es que aquí la mujer es la que está haciendo el trabajo, las que están vendiendo, observaba. Pensó que esta cultura tan joven está apenas en formación, mientras que la de India se construyó en miles de años.

Mientras John esperaba observó algo curioso: a diferentes procesiones fúnebres saliendo de la Iglesia, circulaban alrededor de la plaza y desaparecían por la esquina donde él se encontraba, posiblemente camino al cementerio.

Las procesiones variaban en naturaleza y tamaño, probablemente de acuerdo con el nivel socioeconómico del fallecido. Algunos llevaban una gran banda tocando al frente, seguida de algunos carros y una larga cola de gente caminando detrás. Otros tenían solo algunos instrumentos. Y la procesión más pobre era aquella con dos hombres que corrían con un ataúd de madera, tan mal construido, que John temía que el cadáver cayera en cualquier momento.

Una procesión en particular, de tamaño promedio, resultó muy divertida pues se podía ver que los costos fueron recortados al máximo. Pocos músicos de banda tocando desafinadamente y vestidos sin uniformes, no como en sus mejores presentaciones. El carro que cargaba al fallecido era muy viejo y parecía que se iba a desbaratar. Iba tan despacio que los parientes y amigos se fueron detrás de la banda y el carro con el muerto iba en último lugar. Cuando John vio desaparecer al último pariente al doblar la esquina, el carro fúnebre se varó y tomó un buen rato para que los

familiares regresaran y vieran al conductor tratando en vano de arreglar el carro, el cual fue finalmente remolcado. La banda tocó, los familiares lloraron y a nadie le importaba que el difunto llegara remolcado hasta su última morada de descanso.

Lo curioso del asunto es cómo manejamos nosotros a nuestros difuntos. En algunos lugares se construyen casas para los muertos y se les lleva comida y provisiones, otros alimentan a los pájaros con los cuerpos o arrojan las cenizas al mar o sobre las montañas.

¿Y cómo es eso de que nos comportamos de manera diferente ante la muerte de alguien? Algunos hacen una fiesta para decir adiós al fallecido y a su vida, otros piensan que es apropiado llorar e incluso contratan lloronas para darle ambiente a la ceremonia de entierro.

Así que no estoy seguro de cuál sería la respuesta normal o natural frente a la muerte de otros. No creo que haya una sola, pensó John. Estando allí recordó un poco de su infancia en Nueva Orleans, con su propio toque interesante y surrealista.

Jean Philippe pidió a John que lo disculpara por la tardanza, había estado en otra parte de la ciudad y tuvo dificultades para llegar allí por el tráfico vehicular.

John realmente no esperaba encontrar a Dios en Haití, ni tampoco no encontrarlo. No, había escuchado que los haitianos eran muy espirituales, podrían darle claves para su investigación y ya tenía algunas: la escena de la noche anterior en la plaza central y el sueño, ¡ah sí, el sueño!

“El Vudú es una especie de religión animística”, dijo Jean Philippe muy educado, mientras conducía a través de Puerto Príncipe camino al pueblo en donde Max, un empleado del gobierno que no hablaba nada de inglés, los llevaría a asistir a una ceremonia de vudú y a visitar a un zombi.

“Todos los que creen en esto piensan que hay espíritus buenos o malos por todas partes. Algunos controlan bastante inclusive a otros espíritus y otros tienen limitado su alcance y poder. Los haitianos solo quieren ampararse en estos espíritus, para tenerlos a tu lado. La vida es así, si tú haces eso las cosas irán bien para ti. Si las cosas funcionan bien, tus espíritus están trabajando contigo y son más fuertes que los de tus adversarios. Si las cosas no funcionan es por que otras personas tienen espíritus más fuertes a su lado, o tus espíritus no están contigo.”

“Max, ¿Ud. cree en el vudú?”

“Bueno, un poco”. El no puede negar que los espíritus han afectado las vidas de muchas personas. Entonces ¿quien era él para saber?

¿Y el conductor?

En un comienzo dijo que era cristiano, después tocaron el asunto más a fondo y confesó que de vez en cuando iba a una ceremonia de vudú.

“Probablemente va una vez por semana”, dijo Jean Philippe. “La mayoría de los haitianos son analfabetos, por lo menos el 80%. La mayoría cree en el vudú, también algunos de los instruidos, es principalmente parte de nuestras vidas, es nuestra cultura”.

Los condujeron aproximadamente tres horas por el campo a donde iban a ver a este curioso fenómeno llamado el “zombi”, gente que camina por ahí como muertos vivientes.

John había indagado en varias ocasiones si éstos existían y por lo general a los haitianos que preguntaba se reían o le decían que habían oído de ello en días muy remotos, pero que ya no existían más. Y ahora, de hecho, iban a ver a uno. John siempre había estado fascinado con este tema, tal vez era pura fascinación macabra, pero quería verlo con sus propios ojos.

No sabía en este momento cómo esto tenía que ver con encontrar a Dios, pero intuía que de alguna u otra manera estaba conectado.

Cuando entraron por la carretera hacia la finca, situada más o menos a cien metros del camino principal, John tuvo una extraña sensación en su estómago. ¿Qué era lo que

iba a encontrar? ¿Algo similar a esas interminables películas de terror de los muertos vivientes? No, eso no era posible.

Max se bajó del carro para saludar a la gente que vivía allí, ellos le saludaron como si fuera un familiar cercano y después John descubrió que así era. Se produjo una gran discusión, que John no escuchó, pero que por sus movimientos y gestos pudo suponer que a los granjeros no les agradaba la idea de dejar que John conociera su secreto, si es que definitivamente había algo allí para ver.

Después de un largo rato, Max les indicó a John y a Jean Philippe que entraran. Saludaron tanto al hombre y a la mujer como a todos los niños de todas las edades que estaban detrás de ellos. Invitaron a entrar a John a la casa, una fuerte pero sencilla casa de madera, bastante típica en el campo haitiano. Cuando entraba sintió un escalofrío bajar por la espina dorsal, al preguntarse qué pasaría si ellos estuvieran allí para convertirlo en un zombi o para sacrificarlo en un ritual vudú. Desechó estas imágenes de película y caminó hacia dentro.

Aunque todavía había luz afuera, estaba bastante oscuro dentro de la casa. La sala era bastante sencilla: unas pocas sillas, una pequeña mesita, un par de mecedoras y, por supuesto, imágenes de Cristo y de algunos santos. No había nada inusual allí.

Pudo ver que en la cocina todo era muy normal también. Le invitaron a sentarse en la sala. ¿Será que no hay ningún zombi aquí? Pero no, era algo diferente. John observó cuando el granjero quitó algo que parecía una toalla y se retiró un poco diciendo unas palabras en Creole, el idioma nativo de Haití. De la pila de ropa se levantó algo que parecía un hombre. John saltó y entró a la cocina para ver este fenómeno. Entonces, el hombre se dirigió a la cocina hacia un rincón donde parecía haber algo que contenía una pila de ropa sucia encima de una mesa o de una silla.

Sí, eso era un hombre seguramente, pero alguien sin voluntad propia, con ojos abiertos y mirada fija, con la cara pálida, movimientos rígidos. Sin notar la presencia de John, salió por la puerta de la cocina y caminó hacia un montón de madera, cogió algunos trozos, lo suficiente para llenar sus brazos, se volteó y caminó con ellos de nuevo hacia la cocina y los puso en el suelo, todo sin denotar ninguna expresión. Con una nueva orden, cogió un balde grande, fue hacia fuera otra vez, recogió un poco de agua y la trajo a la casa.

Estuvo parado allí, sin moverse. Le dieron una nueva orden y se sentó en la misma silla en donde había estado sentado antes con sus ojos abiertos mirando extraviado el espacio blanco.

Después el granjero tomó la toalla, la puso sobre su cabeza y éste inmediatamente bajó su cabeza como si se hubiera quedado abruptamente dormido. Con un gesto John le pidió al granjero que le quitara de nuevo la toalla de encima. En un comienzo no le entendió, pero después lo hizo y sonriendo le quitó una vez más la toalla. El zombi inmediatamente alzó la cabeza y abrió los ojos, esperando una nueva orden.

John le indicó al granjero que le pusiera la toalla otra vez y regresó a la sala.

Estaba consternado. ¡Qué trato para un ser humano! ¡Qué degradación!.

Pero no estaba allí para juzgar sino para hallar qué era lo que estaban haciendo y cómo lo hacían.

—Jean Philippe, ¿podrías preguntar por qué está ese hombre aquí?

—Él violó a su hija y por eso merecía morir, tuvo la oportunidad de escoger entre ser ejecutado o servirle a la familia ofendida por cinco años y él escogió servirles.

Jean Philippe le explicó que en tiempos antiguos esta costumbre era más común de lo que es ahora. Ésta era la manera como la gente manejaba la justicia en remotas partes del país donde el sistema oficial de justicia es casi inexistente. En graves delitos como violación o asesinato, las familias afectadas tenían el derecho o a una vida humana o a un esclavo por una cierta cantidad de años.

—¿Pero cómo hacen para que alguien se vuelva así?

El granjero sonrió al escuchar la pregunta, pues no quería revelar el secreto.

De nuevo Jean Philippe le contó a John la verdad: era una sopa de un pescado especial que le habían dado al individuo además preparada con diferentes hierbas y ciertas raíces y todo esto aparentemente afectan el sistema nervioso central de manera similar a como lo hace la lobotomía o la descerebración.

La “operación” no siempre funciona, algunas veces el zombi muere pronto o después de algún tiempo.

—¿Cómo termina el proceso?

—Solo se le deja de dar la poción—, dijo el granjero a través de Jean Philippe. Se le disminuye lentamente la dosis diaria. Cuando comienza a recobrar sus sentidos, siente como si hubiera estado durmiendo por mucho tiempo.

—¿No los odiará cuando vuelva en sí?

—¡No, no!, dijo el granjero. Actuará como si le hubieran devuelto la vida, ha recibido su castigo por un terrible crimen y cuando despierte va a estar purificado, limpio y hasta se podría quedar aquí y casarse con mi hija.

—En realidad, ¿usted permitiría que alguien que la haya violado se case con ella?

—Por supuesto. Ese era un hombre diferente, ahora él es un hombre nuevo, un buen hombre en quien puedo confiar completamente, es libre de nuevo de hacer todo lo que desee.

—¿No es tentador dejar que se quede más de los cinco años para que haga todo el trabajo difícil, pues me imagino que es lo que él hace?

—Y lo hace muy bien. No, no, es mejor no hacer eso pues me traería mala suerte y a mi familia también.

Jean Philippe notó que John estaba impresionado con todo esto.

—John, por supuesto que esto es algo muy terrible para hacérselo a un ser humano. ¿Pero no son peores las ejecuciones oficiales en los países civilizados o encerrar a la gente en instituciones mentales, a menudo por ningún crimen, inyectándole drogas que alteran su mente, sometiéndolos a la lobotomía o a electrochoques?. ¿O no es degradante encerrar a la gente en cárceles inhumanas? Aquí, la persona es castigada, pero una vez que ha cumplido su tiempo es completamente aceptada en sociedad y a veces hasta son vistos favorablemente por su resistencia. Se piensa que ellos podrían tener alguna conexión con el mundo espiritual.

John tuvo que estar de acuerdo conque probablemente todo esto no es peor que muchas otras cosas que se le hacen al ser humano, pero era tan extraño, tan vivencial ver a alguien desplazarse como si estuviera muerto. Alguien que había sido despojado de toda su humanidad.

John agradeció a la familia por haberlos recibido, pero ellos no lo querían dejar ir todavía sin que almorzaran juntos, luego de cocinar en la cocina calentada con la leña traída por el zombi y con el agua traída por éste. Mientras John comía no podía soportar el hecho de que estaba participando indirectamente en la degradación de ese ser humano que permanecía sentado inmóvil en la cocina, pero el almuerzo continuaba entre risas y conversaciones.

John agradeció de nuevo a la familia, se despidió y pidió a sus compañeros de viaje que le esperaran por un momento.

Después de esta experiencia, John necesitaba ir a caminar un poco, solo, por lo que les pidió que le dieran una hora o dos.

El campo era muy bello, bastante verde. Contrastaba bastante con el árido y deforestado paisaje alrededor de Puerto Príncipe. Había muchas personas en el

camino, algunos carros, motos y perros ladrando. Vacas pastando, gente que lo saluda y él respondía; después de un rato tomó la iniciativa de ser él quien primero los saludara. A medida que iba caminando y que se iba encontrando con más gente sintió cómo crecía su respeto por los individuos que se encontró en el camino. Era gente pobre, con muy pocas cosas, pero que en la medida de sus capacidades limitadas estaban haciendo lo mejor que podían con esos escasos recursos técnicos y humanos. Cada uno de ellos era un precioso ser de la creación, cada uno haciendo su parte para que el proceso pudiera continuar.

Después de haber caminado por alrededor de una hora, quiso sentarse en una piedra a la orilla del camino para observar la belleza del paisaje y para pensar. Después de un rato empezó a llover, entonces cruzo al otro lado del camino donde había una piedra parecida pero cubierta por un gran árbol. Cuando se sentó trató de absorber la perfección de todas esas formas vitales. Pasó una motocicleta y John sintió que ésta también formaba parte del paisaje como una simple extensión de las piernas que la envolvían. Cerró los ojos y escuchó los sonidos producidos por las vacas pastando, cómo arrancaban el pasto en el potrero detrás de él y también el sonido de la motocicleta fundiéndose con el sonido de las vacas y con los pasos de alguien caminando. Luego la sensación de la lluvia cayendo sobre su cara y el sonido de ésta cuando golpea las hojas y éstas caían al suelo. Le pareció que todo encajaba perfecto, su propia respiración y pensamientos eran parte de una continuidad que reúne todo al mismo tiempo. Las vacas concentradas en el pasto, el motociclista en el camino, él en sus pensamientos y la lluvia cayendo. Luego descubrió que allí había algo que contenía todo esto. John se vio a sí mismo a la distancia como un elemento más entre muchos otros y por un instante se sintió parte de la inteligencia de esa correntada.

—¡Oh, Ramos, por favor ayúdame a encontrar a Dios!

Abrió sus ojos lentamente, se levantó y volvió su cabeza. Algo adentro había cambiado, él se sentía más tranquilo, sintió que todo era perfecto incluso en esa zona agobiada por la pobreza. Su sentimiento de estar bien creció y creció y luego vio lo que él consideraba podía expresar la perfección: una bandera política atorada en la copa de un gran árbol de mango, una reliquia de alguna elección pasada. La bandera estaba tan alta que probablemente nadie la había visto. Pero estaba allí, en la cima del orgullo de los árboles frutales: el fuerte, robusto y voluminoso árbol de mango. Alguien escaló el árbol y puso la bandera allí, alguien humanizó el árbol. Incluso aquí, sin tecnología, la mano del hombre transformó el medio ambiente natural, lo conquistó, se convirtió en su amo. Pensó en este medio ambiente que está completamente desamparado y que es como un niño que los adultos deben cuidar. La naturaleza que ha colocado a esta criatura, al hombre, merece su gratitud como la que le debemos a las generaciones anteriores, porque fue gracias a sus afanes y esfuerzos que hicieron posible para nosotros encontrarnos donde hoy estamos, pensó John.

Él, que había viajado por medio mundo, en este sitio donde la gente apenas había salido de su propia provincia, era para ellos el hombre del futuro. Y coexistiendo con su presente estaba el pasado, ese pasado que hizo posible que todo esto pasara, la lluvia, las vacas y, por supuesto, el árbol de mango con la bandera en su copa. Era todo tan perfecto que uno siempre podía volverse complaciente. John no necesitaba más en ese instante, pero a medida que caminaba observó intensamente a los haitianos y observó que, obviamente, estos necesitaban bastante: comida, abrigo, educación, tecnología y ser parte del futuro. Necesitaban aprender a respetarse unos a otros como él había aprendido a respetarlos a ellos. Necesitaban saber lo que él sabía y sentir lo mismo que él sentía ahora.

John se sentía energético y libre cuando volvió al carro donde lo estaban esperando. Curiosa esta coexistencia de tiempos, pensó a medida que el carro se fue internando en la noche.

Está por todos lados, si tú quieres verlo. Está en cada edificio donde el edificio es el “presente”. El proceso del edificio, los materiales, el sudor y los esfuerzos de los trabajadores enterrados en él, su “pasado”, y la intención humana, el “porqué” puesto

directo al futuro dándole “significado”, dirección, indivisibilidad, todo esto coexistiendo unido lado a lado en un mismo momento. Igual sucede con las relaciones humanas como en la ceremonia matrimonial: la joven pareja besándose, cada uno emocionado en el momento, pero también está el pasado participando activamente, es el que les ha guiado en el beso y claro, también actúan sus planes futuros, tales como el de traer nuevas vidas al mundo.

Todo el tiempo estos tres momentos están allí. Como ahora que yo estoy sentado aquí, pensó John. Mi cuerpo es mi presente, mis experiencias pasadas fueron las que me trajeron aquí y en el futuro, mis deseos de encontrar a Dios. Entonces, estos tiempos siempre coexisten y normalmente no estamos conscientes de ello, normalmente o somos llevados por algo en el presente o estamos atorados en el pasado o vamos perdidos en alguna especulación futura, ensueños o preocupaciones. Se necesita de un esfuerzo consciente para ver todos esos tiempos a la vez. Interesante. Bueno, vale la pena practicar, podríamos tener más control como beneficio mínimo, además, seríamos más comprensivos, más inteligentes.

¿Pero será esta coexistencia de tiempos lo mismo que tiempo ilimitado, tiempo eterno, como en el planeta “X?”. No, no lo creo, pero investigando cómo estos tiempos se manifiestan e interactúan, quizás así es como se podría experimentar ese tiempo sin límite. Tal vez observando esos diferentes tiempos entrelazados como uno solo se abra la puerta de la eternidad.

¡No!, estoy seguro de que eso va más allá.

Max les había prometido llevarlos a una verdadera ceremonia vudú allá en las afueras. No de las que hacen para los turistas, sino de las que la gente considera importantes para su existencia diaria.

Se estaba haciendo de noche mientras iban por una estrecha y sucia carretera, abandonando la calle principal de un pequeño pueblo a media hora de la finca y del zombi. Parecía simplemente una casa normal, un establo con un pequeño depósito sin ninguna señal afuera que dijera “Centro de Vudú” o algo parecido. Pero esto no era necesario. Todo el que necesitara ir sabría exactamente dónde encontrar este lugar.

Adentro, unas cien personas y la ceremonia lista para comenzar. Una “sacerdotisa” vestida de blanco ahuyentaba los malos espíritus con el humo de su gran cigarrillo, soplándole directamente a la gente mientras caminaba por el corredor. Se escuchaban tonos primitivos de algunos instrumentos y se veían algunas personas moviéndose al compás de la música, mientras otros estaban parados o sentados. La sacerdotisa comenzó a bailar y atrapó un gallo que estaba allí para la ocasión, lo sostuvo levantado, bailó mientras la música se tornaba cada vez más intensa, después la cabeza del gallo se desprendió y la sacerdotisa vertió la sangre de éste en una pequeña vasija. Cogió la vasija y la llevó sobre la cabeza mientras bailaba, salpicó sangre a la gente que escogía, aparentemente a aquellos que querían que algo les sucediera. Así, sobre una pareja que probablemente quería tener un hijo. Sobre una mujer vieja, probablemente enferma. Sobre una mujer joven que seguramente estaría esperando al hombre adecuado para casarse. Sobre un hombre adulto quien desearía que le fuera bien en sus negocios.

Todos los que fueron manchados con sangre comenzaron a bailar más intensamente, a entrar en trance. La sacerdotisa cayó al suelo y rodó, habló en una lengua extraña gritando. Finalmente, se levantó moviéndose entre todos los que habían sido manchados con sangre. Como algunos más pasaron adelante deseando

algo, entonces la sacerdotisa cogió la vasija y los salpicó de sangre a ellos también.

Ahora la mujer joven cayó al piso, probablemente era la primera vez que lo hacía, ya que sus movimientos eran como si hubiera sido "llevada" por algo, estaba asustada y sorprendida, temblando y hablando extraño.

Cuando parecía que estos espíritus "positivos" entraban en alguien, la sacerdotisa no hacía nada. Cuando alguien gritaba de dolor o miedo, ella caminaba a su alrededor para alejar los malos espíritus, mientras otros se iban uniendo al exorcismo de los "malos" espíritus hasta que la persona afectada comenzara a gemir de manera satisfactoria.

Algunos hacían sonidos y movimientos sexuales, retorciéndose en el suelo. Eso era aparentemente algo que estaba bien visto, o por lo menos nadie interfirió.

Todo el tiempo la música continuaba, intensamente. La audiencia participaba con sonidos, gemidos, quejidos y movimientos.

Eso duró como una hora y media. Luego, de repente, todo comenzó a calmarse y a callarse, la gente se fue y la sacerdotisa se normalizó de nuevo aunque se veía claramente exhausta.

En ningún momento John sintió que podría unirse. Él conocía este fenómeno muy bien, era comportamiento mágico, fenómeno de un nivel de conciencia baja y que hace que la gente sienta como si estuviera en contacto con los espíritus y fueran alcanzados por ellos.

"La gente está en contacto con fuerzas desconocidas y fuertes que están dentro de ellos, dijo Linesh, del fenómeno religioso que ocurre en muchos grupos de fanáticos cristianos. Ellos ven y sienten imágenes que normalmente tienen en sus sueños. Ahora, están de una u otra manera despiertos, por lo menos lo suficientemente despiertos para mover sus cuerpos y hacer ruidos. Pero todo lo que está pasando es que están en un bajo nivel cercano al de dormidos, y como en los sueños, creen todo lo que ven, sienten y oyen. ¿Espíritus? Nada de eso".

Mientras John salía del sitio de reunión, se dijo que esto no era más primitivo que muchas otras cosas que nosotros hacemos en las sociedades avanzadas. ¿Cómo puedes creer que la sangre del gallo puede hacer algo por ti?. ¿No era más extraño creer que por echarle agua a un niño recién nacido esto lo va a llevar al cielo?. ¿O creer en el ritual caníbal de "comerse" el cuerpo de Cristo y luego beber su sangre para así incorporarlo?

Simplemente esto del vudú son creencias, como lo es bautizar un barco con una botella de champaña porque atrae buena suerte.

¿Qué pensar de las jóvenes mujeres que van a que les lean la mano o les digan la fortuna para poder encontrar el Sr. Correcto? ¿Es esto mejor o peor que el caso de la joven que es manchada con sangre, se retuerce en el suelo y habla en diferentes lenguas?

¿Es más loco pensar que los espíritus están a tu lado o pensar en un Buda, Shiva, Alá, o Dios, sin importar el nombre que le des, para que te ayude? No, eso realmente no importa, lo que importa es lo que tú creas, la seguridad de que puedes obtener algo. Lo que tú crees es lo que cuenta, no en quién crees.

Bueno, hasta cierto punto eso es verdad. Si tú creíste que obtendrías algo por un Dios o un espíritu, también debes sentir miedo de ese Dios o espíritu, pues es mucho más poderoso de lo que tú eres. Entonces, indudablemente es mejor construir esa

creencia en algo dentro de ti mismo, no afuera, con la ayuda de lo mejor de uno, del guía interno.

John estaba muy contento cuando se iban de la ceremonia vudú. No creía que el vudú de Haití era más primitivo que el resto de todas esas religiones mágicas comúnmente llamadas creencias espirituales, eran evidencias del bajo nivel de conciencia que el ser humano continúa teniendo por ignorancia o por miedo.

Concluyó que los haitianos se relacionaban con sus dioses un poco mejor que otros, pues están cerca de ellos, los tienen más a mano. Los grandes dioses están tan alejados.

C A P Í T U L O 1 2

RECONCILIACIÓN

—¿Te puedo bautizar?, preguntó la joven japonesa que se encontraba de pie en las orillas del océano Atlántico en la playa de Barra de Tijuca, en las afueras de Río de Janeiro.

John había llegado a Río temprano en la mañana y después de una reparadora siesta en su habitación del hotel en Barra de Tijuca, ubicado aproximadamente a una hora de Copacabana por auto, se fue a caminar largo rato por la única playa descontaminada de esta ciudad que otrora fue hermosa y famosa.

Después nadó en el mar y mientras se relajaba descubrió a dos jóvenes japonesas haciendo algo que no era precisamente nadar.

Cuando se percataron de que él las miraba le sonrieron y lo saludaron. Luego la más joven se le acercó y después de los saludos de rigor y de preguntarle de dónde era, le hizo esa pregunta sobre el bautismo. John pensó que su petición era tan encantadoramente absurda y que su interés era tan genuino, que él accedió a la petición, sin siquiera preguntarles bajo qué secta iba a ser bautizado.

La joven estaba absolutamente encantada de que hubiera aceptado su ofrecimiento y le indicó con señas que fueran hacia donde estaba la otra mujer.

“Él quiere ser bautizado”, dijo con su pobre inglés.

“Arrodílese por favor”.

John se arrodilló en donde no era muy profundo y la mayor de las dos mujeres, que aparentemente estaba a cargo y tenía experiencia, le empujó la cabeza varias veces hacia atrás dentro del agua, diciendo frases en japonés.

Después le hizo seña para que se levantara, mientras la más joven se movía a su lado dándole las gracias a Cristo Señor en su limitado inglés, salpicando agua sobre él.

La joven murmuró algo ininteligible y le dijo a John que hiciera lo mismo.

—Hable en lenguas extrañas, le gustará. Hágalo así: Bla, bla, blabla, bru, brubru, burra, burra.

John, muy confuso, hizo exactamente lo mismo.

—Ahora, vamos a las formalidades.

Ellas salieron del mar y fueron hacia donde estaban sus toallas y un cuaderno, querían anotar su nombre, dirección, lo que hacía, edad y todo eso.

John quería que ellas continuaran sintiéndose bien, pero realmente no iba a unirse a la Primera Iglesia Pentecostal de Osaka, a la que ellas pertenecían. Entonces mintió un poco, dio el nombre y la edad correcta, pero un viejo número de teléfono que ya no estaba en servicio y la dirección donde había vivido en Brooklyn.

¿Por qué hizo eso? Esto es lo que las hace felices, ¿entonces por qué no hacerlo? Cuando se despidieron, se sintió muy bien y ellas también. Se fue caminando al hotel encontrándose en el camino a numerosos japoneses paseando por la playa. Se detuvo por un momento a observar el encuentro de éstos con las mujeres. Todos parecían muy felices, habían llenado la cuota del día y podían reportar que la misión iba de acuerdo con los planes. Muchas almas salvadas allí en la tierra de la macumba, se habían convertido sus almas pecadoras en la dirección correcta, hacia la verdadera Cristiandad de la Iglesia Pentecostal de Filadelfia, que originalmente había llevado sus

misioneros al Japón para salvarlos de los horrores de Buda, Shinto y todo aquello.

“Si Dionisio fuera a renacer, nacería en Río”, dijo un amigo de John alguna vez. Es verdad, pensó John al ver a los brasileños en las playas mostrando sensualmente sus cuerpos, las mujeres sin cubrirse lo mínimo, los hombres pavoneándose indiferentes, encantados con los “instrumentos” que Dios les dio.

Sí, Río era un lugar sensual con su espectacular y característico escenario natural integrado por montañas y playas. El resto de los brasileños, especialmente la gente trabajadora de la industriosa Sao Pablo, consideraba a los cariocas como perezosos porque preferían estar todo el día tendidos al sol en la playa, en vez de trabajar, y cerraban las oficinas si el tiempo era especialmente apropiado para eso. Además, los habitantes de Río tenían anualmente esa diversión especial del carnaval, donde la gente perdía sus inhibiciones.

Pero también habría que decir algo de su “smog” y de los embotellamientos de autos, de los niños abandonados en las calles y de tantos crímenes que ya invadían las antiguas atracciones turísticas de Copacabana e Ipanema, consideradas actualmente como “cotos de caza” de ladrones y asaltantes.

A pesar de todos estos problemas, los cariocas como el resto de los brasileños tienen la cualidad especial de creer en el futuro. Creen a pesar de la corrupción, de la pobreza y del enorme y difícil territorio. A pesar de todo piensan que van a estar muy bien. E indudablemente lo van a estar, pensó John, son una superpotencia en formación: una gran población, una gran tierra llena de recursos, una gran base industrial y encima de todo una población orgullosa de ser brasileños, satisfechos con el pensamiento de que Brasil es el mejor lugar del mundo.

Es curioso cómo las naciones dependen de su orientación en el tiempo, pensó John. Por ejemplo, Argentina, con un territorio favorable, con una bien desarrollada infraestructura y una buena base industrial, con una población bien instruida; sin embargo, no ha podido sacar ventaja de su magnífica posición. Debería estar hoy entre las naciones más fuertes; ya estaba en una buena posición después de la segunda guerra mundial, dentro de las siete primeras naciones industrializadas del mundo. Si hubiera tenido una orientación hacia el futuro, lo sería, pero no, los argentinos se dedicaron las últimas décadas a mirar al pasado, hacia atrás, cada grupo idolatrando algún período en que su partido estuvo en el poder.

Lo triste en Brasil es el incremento de la violencia. John recordó haber caminado en la playa de Copacabana varios años atrás sin pensar que pudiera ser robado. Ahora, uno no haría eso a menos que quisiera probar sus conocimientos en artes marciales.

Pero este aumento de la violencia no se limita a Río, sucede en todas partes. Probablemente es el resultado directo de presionar a la gente más y más, de que los gobernantes están cada vez menos preocupados por los gobernados. También se debería a la falta de una verdadera moral, al incremento del desempleo y la disminución de los servicios sociales, y sí, hay que admitirlo, como reacción porque los ricos son cada vez más ricos y los pobres más pobres. Esas son las verdaderas causas de la violencia; ésta no se produce porque la gente vea películas violentas. La sociedad que engendra la violencia, se ha establecido de forma tal que los pocos tienen mucho y la mayoría muy poco. La única manera de mantener esta injusticia es por medio de la violencia, con un aparato estatal basado en leyes que protegen y representan a quienes lo poseen todo. Entonces, si es la sociedad establecida la que genera violencia, para lograr distribución equitativa de la riqueza debería haber una revolución.

John percibió que se estaba volviendo cada vez más radical ideológicamente, y eso le gustaba. Encajaba con lo que estaba haciendo, mejor que tratar de justificar por qué algunos como él tenían más que otros, negando tener méritos especiales y diciendo

que quienes quisieran podrían hacer lo mismo: un mito que no toma en cuenta las diferentes situaciones en que la gente ha nacido y ha sido criada. Con seguridad que si hubiera nacido en los barrios de chabolas de Río, en las “favelas”, no estaría reflexionando sobre ese hecho y sus consecuencias.

Los medios de comunicación y quienes tienen el poder tratan a la violencia en forma similar a otros temas importantes, mirando los aspectos secundarios sin analizar las raíces. Esto puede observarse en cómo es tratado el tema de los narcóticos, pensó. Se considera que la solución del problema es tratar de detener su producción o procesamiento, por decir algo, en Colombia, o su distribución y venta en Estados Unidos. Pero se olvidan del punto importante: el fenómeno lo produce una demanda. Esas drogas son y serán producidas y vendidas porque la gente las quiere y mientras la demanda siga allí, siempre se encontrará la manera de conseguirlas.

¿Quién pregunta por qué tantas personas necesitan drogarse? Si se hiciera, se vería que es algo que hay en la sociedad que hace que la gente quiera escaparse de las dificultades diarias, o quizás porque algunos ya no pueden con su existencia.

Entonces, bien planteado, habría que cambiar a la sociedad de manera que el individuo pudiera disfrutar su existencia. Así, estaríamos hablando de una sociedad que se preocupara por las personas, las tratara bien, las hiciera sentirse seguras, donde la existencia sea fácil y maravillosa. Entonces nadie tendría que escapar, no habría que sentirse “bien” con algo artificial, porque ya todos nos sentiríamos bien bajo la influencia de esa “droga” social.

Mientras se vestía para otra caminata, John pensó acerca de la violencia en relación con sus recientes descubrimientos. La violencia no está solamente afuera, en la sociedad misma, está también dentro de la gente, está dentro de mí y ahora estoy seguro de que debo deshacerme de mi violencia porque me deshumaniza y no podré encontrar a Dios a menos que sea “humano”.

Pensó en las veces en que empleó la violencia contra otros. Le pareció que esto siempre sucedió cuando dejaba de ver a las personas como tales y los consideró como instrumentos, como objetos que estaban allí para obedecer su voluntad. Allí dejó de respetar que ellos también tenían sus intenciones, que existían como entidades separadas y que no eran mera prolongación de su voluntad.

Eso ocurría siempre que no trataba a la gente como él quería ser tratado, cuando los explotaba, o no respetaba sus creencias y opiniones, y por supuesto, él no quería ser explotado ni que no lo escucharan. El no era una persona propensa a golpear a la gente físicamente, pero claro que podía percibir que nadie quería ser golpeado y morir, entonces, si este principio fuera aplicado rigurosamente, no habría guerras ni ningún otro comportamiento físico violento.

Él no se consideraba como una persona intolerante o particularmente predispuesta a la violencia, pero tenía que admitir que trataba distinto a las mujeres y a los hombres, a las personas educadas y a las que no lo son, a jóvenes y adultos, a los de otra nacionalidad o raza. Pero también tuvo la experiencia de no poner a la gente en estas casillas: recordó a Aiko, a quién pudo ver y tratar como a un ser humano, no como a una mujer; también sintió respeto por los sacerdotes del vudú y no veía a su mejor amigo, Linesh, como a un hindú ni como alguien de una raza diferente. Puedo hacer esto, se dijo, solo necesito practicarlo un poco más.

A estas horas de la vida él no sentía violencia en absoluto. No, estaba haciendo exactamente lo que quería hacer, muy diferente a como vivía cuando trabajó en Nueva York y quería estar en otro lugar. Allí, a pesar de haber sido un jefe “civilizado”, se alteraba muy a menudo con sus subordinados, manejaba el auto de mal genio e inclusive le gritaba a su ex-esposa. Sí, esto era cuando tenía contradicciones en su vida. Recordó otras ocasiones en que hacía lo que en realidad no quería hacer, o cuando le ofreció hacer algo a alguien y no lo hizo, o que no hizo algo que había

pensado que tenía que hacer. Bueno, en todas esas ocasiones él sintió rabia y frustración. Pensó que es cierto lo que leyó en ese libro, que las contradicciones generan frustraciones y violencia.

Ahora aparentemente no tengo ninguna contradicción, pensé, pero reconozco que todavía tengo violencia interna. Supongo que es porque no estoy completamente en paz con mis frustraciones pasadas, las cosas que traté de solucionar en ese sueño en Haití. Posiblemente no estoy completamente en paz con todos mis diferentes “yoes”, o no estoy haciendo suficiente esfuerzo en mi búsqueda. Entonces, supongo que debo trabajar en todas estas cosas como también en reconocer a los otros como humanos.

Se estaba haciendo tarde cuando John volvió a la playa caminando por la vereda costera. Solo había unos pocos grupos de gente dispersos, que junto a la cálida y húmeda brisa de la tarde hizo serena su caminata.

Vio a un grupo bailando, vestían de blanco. Supo que se trataba de una macumba. Esta escena le hizo recordar otra, también en Río, cuando caminaba en la playa de Copacabana en un Año Nuevo y más o menos un millón de personas entraron al mar recibiendo el año y rindiéndole tributo a la diosa del mar.

Personas de todos los caminos de la vida: ricos y pobres, de toda edad y educación, se unían en su propia religión brasileña, la Macumba. Esta, aunque era similar al vudú en su naturaleza animística y en su origen africano, era diferente de su semejante haitiano. La Macumba tiene un grupo de “dioses” más elaborados y con poderes definidos, y propone una vía para alcanzarlos parecida a la de los de los cristianos. Hay algunos que dicen que la famosa estatua de Cristo en la cima de una montaña en Río no es realmente de Cristo sino de uno de los más altos dioses de la Macumba. Sea como sea, ésta es más alegre y relajada que el vudú. Tal vez refleja la naturaleza expansiva de estas gentes.

John caminó en la playa hacia el grupo y se mantuvo parado cerca de ellos, observando cómo lo que hacían. Se semejaba más a un picnic que a una ceremonia religiosa, con gente uniéndose al baile, abandonándose en un trance y después saliendo de él bebiendo algo, para después bromear entre ellos.

El líder del grupo, al parecer un hombre inteligente de unos cincuenta y tantos años, camina con su cigarro grande y gordo, echándole humo a la gente, hablando con ellos, tocándolos y tomando uno o dos tragos, mientras los bongós acompañaban rítmicamente el procedimiento.

Después el hombre caminó hacia John, le dio la bienvenida y con una amplia sonrisa le preguntó en portugués si podía o no hacer algo por él. John le dijo que sí, que le gustaría. El líder le sopló humo de su cigarro alrededor para espantar los malos espíritus y le preguntó si sentía dolor en alguna parte. John había tenido una operación en una vértebra dislocada, una lesión deportiva, que algunas veces le causaba problemas. También, que a veces sentía dolor en su hombro derecho en donde había tenido un ligamento desgarrado, especialmente cuando hacía largos viajes como los que había hecho recientemente.

El hombre puso primero sus manos sobre su hombro y le preguntó si era el lugar correcto, cerró sus ojos y pareció que le fuera a dar energía. Sintió un calor en su hombro y un pequeño hormigueo. Luego el hombre hizo lo mismo en su espalda. John se sintió sorprendentemente mejor después de esto, el hombre le preguntó si había algo más que pudiera hacer por él y John dijo que no.

Durante ese rato el resto de la gente siguió en sus cosas sin casi darse cuenta de la presencia de este extraño.

John le agradeció al hombre por lo que había hecho y le preguntó qué hacía en la vida diaria, manejándose apenas con su limitado portugués. Resultó ser dentista y un líder de un grupo de macumba por muchos años; casi todos son profesionales en mi grupo, dijo. Esta noche parecía que iba a ser linda, entonces decidimos venir a la playa. John se despidió del hombre y del grupo, cuyos miembros lo saludaron sonriendo,

excepto uno de ellos que seguía en trance. Luego, John se sentía muy agradecido por haber podido participar en su celebración por lo menos un poco. Le gustó la atmósfera, pero no se le ocurrió pensar en unirse al baile para experimentar esa forma particular de trance, y no lo hizo porque él sabía cómo era eso. Había probado algo similar con unos ejercicios de respiración hiperventilada que producen mareo y lo dejan a uno en estado de trance. También probó esto con la danza derviche, en donde uno da vueltas sin parar casi como los niños cuando quieren marearse. Se supone que tienes que sentir unos poderes extraños, pero lo único que John experimentó fue sentirse mareado y tener deseos de vomitar.

Además, ahora estaba seguro de que Dios no se encontraba buscando experiencias sensoriales, entonces para qué perder el tiempo en esa danza de la macumba.

Continuó su caminata por la playa, pronto se pondría el sol y no quería regresar hasta no haber visto el atardecer, tan hermoso allí en la playa de Barra de Tijuca.

Vio a un hombre sentado en el borde de la vereda, era un brasileño bronceado, muy buen mozo, probablemente unos años mayor que John. Se miraron el uno al otro con una intensa observación como si intentaran descifrar en dónde se habían visto antes. La cara del hombre estaba extremadamente abierta y relajada, sus ojos profundos e investigando.

John tuvo esa sensación una vez más, sintió que algo especial iba a suceder, entonces caminó hacia él.

—¿Tudu bem?, dijo en portugués, con ese saludo habitual de los brasileños.

—Todo legal, respondió el otro, con esa otra frase para saludarse, burlándose de un país en donde nada es legal, en donde la gente se emociona con cada oportunidad de infringir la ley.

El hombre lo invitó a John sentarse a su lado.

—Usted no está aquí por el atardecer, dijo John.

—No, de hecho estaba aquí esperando que se acercara alguien como usted, dijo en un inglés perfecto. Mi nombre es Jaou Pinto.

Estrechó su mano fuerte, hermosa y masculina.

John estaba acostumbrado a que le pasaran cosas desacostumbradas, entonces encontró que esta forma de saludarse era lo más normal del mundo.

—John Chávez. ¿Por qué dice que me estaba esperando?

—Bueno, no a usted necesariamente, pero alguien como usted que parece estar buscando algo más que un buen rato o un atardecer. Usted está buscando algo importante, ¿no es así?"

—Sí, de hecho estoy buscando a Dios.

Jaou lo miró por un momento y después se abrió con una sonrisa mostrando sus perfectos dientes blancos y le dio a John una palmada en el hombro.

—Esto es más de lo que esperaba. Cuénteme, ¿cómo le ha ido con eso?

John sintió que había encontrado un compañero de viaje, entonces le contó en resumidas cuentas su historia. Por qué la había empezado y en general las cosas más importantes que había descubierto en su viaje.

—Muy interesante, me gustaría discutir todos estos temas en detalle. Son extremadamente importantes, pero siento que usted quiere saber qué me ha traído aquí y por qué estoy teniendo esta conversación con usted, ¿cierto?"

John se rió disfrutando de cómo el otro podía percibir exactamente sus pensamientos.

Jaou había tenido un ataque cardíaco hace un año, en su ciudad natal, a unas tres horas y media de Río. Unos minutos después fue llevado al hospital, literalmente murió por unos minutos y durante ese tiempo tuvo esa experiencia indescriptible similar a las narradas por otros que han muerto clínicamente: Se observó a sí mismo sobre una mesa, la gente tratando de revivirlo, iba hacia arriba y dentro de la luz sintiéndose feliz y fantástico, y justo cuando estaba a punto de fusionarse totalmente con la luz, observando los colores y los hermosos sonidos que nunca antes ni después de esto había escuchado, comenzó a oír débilmente los gritos del personal del hospital mientras daban órdenes de darle una descarga eléctrica tras otra. Después se observó allí recostado, su cuerpo saltando con cada descarga, luego se ubicó dentro de su cuerpo, observó cómo saltaba hasta que se desmayó. Finalmente despertó más tarde sintiéndose débil, pero bastante bien.

—John, no hay palabras para describir lo que sentí cuando estaba fuera de mi cuerpo, todo lo que diga solo sonará como una frase de cajón, pero después de esta experiencia yo siento que sé que hay en el otro lado y eso cambió toda mi vida.

—¿Vio o sintió a Dios?, preguntó John.

—No estoy seguro, lo que sé es que sentí la presencia de algo poderoso y fuerte, esto es, sentí que algo estaba cerca. Pero no, yo no me encontré con esta entidad tal vez porque no supe cómo o por qué regresé.

—Algunas personas dicen que las experiencias de las muertes clínicas son sólo fenómenos de las ondas cerebrales que no tienen nada que ver con otro plano, con la inmortalidad y mucho menos con Dios. Solo es un fenómeno mecánico como una fuerte dosis de drogas, dijo John.

—Es posible que algo pase también en el cerebro, tal vez puede ser clasificada como una alucinación. Lo que es real, en todo caso, es cómo esto afectó mi forma de ver la vida y la muerte y cómo esto cambió mi propia vida radicalmente.

Jaou le dijo que le hicieron trasplante de arterias y que todo el proceso de recuperación física fue de unos nueve meses. Durante todo ese tiempo él pensó mucho acerca de esta experiencia y comenzó a leer libros espirituales y religiosos, como también libros de psicología, la cual había estudiado en la Universidad de Berkeley en California, pero que nunca puso en práctica realmente.

Habló con mucha gente acerca de la vida y la muerte, de qué estaban haciendo ellos con sus vidas, y así siguiendo.

Muy pocas cosas le molestaban ahora, muchas cosas que fueron importantes ya no lo eran, y en general ya no estaba tan apegado a la gente, a las situaciones y a las cosas como antes.

Pero estaba muy lejos de ser perfecto, aún se molestaba, no le gustaba si algunas personas se llevaran una impresión negativa de él, aún se preocupaba de si las cosas funcionaban o no. Era muy sensible a las opiniones de las otras personas, se preocupaba si algún negocio se lograba realizar o no. Mucho menos que antes, advirtió, pero aún existía una preocupación.

Todavía no podía entender cómo podía seguir teniendo miedo de perder algo como un negocio o su buena reputación si él ya no tenía miedo de perderlo todo, esto es, su propia vida. Se sentía apenado cada vez que se ponía de mal genio o cuando se preocupaba de algo o de lo que alguna gente podía decir acerca de él. ¿A quién le importa lo que ellos puedan pensar? También quería saber qué le había pasado, quería ser capaz de saber cómo repetir la experiencia y de tener esa magnífica sensación de totalidad de la que se sintió parte, allá arriba. Quería entender y conectarse con ese poder universal que estaba detrás de todo.

—Sí, John, yo quería entender y encontrar a Dios, igual que usted.

Entonces, después de recuperarse sintió la necesidad de dedicarle tiempo a buscar las maneras de mejorarse él mismo y de encontrar la respuesta a sus preguntas. Se despidió de sus negocios, lo cual no era nada difícil pues le pertenecían. Tenía una familia como John, la única diferencia era que no estaba divorciado formalmente, no

había pasado por la misma crisis existencial que John. Era solo un brasileño promedio con sus negocios, amigos, familia y aventuras amorosas ocasionales como casi todos sus colegas. No conocía a su esposa muy bien y tampoco suponía que tenía que ser así. Después de la operación y la recuperación comenzó a conocer mejor a su familia y vio que eran muy buenas personas y que él, como sus compañeros de negocios, la había descuidado. No sabía si iba a continuar viviendo con ellos después de esto, pero apreció cómo lo tomó su esposa cuando le dijo que debía arreglarse solo por un tiempo y que no sabía cómo iba a ser su futuro.

—Muy buena mujer, John. Hermosa y fuerte. Ella solo me dijo: Jaou, tómate el tiempo que necesites, yo cuidaré de los niños como lo he hecho hasta ahora.

—Entonces comencé mi búsqueda por el impacto que me produjo una hermosa experiencia, y yo no he viajado por todo el mundo como usted. No fue algo que se me ocurriera a mí.

Jaou fue a muchas conferencias, participó en numerosos seminarios, se unió a diferentes grupos espirituales o a grupos de autoayuda, y leyó mucho.

—John, estoy tan contento de que haya venido hoy aquí. Tenía un extraño sentimiento cuando salí de mi casa. Iba a ir al centro, pero algo me dijo que debía ir a la playa y lo más gracioso es que he estado aquí sentado por casi dos horas, pero yo sabía que usted vendría. Y sabe, John, pienso que podemos aprender el uno del otro ¿Usted qué piensa?

John también se sentía muy contento de haber encontrado un verdadero compañero de viaje. Aunque Linesh estaba muy cerca de él, aún no se encontraba listo para la búsqueda. Él mismo lo había dicho. O tal vez ya lo estaba.

Ahora podían tener una discusión más profunda, pero se estaba haciendo tarde. El hermoso atardecer había llegado y se había ido sin que ninguno de los dos le hubiera prestado mucha atención, así de inmersos estaban en su conversación.

Jaou invitó a John a su casa a comer y para que continuaran hablando. Vivía cerca, a solo diez minutos a pie de allí, en el penthouse de un edificio. Afuera en la terraza, donde se sentaron, había una pequeña piscina y un jacuzzi.

—Un amigo se fue a Europa por dos años, entonces se lo alquilé, dijo Jaou casi disculpándose, al notar cómo estaba John de impresionado por el lujoso departamento. Mi esposa, por supuesto, está en nuestra casa con los niños.

Discutieron en detalle antes y después de la cena todos los diferentes descubrimientos que John había encontrado en sus viajes. Jaou escuchó atentamente todo, tomando nota en los momentos apropiados y denotando que estaba aprendiendo nuevas cosas.

—John, hay tantas cosas útiles en lo que has dicho que me gustaría reflexionar sobre ellas y adoptarlas, como la experiencia con el guía interno. Creo saber quién es él, lo vi en mi experiencia, fue el que me acompañó allá arriba. Me gustaría mucho intentar esa experiencia de la que habla.

Aunque primero me gustaría compartir algo. Veo que hay muchas cosas que ha descubierto que son esenciales para prepararse a fin de encontrarse con Dios, pero siento que falta algo todavía. Por ejemplo, pienso que debemos liberarnos de falsas ideas de Dios. Creo que debemos liberarnos de todas las diferentes voces que están

dentro de nuestras mentes y que constantemente monitorean nuestras acciones, como las que oímos de otras personas o de partes de nosotros que quieren controlarnos, y por supuesto, está la voz de lo que nosotros considerábamos como Dios antes, constantemente juzgando lo que hacemos.

—John, he adoptado un ejercicio mental que explora estas diferentes voces u opiniones que llevamos adentro. Algunos le llaman a esto imágenes guiadas, y sólo consiste en seguir una historia. Probablemente es muy similar a su ejercicio del guía interno. Primero hacemos este ejercicio y después me gustaría mucho intentar el suyo. ¿Qué dice, John?

A John le gustó realmente la idea, se sentó en una cómoda silla, cerró sus ojos y se dejó llevar en un ejercicio de relajación que Jaou le leyó con música de fondo como distensión.

Jaou apagó la música y leyó:

** “Es de día. La calle principal del pueblo donde vivió su adolescencia está llena de gente. Camina por la calle y se da cuenta que la gente lo está mirando, se miran unos a otros y luego lo miran a usted murmurándose algo entre ellos. Algunos señalan algo en usted, haciéndose los distraídos. Hay quienes se ríen tontamente y otros muestran disgusto o fingen estar impresionados. Usted no sabe por qué hacen eso mientras camina. Revisa su ropa y después su cara para ver si algo anda mal. Nada. La gente continúa mirando y señalándolo. Usted camina más rápido hasta que se sale de la multitud y llega a una calle en donde no hay gente; ve una casa grande y vieja, afuera un gran aviso que dice: “Casa de la liberación”.

Por alguna razón camina hacia ella y se da cuenta que la puerta está entreabierta y adentro en el vestíbulo hay una luz débil y una mujer de mirada severa sentada detrás de un escritorio.

—Entre, dijo ella. Supongo que tiene problemas con la gente que le mira todo el tiempo, ¿verdad?

Claro, ese es el caso. Lo extraño es cómo ella lo sabe, como si pudiera leer los pensamientos.

—Mantenemos la puerta abierta porque al parecer todo el que viene aquí siempre tiene gente mirándole. ¿No se quiere deshacer de estas incómodas miradas?

Uno admite que eso es precisamente lo que quisiera. La recepcionista se pone de pie, abre una puerta lateral y lo invita a entrar. Adentro hay unos cuantos hombres y un par de mujeres.

—Puede escoger a cualquiera para que le ayude a deshacerse de esas miradas.

Después, ella se va y lo deja solo allí adentro.

Escoja un guía y éste lo llevará a un ascensor. Luego de entrar en éste, van hacia abajo. El guía le explica que va a encontrar todas las diferentes voces que suenan constantemente dentro de su cabeza y le impiden ser libre.

—Ya sé, dijo el guía, usted pensó que el tema era simplemente que la gente lo miraba, pero toda esa gente continúa dentro de su cabeza aún cuando usted no la vea. ¿No es así? Admita que es así.

El ascensor se ha detenido y usted debe salir de allí. Hay un corredor oscuro con

muchos cuartos en cada lado. Sobre la puerta del primero a la derecha hay un anuncio que dice: "Los criticones". El guía abre la puerta y adentro del cuarto de luz débil hay una figura sentada en una silla. Esta persona es un mago verdadero que puede convertir en la persona que usted desee, solo tiene que decirle qué hacer. Ahora, piense en la peor cosa por la que usted podría ser criticado, como ser llamado estúpido, egoísta o frío; hipócrita, mentiroso, infiel, perezoso, incompetente o feo. Piense fuertemente en lo que no le gustaría ser llamado **.

Una vez que haya encontrado qué es, busque quién le heriría o molestaría más que se lo dijera, piense en quién sería esa persona. **

Después de haber hallado a esa persona, descríbasela a este mago. Dígale cómo es, cómo habla, cómo camina, cómo gesticula, qué ropa utiliza, y el mago se convertirá en esa persona. **

Ahora pídale a esa persona que le diga en su cara lo que no le gustaría oír de usted mismo **

El mago hace eso y usted siente que hierve de rabia **.

Ahora cierre los ojos y escuche la misma voz dentro de su cabeza diciendo las mismas cosas. Observe cómo se siente. Abra los ojos otra vez y el mago repetirá lo mismo, ciérrelos y sentirá la misma voz adentro, ¿verdad? **

Observe cuán enojado y dolido se siente cuando escucha esta voz también dentro de su cabeza. Claro, no tan fuerte, pero sigue siendo algo así. Gracioso, ¿no es así?"

Ahora camina más adelante en el corredor y se detiene frente de una puerta con un letrero que dice: "Los admirados".

Adentro, un cuarto con luz brillante pero el mismo mago sin expresión.

—No, no es el mismo. Es su hermano gemelo.

—Ahora, ¿a quién admira más? ¿Por quién le gustaría ser apreciado por lo grandioso que usted se siente? Piense acerca de esto, ¿es algún familiar, alguien del trabajo, un amigo, una persona famosa, quizás alguien con quien le gustaría tener sexo? Cuando hace algo que considera que vale la pena, ¿en quién piensa? **

—Ahora pídale al mago que se convierta en esa persona, descríbasela en detalle como lo hizo anteriormente, y después dígale qué le gustaría que esa persona le dijera **".

—Maravilloso, ¿no es así? Usted se siente muy bien, estoy seguro. Ahora, cierre los ojos y escuche a esa persona diciendo esas palabras **.

—Todavía se siente muy bien, ¿no? Entonces ábralos nuevamente y continúe escuchando lo que dice. Después cierre los ojos una vez más y sólo escuche las palabras de esa persona en su mente. Curioso cómo puede hacerse sentir bien cuando quiera, sólo debe oprimir el botón indicado y oír la voz correcta.

Hay muchos más cuartos aquí, como el que alberga esas partes suyas que lo controlan bastante. Por ejemplo, los deseos mezquinos. Este es un pequeño y gracioso diablillo que parece ser tan grande pero, sin embargo, es muy pequeño.

Y están las voces de esas partes suyas que no quiere admitir y que critica a otros por tenerlas. Como si fuera desorganizado, le molestaría la gente que no hace las cosas en forma organizada, sin querer decir que usted es así. Es sólo un ejemplo, sólo un ejemplo.

Claro que sí, dentro de estos cuartos hay toda clase de voces. Pero está bien por hoy, puede regresar cuando quiera.

Ahora veamos algo completamente diferente.

Entre al ascensor otra vez. Su guía oprime el botón más alto que indica "X". Le parece que como número es raro para un piso; el ascensor sigue y sigue, y usted tiene la impresión de que es extremadamente lento o que algo sucede.

"No, nada sucede, es solo que vamos un poco más arriba de lo que los ascensores normales suelen ir". Cuando está por preguntarle a su guía qué significa esto, el ascensor se detiene, la puerta se abre y usted desciende en algo que parece ser como una nube.

¡Sí, estamos sobre la ciudad, venga!

Camina con el guía sobre estas suaves nubes hacia lo que parece una cúpula, un edificio esférico blanco. Adentro no hay nada más que paredes desnudas, donde usted se siente bastante bien y tiene curiosidad por lo que va a pasar.

Ahora, vamos a hacer algo un poco más difícil. Vamos a tratar de ver lo que usted cree que es Dios. Estoy casi seguro de que actualmente no sabe cómo es, pero antes en su vida usted tuvo una imagen de él. Piense en esta imagen **.

Ahora verá aparecer pinturas de ese Dios en estas paredes.. ¿Sí? **

Recuerde lo que Dios le dijo en aquel entonces. **

Ahora escuche a Dios diciéndole cosas **

Cierre sus ojos y escuche los mismos sonidos en su cabeza... Son parecidos, ¿no es así? **

Bueno, este Dios que tenía o tiene, nunca lo ha visto ni oído, ¿verdad? Entonces, probablemente no es Dios, sino usted mismo.

Ahora, considere qué es Dios hoy. ¿Ve usted una pintura? ¿O escucha su voz? ¿O por lo menos tiene una sensación dentro o a su alrededor? Puede cerrar los ojos si le resulta mejor **.

Probablemente se sienta muy bien. ¿Sí?

Bueno, mi amigo, seguramente no es Dios. Eso también es usted.

Ahora sabe lo que no es Dios y es libre de abrirse a él para que se manifieste.

Se preguntará cómo saber cuándo se ha encontrado a Dios.

Lo sabrá, en su momento lo sabrá.

Sale con el guía de la cúpula, van al ascensor y bajan al cuarto en donde se encontró con su guía. Él le acompaña a la recepción, que ahora está más luminosa que antes. Inclusive la recepcionista le sonríe con complicidad, con una sonrisa que dice: "Yo sé en lo que ha estado". El guía permanece allí parado esperando, y usted nota que debe darle algo, algo que lo ha encadenado, algo en relación con la manera que en que ha dejado que las opiniones de los demás influyan en sus acciones; opiniones que sólo están en su mente como su Dios lo ha estado. Piense un momento y déle algo **

Al salir de la casa se siente realmente libre y más ligero. Cuando llega a la calle principal, llena como antes, nota que nadie le pone atención porque todos están ocupados, excepto algunos amigos y parientes que lo saludan calurosamente.

—John, puede abrir sus ojos ahora. ¿Cómo se siente?

John respondió que se sentía fantástico, aliviado. Sintió que podría saltar o flotar, se hallaba más ligero.

—Es muy bueno darse cuenta de que toda esta gente, Dios inclusive, simplemente están en nuestras cabezas. De esta manera puedo controlar lo que siento, puedo concentrarme en lo que considero bueno o malo. Puedo buscar a Dios en territorios desconocidos.

Después de hablar acerca de esta experiencia, John le leyó la del guía interno a Jaou, y puesto que Jaou estaba en el momento indicado de su vida para este tipo de experiencia, le resultó muy contundente. Después de abrir sus ojos y de unas lágrimas que rodaron por sus mejillas, dijo:

—John, busquemos juntos a Dios, yo sé que podemos.

—Sí, Jaou, creo que podemos. Una cosa en la que he estado pensando después de la experiencia que tuve es que quizá no adoptamos la actitud correcta en nuestra búsqueda. Quiero decir que tal vez pensamos que Dios es tan grande que es muy difícil hallarlo y también que nosotros mismos somos tan pequeños e insignificantes que no merecemos encontrarlo. Bueno, esta degradación de nosotros mismos es producto de nuestras mentes, de nuestra educación y del sistema en que vivimos.

—Tal vez merecemos más que encontrarlo. ¡Oye!, probablemente Dios mismo nos dé un puntapié para que nos sintonicemos con su longitud de onda. Pensará que somos unos pequeños demonios atrevidos.

En medio de risas e intercambio de historias de la vida, los dos hombres hablaron hasta que el sol comenzaba a salir. Entonces John se fue a su hotel, le agradeció a Ramos por ese maravilloso día y tranquilamente se quedó dormido.

C A P Í T U L O 1 3

INMORTALIDAD

Al día siguiente los amigos se encontraron a la hora del almuerzo en la casa de Jaou, para continuar las discusiones. En la tarde tomaron un descanso para ir a nadar un poco. Algunas mujeres brasileñas con sus ojos anhelantes y cuerpos deseosos, los miraban jugar en las olas chocándose en ocasiones en una pelea imaginaria y amistosa. Se podría pensar que eran buenos amigos disfrutando de un buen rato y preparándose para las diversiones y juegos nocturnos, o como esto era Río, acaso se verían como una pareja de homosexuales en luna de miel. Nadie podría imaginar que sus intereses nada tenían que ver con las olas, el sol y ni siquiera con las voluptuosas brasileñas.

Después de nadar volvieron a la casa y siguieron hablando. Querían explorar ampliamente el tema de las opiniones de otros y de cómo estas condicionan la conducta, opiniones que por lo demás sólo existen en la cabeza de uno mismo y no afuera.

Como otras veces les sucedió, no se detuvieron hasta muy entrada la noche. Al despedirse acordaron que abordarían otro asunto, más profundo que el examinado, querían deshacerse completamente del miedo a la muerte. Al efecto, primero se quedarían unos días en Río y después estarían en la casa de campo de Jaou.

John estaba tan energizado cuando volvió al hotel que apuntó todos sus descubrimientos a pesar de que eran las cinco de la mañana.

Por la diferencia horaria conveniente, John llamó a sus amigos en Asia antes de irse a dormir. Habló brevemente con cada uno de ellos y posteriormente les envió por e-mail todas las descripciones detalladas de lo sucedido en Haití y en Brasil, tal como el sueño que tuvo en el primer lugar y la experiencia vivida en la casa de Jaou.

Pudo sentir un poco de celos en la voz de Linesh cuando le contó acerca de Jaou, su nuevo amigo del alma.

—John, estoy muy contento por ti que hayas encontrado a alguien que está en una búsqueda parecida a la tuya, pero sabes una cosa, no por ello dejes de contar conmigo todavía, dijo bromeando.

—Yo me estaré uniendo a ti mucho antes de lo que piensas, de hecho me estoy alistando y puedes estar seguro de que no quiero perderme la diversión. Además, he tenido varias reuniones con el grupo del amigo que me prestó el material sobre la experiencia de paz, ¿recuerdas? Grandes personas, muy activas.

Linesh le dijo que le iba a mandar algunos escritos que le habían facilitado esa experiencia. “¡Creo que los vas a encontrar muy útiles, mi amigo!”.

Siempre era maravilloso escuchar a Linesh. A John le simpatizaba Jaou y lo apreciaba, pero Linesh siempre había sido como su guía externo y consideraba que sería su amigo más cercano por siempre, sin importar cómo orientara su vida.

—Linesh, tú eres mi mejor amigo y siempre lo serás, ¡no lo olvides!.

—Ya lo sé John, yo igualmente estoy cerca de ti. Pienso que tú al haber encontrado a

Jaou me das una patada en el trasero, entonces esto me sirve para preguntarme ¿qué es lo que estoy esperando?

—Ah, ¿sabes a quién me encontré el otro día? A Tania. Yo no sé cómo me reconoció, viajábamos a Singapur, me preguntó por ti. ¡Es absolutamente hermosa! Quería saber sobre tus descubrimientos. John, es muy espiritual. También me pidió que si te encontraba te dijera que ella siempre estaría contigo.

John no le consultó a su amigo si le había dado a ella su número de teléfono o si ella le preguntó cómo ponerse en contacto con él. Pensó que ella no necesitaba de eso, sabía que la llamaría cuando el momento justo llegara, hasta ahora todo estaba muy bien.

Chun leyó el libro y había practicado el contacto con el guía interno.

—John, sé que nos vamos a encontrar pronto, muy pronto.

Aiko era el mismo encanto de siempre. Gracioso, John no se sentía deshecho por estas dos mujeres a las que había amado, a pesar de que sólo había hecho el amor con una de ellas. Seguramente que en otras épocas se hubiera sentido dividido. No, Aiko era una compañera de viaje, pero sería muy fácil cambiar la naturaleza de la relación. Él era su guía externo y ella apreciaba esto, aunque deseaba más que nada agregarle otra dimensión a la relación.

¿Y Tania? John estaba agradecido con ella por haberle abierto su corazón y haberle ayudado a desilusionarse de la idea de que Dios estaría en el mundo de las sensaciones.

No, John estaba buscando algo más allá de las relaciones. Tal vez más adelante pensaría en esto, pero ahora no era ni el tiempo ni el lugar.

Antes de quedarse dormido pensó en lo afortunado que ha sido al encontrar a estos dos excepcionales seres humanos: Tania y Aiko.

Cuando John se despertó en la tarde, un e-mail de Linesh lo estaba esperando. ¡Oh Linesh, tan oportuno siempre!, pensó John. El material que le transmitía trataba de los diferentes niveles de creencias, del miedo a la muerte y su superación. Llevó el mensaje donde Jaou y juntos lo examinaron.

—Bueno, en un intento por sintetizar algo estos textos, diría lo siguiente, John: afirman que las personas tienen diferentes actitudes con respecto a la muerte, dependiendo de la clase de fe que cada cual tenga sobre la propia trascendencia después de morir. Para algunos esa fe es fuerte, para otros débil. También están los que no tienen esa fe pero desearían tenerla. En todos los casos, tanto la fe como el deseo de adquirirla son factores variables en continuidad e intensidad.

Están también los que no tienen esa fe, ni el firme deseo de tenerla, pero no descartan la posibilidad de que algo debe existir en el más allá y admiten la utilidad de creer en alguna clase de continuidad. Finalmente, están aquellos que niegan completamente la posibilidad de la otra vida o eternidad. ¿Estás de acuerdo con el análisis, John?

—Lo suficiente. Parece ser que algunos están convencidos de que van a continuar, gente como tú que ha experimentado algo fuerte como una muerte clínica. Otros, han tenido una experiencia “religiosa” o algo con esas características que deja la sensación de haber estado en otra parte. Jaou, ¿estoy en lo cierto hasta aquí?

—Sí, y explican que si quieres intentar la pérdida del miedo a la muerte conscientemente, no accidentalmente como fue mi caso, es necesario tener una fuerte confianza en que ello es posible, que si no tienes esa confianza, debes crearla.

—Sí, y creo que eso lo podremos lograr, si lo deseamos fuertemente, Jaou.

—Creo que es así.

—Veamos qué hacemos para crear ese fuerte deseo, John.

—Bueno, podemos comenzar examinando nuestras vidas, recordando los momentos en que hemos tenido fuertes deseos, revisando cuando hemos tenido necesidades o deficiencias que han motivado deseos de satisfacerlas, como cuando padecemos hambre o sed deseamos alimentos. Son un gran impulso que nos llevan hacia algo, hay un claro acuerdo que nos hace querer salir de la situación. Como cuando yo trabajaba en Nueva York y no podía soportar más mi vida tal como era, entonces tuve el deseo de buscar una fuerte conexión con Dios.

—Entonces, ¿sugieres que la razón por la cual la gente no desea superar el temor a la muerte es porque no entiende suficientemente cómo es que está atrapada por él?”

—Sí, eso creo, Jaou. Yo sé que tú has tenido una experiencia interesante, entonces quizás no necesites explorar esto mucho más. Pero yo no la he tenido, de hecho, considero que mi creencia en una vida más allá no es muy fuerte, es muy variable y tampoco tengo ese deseo fuerte de tenerla. Entonces, probablemente no entiendo bien cómo es que este miedo afecta mi vida. En realidad, no siento que tenga este temor en absoluto, o por lo menos, no estoy consciente de ello.

—John, lo que dices es cierto. Yo estoy convencido de que continuaré existiendo después de que muera físicamente. Me gustaría ayudarte a que tuvieras la misma convicción, pero también yo quisiera llegar a esa certeza por medio del esfuerzo consciente. Por ello quiero acompañarte como si no hubiera tenido aquella experiencia.

John estaba agradecido por la ayuda ofrecida por su amigo. Él sabía por su experiencia pasada que sería grandioso tener esta fe por sí mismo antes de encontrar a Dios.

—Entonces, ¿por dónde comenzamos?

—Rastrear. Bueno, parece que debemos estudiar nuestro propio comportamiento y el de los demás con relación a este temor a la muerte. Tal vez este estudio nos genere un impulso tan fuerte como para lanzarnos en la búsqueda de conquistar ese temor, dijo Jaou sonriendo, exagerando un poco y dándole cierto tono poético a lo que decía.

—Pienso que tienes razón, si inicialmente no sentimos que superar este miedo constituye una gran necesidad, nuestra búsqueda no tendrá la fuerza necesaria para mantener el esfuerzo.

Decidieron dedicar unos días a estudiar cómo la fe afectaba sus vidas y las de los demás. Fueron por la ciudad hablando con los amigos y colegas de Jaou, preguntando a gente en las calles, restaurantes y cada vez que tenían la oportunidad. Observaron, por ejemplo, que quienes afirman que no hay nada después de la muerte, tenían muy poca fe en los demás y muy a menudo, en lo que ellos mismos hacían. Los que le daban una posibilidad a la trascendencia, pero con cierta reservas, eran personas cuidadosas y escépticas en general, personas indecisas que dudaban acerca de todo. Aquellos que “querían” creer, eran personas innovadoras, optimistas, siempre buscando soluciones, pero también tendían a tener apreciables subidas y bajadas de ánimo, algunas veces muy alegres y otras muy cercanos a la depresión.

Finalmente, aquellos que creían en un más allá eran quienes parecían ser los más felices, más energéticos y son los que tenían lo que uno puede llamar una visión saludable y positiva de la vida. No eran muchos y de muy pocos de ellos se puede decir que tienen una confianza fuerte y verdadera. Generalmente, tienen sus momentos de duda.

No encontraron a nadie que dijera estar convencido de que había una vida en el más allá y se basara en su experiencia. No era que no hubiera ninguno, ellos estaban seguros de que existían, sólo que no los habían encontrado.

Una vez hecho este sondeo, los amigos comenzaron a estudiar su propio comportamiento. Aunque ninguno de los dos tenía un particular miedo a la muerte, pudieron deducir que éste está entrelazado con otros miedos, con el miedo de estar enfermo, de envejecer, de no tener las suficientes provisiones o seguridad, de estar atascado o dependiente de otro y así sucesivamente. Concluyeron que la mayoría de las cosas que hacían están relacionadas al miedo de perder algo, que todo lo que habían hecho era para no estar solos, enfermos, abandonados, pobres, sin nada y también para no desaparecer en el gran mundo del olvido.

Todas las relaciones, amorosas o no, fueron para asegurar una buena posición.

Todas las cosas materiales, para aumentar el placer y hacerlo perdurar.

Todos los viajes, para aumentar el conocimiento a fin de vivir por más tiempo y extender el placer.

Todos los diferentes escapes, como embriagarse, para olvidar lo inevitable.

Todo el conocimiento buscado, para moverse mejor y tener la ilusión de un control momentáneo.

Todas las conformidades con las normas establecidas, para no resultar desposeídos o despojados de todo, para no ser vulnerables y morir.

—¡Esto es un asco!, dijo John. ¡Yo no quiero vivir mi vida controlado por este miedo!.

—Yo pienso lo mismo y aunque muchas cosas ya no me molestan, sí me siento muy sometido por este tema.

—¿Qué pasa con la gente, tienen miedo de ellos mismos? Nadie ha regresado y se ha quejado de lo que encontró en el otro lado, la gente generalmente está tranquila cuando muere.

—Tenemos miedo de dejar ir todo lo que sabemos. Recuerdo una vez que entré en un tanque de privación sensorial en donde no veía, escuchaba ni olía nada y yo flotaba en agua que tenía la misma temperatura de mi cuerpo. Esto fue en Nueva York. Se sugería estar relajados e inclusive tener una experiencia fuera del cuerpo. Bueno, yo casi que tuve un viaje, no sabía en dónde estaba, no sentía mi cuerpo, como si todo se estuviera escabullendo de mí. Experimenté claramente el mayor temor a la muerte de toda mi vida.

—Supongo que tenía miedo de perderme de lo que yo soy, de perder a “John”. Creo que todas estas cosas del miedo de perder forman parte de nosotros mismos y por eso no queremos perderlas.

—Observo que si vamos a soltar nuestros “yo-es”, deberíamos tener algo interno a cambio, de lo contrario no los soltaremos.

—Sí, Jaou, ya hemos encontrado eso, es nuestro guía interno, estoy seguro.

—Entonces, lo que se impone es hacer más fuerte su presencia en nuestras vidas.

En la casa de campo de Jaou continuaron el trabajo. Tenían el deseo de superar el

temor a la muerte y querían tener la confianza para poder hacerlo: Debían incrementar ese deseo. Recorrieron una y otra vez sus vidas buscando los momentos en que claramente aparecían atrapados por aquel temor y también cuando quisieron romperlo.

También trabajaron con la meditación, donde cada uno en recogimiento, sentado y en silencio llamó al guía pidiéndole ayuda para incrementar este deseo. Esto lo hicieron algunas noches y también procuraron mantener al guía más presente durante el día, incrementando el contacto con él. Finalmente, cuando el deseo fue real y se expresó con fuerza, decidieron avanzar a la próxima etapa.

Ambos sintieron la presencia del temor una vez que comenzaron a trabajar con la fe. Se sentaron en una postura de meditación y pidieron al guía que les ayudara a aumentar su fe en la posibilidad de alcanzar la inmortalidad. Cuando su fe aumentó, la posibilidad de la existencia de la inmortalidad pareció también aumentar. Coincidieron en que debían dejar ir a su "yo" y con él el miedo de perderlo todo, también, entonces, les pidieron a sus guías que ayudaran a tener fe en que ellos pudieran perder el miedo de dejar ir a ese "yo". Era esencial para ellos fortalecer aún más la relación con el guía para tener algo en qué apoyarse una vez que dejaran ir a su "yo".

Después de varios días e intentos ambos estaban listos para la prueba final: tener la experiencia de morir antes de la muerte.

Sus sesiones comenzaron con la experiencia de paz que Linesh había enseñado a John en Bombay. La hicieron al comienzo de cada sesión cuando trabajaron con el deseo y la fe. Es una manera de disminuir el ruido interno para tener un contacto más cercano con uno mismo, dijo John. Genera una buena condición antes de trabajar con el guía.

Esta vez procedieron de manera diferente. Ahora, en lugar de contraer la esfera cuando ésta en su expansión ha alcanzado los límites del cuerpo, la dejaron salir de éste, se quedaron ahí y llamaron al guía.

Otras veces escucharon la grabación de un capítulo del libro "Humanizar la Tierra" que dice así:

*** "Por el camino interno puedes andar oscurecido o luminoso. Atiende a las dos vías que se abren ante ti.*

"Si dejas que tu ser se lance hacia regiones oscuras, tu cuerpo gana la batalla y él domina. Entonces, brotarán sensaciones y apariencias de espíritus, de fuerzas, de recuerdos. Por allí se desciende más y más. Allí están el Odio, la Venganza, la Extrañeza, la Posesión, los Celos, el Deseo de Permanecer. Si descienes más aún, te invadirá la Frustración, el Resentimiento y todos aquellos ensueños y deseos que han provocado ruina y muerte a la humanidad.

"Si impulsas a tu ser en dirección luminosa, encontrarás resistencia y fatiga a cada paso. Esta fatiga del ascenso tiene culpables. Tu vida pesa, tus recuerdos pesan, tus acciones anteriores impiden el ascenso. Esta escalada es difícil por acción de tu cuerpo que tiende a dominar.

"En los pasos del ascenso se encuentran regiones extrañas de colores puros y de sonidos no conocidos.

"No huyas de la purificación que actúa como el fuego y que horroriza con sus fantasmas.

"Rechaza el sobresalto y el descorazonamiento.

"Rechaza el deseo de huir hacia regiones bajas y oscuras.

"Rechaza el apego a los recuerdos.

“Queda en libertad interior, con indiferencia hacia el ensueño del paisaje, con resolución en el ascenso.

“La luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los mil-colores bajan entre melodías irreconocibles hacia mesetas y praderas cristalinas.

“No temas la presión de la luz que te aleja de su centro, cada vez más fuertemente. Absórbela como si fuera un líquido o un viento porque en ella, ciertamente, está la vida.

“Cuando en la gran cadena montañosa encuentres la ciudad escondida, debes conocer la entrada. Pero esto lo sabrás en el momento en que tu vida sea transformada. Sus enormes murallas están escritas en figuras, están escritas en colores, están ‘sentidas’. En esta ciudad se guarda lo hecho y lo por hacer... Pero a tu ojo interno es opaco lo transparente. ¡Sí, los muros te son impenetrables!

“Toma la Fuerza de la ciudad escondida. Vuelve al mundo de la vida densa, con tu frente y tus manos luminosas.”

Al final de esta experiencia, cada cual con su guía interno, trató de hacer la ruptura, de dejarse ir completamente, de arriesgarse, de saltar hacia lo desconocido.

John sintió muchas veces que estaba llegando a la Ciudad de la Luz, una increíble luz alrededor de él y pensaba que estaba por disolverse en ella.

Aunque le pidió a su guía aumentar su fe, daba marcha atrás antes de la fusión, justo antes de que perdiera el sentido de sí mismo. Todavía estaba asustado, aunque de verdad quería dar el salto. Cuando estaba listo para saltar veía que podría no regresar. Tenía que tomar ese riesgo, debía estar completamente abierto y dejar que las cosas pasaran. Pero no lo hizo.

Jaou, menos asustado, estaba sorprendido de que él tampoco se dejó ir.

Percibieron que previamente debían estar en paz con el pasado para que éste no los retuviera. Esto les hizo trabajar en la reconciliación con sus frustraciones y resentimientos del pasado, basándose en la experiencia de John en el sueño de la nave espacial en Haití.

Juzgaron que estaban más y más reconciliados con el pasado y con eso se sentían mejor, muy bien, pero todavía había algo que les impedía romper la barrera. No estaban frustrados aunque habían dedicado varias semanas a lograr esta experiencia. Aprendieron mucho durante cada sesión y estaban convencidos de que tarde o temprano se arriesgarían.

Entonces sucedió.

No estaban sentados y no estaban en un ejercicio, no, fue algo inesperado y les sucedió a los dos el mismo día y casi al mismo tiempo, pero en circunstancias separadas:

John estaba en su habitación alistándose para la cena a la que se sumarían amigos de Jaou que venían a pasar la noche. Tenían una casa de verano cerca de allí. Cuando buscaba una camisa, inesperadamente presintió que algo iba a suceder, cerró la puerta, apagó la luz y cerró los ojos.

Apenas había cerrado sus ojos sintió esa ráfaga de energía, estaba completamente electrizado, la energía circulaba a través suyo y alrededor de él. Luego, una explosión

de luz y todo estaba brillando en su cabeza, sintió la enorme fuerza de esa energía, suave al mismo tiempo, y le dio gracias a su guía por ello. Supo que éste era el momento de arriesgarse, le pidió a Ramos que estuviera con él y una vez que había llegado al punto en donde sabía que si saltaba podía no regresar, John se arriesgó poniendo toda su vida en las manos de Ramos, en esa energía o en lo que fuera.

En un instante registró esa clase de luz especial fluir por todas partes en forma de una gran columna. Sintió que se volvió parte de esa columna luminosa, que no había diferencia entre su interior y su exterior, se sintió parte de esta energía, él era ella misma.

No había ningún John, solo su ser como parte de esta hermosa luz y él era esa luz, no solo estaba en una habitación, estaba en todas partes, estaba más allá de la habitación. Había colores, sonidos y un dulce olor; después la luz y nada más, excepto una increíble lucidez de conciencia.

Primero, sus emociones regresaron: un fuerte sentimiento de gratitud y una gran alegría que más tarde describió como “si quisiera explotar.”

Finalmente, se volvió consciente de su cuerpo de pié en aquella habitación. Y regresó, agradeciéndole a Ramos por todo ello.

¡Sí! Él hizo la conexión, la mejor manera de describirla es que la conexión se había hecho.

Entonces, esto es lo que había temido, se dijo. ¡Qué absurdo! Ahora mi vida no va a ser la misma, estoy seguro.

Jaou, por su parte, saludó a sus amigos cuando llegaron a comer, habló con ellos un rato y después, sin darse cuenta, pensó que debía ir afuera. Algo en su interior le dijo que lo hiciera.

Pidió disculpas a sus amigos y salió caminando entre los naranjos. No había avanzado mucho cuando escuchó una voz que le dijo: “Cierra los ojos, Jaou”.

Cuando cerró sus ojos le sucedió algo muy similar a lo de John. Jaou también estaba listo, se fusionó con la luz y tuvo una experiencia similar a la anterior, a la accidental. La primera vez no había obtenido la seguridad que ahora tenía.

Cuando Jaou regresó a la sala, John se encontraba allí. Se miraron el uno al otro e inmediatamente reconocieron lo que les había sucedido. Los dos sonrieron abiertamente y permanecieron allí por un corto tiempo hasta cuando se dieron cuenta de que los invitados estaban sintiéndose un poco incómodos, como apartados de estos hombres radiantemente felices.

Comieron con estas personas y ambos, John y Jaou, se concentraron en hacerlos sentir lo mejor posible. Una vez que se fueron, se abrazaron y rieron sin parar. Tarde en la mañana siguiente regresaron a Río, listos para enfrentar el próximo trabajo: el tiempo.

De vuelta en su hotel, John reflexionó acerca de todo lo que había experimentado en las montañas y lo relacionó con lo sucedido desde el momento en que abandonó Nueva York. Concluyó que faltaban algunas cosas para el Gran Encuentro con Dios.

Antes de dormir, John hizo algo inusual. Le escribió una carta a Dios, de la siguiente manera:

Querido Dios:

Quiero escribirte esta pequeña carta porque así me acerco más a ti.

Nunca nos han presentado, pero sé que me conoces porque soy una parte de ti. Y por otra parte, te percibo cerca; en realidad, creo que me estoy acercando a ti cada vez más.

Aunque no te he conocido formalmente, me he maravillado con tu increíble inteligencia, así como por las soluciones elegantes aquí en la Tierra y estoy seguro de que no son menores en otras partes del universo. Puedes comprenderlo todo, aunque claro, eso es algo que va más allá de mí, pero yo no te siento como algo pesado, como una fuerza solemne moviéndose en el universo. En cambio, te siento como una increíble luz, como un plano que se mueve por todos lados y no está atrapado por la materia densa o por las sombras. Yo percibo tu calor, tu delicada consideración y por falta de una palabra mejor, por tu increíble amor. También siento que estás lleno de humor, como si la existencia fuera divertida para ti. Ahora sé por qué te busco, no es únicamente para que "yo" me sienta conectado, o para que "yo" entienda todo, o tener un propósito en mi vida, o perder el temor a la muerte, esos sólo son beneficios para "mí".

No, debo pensar en las otras personas y en todos. Sé que te estoy buscando y entonces te encuentro, me conecto contigo y así puedo ayudar a otros a conectarse a su vez para que redireccionen su existencia, sean verdaderamente humanos, contribuyan con el Proceso y estén en contacto contigo.

Yo libremente y con mucho gusto acepto esta responsabilidad.

Debo admitir que hay muchas, muchas preguntas para las que no tengo respuestas, tales como éstas: ¿Por qué es necesario para nosotros conectarnos contigo para continuar desarrollándonos? ¿Es nuestra parte en tu obra aumentar la conciencia colectiva del universo? Bueno, comprendo que es difícil responder a éstas preguntas en este plano donde estoy y que sería difícil intentar entenderlo antes de conocernos.

Creo que debo conectarme contigo con la ayuda del guía interno y que debo hacerlo cuando me sienta humano. El guía y yo nos debemos fundir, estar el uno con el otro porque debo conectarme contigo desde el centro de mi ser. Con esto digo que a veces complico las cosas un poco. Aún ahora mismo que estoy escribiendo, me pregunto, ¿quién está escribiendo?. Trato de ser lo más honesto, lo más abierto y lo menos exigente que pueda. Simplemente pido un poco de ayuda para saber en dónde situarme cuando haga el intento de "llamar".

Esto me lleva a otra pregunta: ¿si encontrarte a ti es tan difícil para mí, no lo va a ser para los otros? Quiero decir, que no todo el mundo tiene el tiempo ni la energía para dedicarle a esta búsqueda como yo he podido hacerlo. Estoy seguro de que al final me mostrarás un atajo, una manera más simple de experimentarte, que sea fácil y accesible para todos. Probablemente yo estoy haciendo todo esto porque alguno de nosotros debe saber cómo funcionan las cosas en detalle, otros sólo usan las cosas. Acepto esto, o quizás yo estoy todavía tan increíblemente denso que debo recorrer todo eso. Seguramente, la mayoría de la gente encuentra fácil llegar al meollo de las cosas, espero.

A veces siento que eres exactamente lo que pienso que no eres, como un plano que va paralelo a éste pero que a todo le da un sentido, una dirección. Y algunas veces siento que estás en un plano en donde se sintetiza lo que es y lo que no es. ¡No!, esto es muy complicado. Ayúdame a percibir el sitio correcto en dónde encontrarte. Quizá no es más complejo que buscar la luz en mi corazón, con una humilde y cuidadosa búsqueda.

¿Por qué estoy escribiendo esta carta? Siento gratitud por todo lo que ha pasado y estoy muy emocionado porque sé que te encontraré y seré sumergido y penetrado por tu existencia. Todas las cosas que me han sucedido son tan maravillosas y en especial las experiencias de esta semana, que me han dado evidencias de que continuaré

después de la muerte física. Me siento como alguien que ha visto un increíble atardecer y desea comunicar esta visión a otros para que la compartan. Me siento como una persona enamorada que quiere expresarle su amor y aprecio a la otra persona. Y cuando escribo, las cosas se aclaran.

Sí, yo sé que esto es sólo una parte de mí escribiéndole a otra parte de mí, pero tengo la sospecha de que desde ahora en algún plano yo soy parte de ti. Te expreso mi gratitud y deseos de dedicarme a atraer a los demás a un contacto cercano contigo, aunque de una manera u otra también van a llegar. No sé que más decirte, salvo que "tú eres".

C A P Í T U L O 1 4

COMUNICACIÓN

—Agradezco la invitación para compartir con ustedes algunas experiencias sobre el asunto que puede ser el más importante para nosotros los humanos. Deseo hablarles de Dios y acerca de la vida después de la muerte.

Juan comenzó a hablar a una gran audiencia de habitantes de favela. Eran personas de todas las edades, personas pobres, simples. Se encontraban en El Salon Comunitario, citadas por el líder, un pariente del jardinero de Jaou, quien les dijo que un par de buenos hombres deseaban hablarles acerca de asuntos espirituales importantes.

Estos amigos deseaban comunicar sus experiencias a otros antes de ir más adelante con la búsqueda. Deseaban comprobar si la esencia de sus descubrimientos era lo suficientemente clara y sencilla como para que toda persona con una actitud correcta pudiera entenderla y beneficiarse rápidamente sin necesidad de efectuar los estudios y observaciones que ellos hicieron.

Por lo tanto, la favela. Ahí estaban ellos, tan diferentes en antecedentes sociales y en la forma en que la vida los había tratado. Sin embargo, quizá no tan diferentes, pensó John, cuando escuchó la traducción de Jaou de sus propias palabras introductorias. Estoy seguro que ellos tienen las mismas necesidades que yo tenía, pensó, mientras observaba sus caras endurecidas y de ojos inquisitivos, detrás de los cuales residía un espíritu luchador y un corazón honesto.

“Mis queridos amigos, sé, como la mayoría de ustedes, que Dios existe. No puedo decirles qué es Él, pero sí transmitirles cómo lo he experimentado. Siento su presencia aquí en mí y en todos ustedes y quiero comentarles por qué lo busqué, cómo lo encontré, qué es lo que pienso que podemos hacer para lograr que sea parte de nuestras vidas y por qué le considero importante para nosotros.

“No pretendo que mi versión de Dios sea la única verdadera, ni que la manera como yo lo hallé sirva de modelo para otros. Pero estoy seguro de que aquellos que lo deseen y estén listos para escuchar lo que voy a decir, pueden hacer uso de ello.

“Yo vivía la vida de un ejecutivo exitoso. Tuve las cosas que los comerciales de televisión nos dicen que nos harán felices, pero me sentía vacío, solo; quería que mi vida tuviera un sentido, sentirme vivo, sentirme feliz. De manera que me fui en esa búsqueda y encontré que podía obtener eso conectándome con una parte de mí que es sabia, fuerte y buena, y a la que llamo guía interno. Todos tenemos un guía interno en nosotros y hoy quiero compartir con ustedes una experiencia que podemos hacer para tener contacto y comunicación con ese guía.

“También llegué a la conclusión de que mi felicidad depende, efectivamente, de la manera en que trato a las otras personas. Especialmente si procuro hacer algo por ellos sin esperar nada a cambio, ayudando a calmar su dolor y sufrimiento. Para ello debía desplazar mi violencia interna y la de mí medio, empezar a ser un verdadero ser humano, sin imponer mis deseos o pensamientos, sin negarles a otros su derecho a existir, tanto como yo quería existir. Por todo esto yo no necesitaba a Dios.

“Me pregunté a mí mismo: ¿Por qué continuaba en esta búsqueda?, ¿por qué quería entender la existencia?, ¿por qué estaba aquí?, ¿cómo vino todo esto?, ¿adónde iba todo? Quería estar conectado permanentemente con esta gran fuerza de amabilidad e inteligencia que yo sospechaba nos reunía a todos.

“Creía que esa era la razón por la que seguía buscándolo. Pero no era por eso.

“Ahora lo sé: yo continué la busca porque era mi destino encontrarlo, como lo es el de todo ser humano. Es nuestro destino hacer que este planeta sea más humano, porque el Dios que conozco es el Dios de los humanos, no de los subhumanos.

“La violencia, la pobreza, la injusticia y la falta de respeto por el ser humano, son de subhumanos.

“El Dios que conozco no arreglará esas cosas, es nuestra tarea arreglarlas.

“El Dios que conozco no es el que tiene metida su nariz en cada uno de nuestros quehaceres diarios. Es un Dios que nos respeta y considera que hemos crecido y que somos capaces de hacernos cargo de nuestras vidas.

“Pero el Dios que yo conozco está siempre allí y su presencia nos dará fuerza en cada una de las cosas que realicemos y cada cosa que hagamos tendrá significado, porque estamos cumpliendo con el plan de hacer que nuestro mundo y nosotros mismos seamos más humanos.

“El Dios que conozco no es castigador, es amable como una suave brisa de verano que entrelaza todas las intenciones del universo, al hombre y lo demás.

“Si la esencia del ser humano es ser libre, el Dios de los humanos no será atrapado o condicionado a aparecer a nuestro antojo. De manera que en la medida en que nosotros sintamos y respetemos los deseos de los demás y la opinión de los otros, no importa quiénes sean, estamos ejercitando una actitud que nos ayudará a efectuar una conexión más profunda con Dios.

“¿Y cómo nos conectamos con Él?

“Seguramente hay muchas, muchas maneras de hacerlo.

“Tengo la certeza de que hay que tener la actitud correcta cuando queramos alcanzarlo.

“No puedo decirles exactamente lo que es, lo que sí puedo transmitirles es que es conveniente pensar que resulta fácil conectarse, que no es difícil, porque él quiere conectarse contigo. Y tú no eres algo insignificante, indigno, indeseable. Por el contrario, dentro de nosotros existe un gran ser que espera el momento de romper la esclavitud que hemos mantenido, escuchando las voces inútiles del sistema inhumano en que vivimos.

“También encontré que cada uno debe componer su propio poema espontáneo a Dios, para decirle con toda honestidad qué es lo que hay en su corazón, cómo se siente respecto a Él, cómo se siente respecto a sí mismo cuando quiere conectarse con Él.

“Estoy seguro de que es útil tener fe en que lo va a lograr, una vez que haya dado con la nota correcta que armonice con la música de Dios. Y mientras esté tratando de tocar esa nota, debo ser paciente y obrar con el mayor de los cuidados.

John se detuvo por un momento, estimando la situación de la gente.

“Yo sé que sus vidas son difíciles, que el futuro no es muy prometedor, que hay cosas inmediatas por las que preocuparse, tales como trabajo, comida, protección, educación, medicina y enfrentar la gran inseguridad personal. Seguramente tienen que ocuparse de estas cosas, pero el estar conectados a Dios hará que ustedes sean una fuerza y confíen más en los demás. Verán que es mejor trabajar unidos y tratar de solucionar las cosas de nuestra casa, nuestro planeta. Se trataría de encaminarnos a construir un mejor hogar humano. Obviamente comenzando por solucionar los problemas inmediatos.

“Ahora me gustará compartir con ustedes la experiencia que creo van a encontrar

de utilidad en la vida diaria y en la búsqueda de Dios. Como les mencioné, yo la llamo la experiencia del guía interno o de contacto con la mejor parte de uno mismo”.

Después de que se realizó la experiencia, John percibió que algunos habían experimentado algo importante en sus vidas, entonces continuó:

“Ahora, quiero proponer otra experiencia muy corta que ustedes pueden seguir por sí mismos y repetirla frecuentemente cómo y cuándo quieran, especialmente al tratar de encontrar a Dios.

“Pregúntense a sí mismos, con los ojos cerrados:

“¿Es importante para mí y para los demás que yo encuentre a Dios?, y esperen una respuesta dentro de sí mismos.

“¿Quiero conectarme con Dios?, y esperen una respuesta.

“¿Tengo fe que puedo conectarme con Dios?, y esperen una respuesta.

“Si ustedes creen fuertemente que pueden hacer la conexión, entonces algo se conectará con ustedes.

“Llévenles este sentimiento a otros y díganles cómo lo consiguieron para que ellos también lo hagan y nos ayuden a hacer un mundo humano digno de nuestro Dios”.

John había llegado claramente al público a pesar de la traducción. Continuó Jaou, quien le sugirió a la gente que se tomara un pequeño descanso. Era evidente, por la forma como las personas se trataban que algo había sucedido. Los asistentes se veían más contentos, algunos reflexivos y otros vivían la alegría de sus vidas. Había una sensación de optimismo en el aire y por lo que John escuchó, la gente no estaba hablando únicamente acerca de su charla, sino de diferentes proyectos que necesitaban hacer en la favela.

“Yo no voy a hablar tanto ni tan elocuentemente como mi amigo John. Me gustaría hablarles de nuestro futuro”, dijo Jaou, y la audiencia escuchó cada una de sus palabras. Sonaba que se expresara en portugués agregando una que otra palabra de la jerga local de este barrio de chabolas. Eso sí, conservando su acicalada apariencia.

“Hace aproximadamente un año yo morí. Estuve clínicamente muerto por un rato. Durante ese tiempo breve conocí cómo era el otro lado y cuando regresé, mi vida cambió completamente. Me volví más optimista y tengo menos miedo de muchas cosas. Algunas cosas dejaron de ser importantes, tal como adquirir toda clase de objetos o preocuparme por lo que la gente piense de mí. Otras, en cambio, se volvieron más importantes, como tener paz en mi mente, ser honesto conmigo mismo y con los demás, tener relaciones cercanas y significativas con la gente.... Pero yo quería entender mejor esta experiencia, quería saber si la podía repetir, no por accidente sino fruto de un esfuerzo consciente. Entonces, mi amigo John y yo nos propusimos comprobar si esto se podía hacer. Nosotros no queríamos que nuestra vida estuviera controlada por el miedo a la muerte, y lo estaba. Sabíamos lo importante que era para nuestra existencia diaria que pudiéramos proyectarnos en el futuro para ser capaces de creer que va a ser emocionante y lleno de promesas, lo cual no es posible si pensamos que la muerte es nuestro fin último, porque entonces solo habrá oscuridad y vacío.

“Y queríamos apreciar que lo que hicimos importa, que nuestras vidas eran significativas y que si todo termina con la muerte, nada de lo que hacemos importa. Esta conversación ahora sólo tiene sentido porque creemos que continuaremos más allá de este día y si aprendemos algo hoy es por que podremos usarlo mañana. Entonces, caímos en cuenta cómo este miedo a la muerte afectaba todo en nuestras vidas y de ahí creció nuestro deseo de deshacernos de él. Fortalecimos nuestra fe en

que sí lo podíamos lograr e intentamos conectarnos con el otro lado. Eso fue lo que hicimos.

“Puedo decirles ahora, amigos, que estoy completamente convencido de que continuaremos la existencia más allá de la muerte física y que todo el que quiera experimentar esto por sí mismo lo puede hacer, a su propia manera. También les puedo decir que aunque ello no se experimente vivencialmente -para que la vida posterior esté basada en una convicción inamovible-, igual resulta útil para todos creer firmemente que continuaremos más allá de la muerte física, sin importar cuál sea nuestra versión particular de esa continuidad.

“También pienso que nada malo nos pasará a los presentes una vez que la muerte física suceda. Tener o no tener fe en esa vida eterna afecta nuestras vidas, mientras más fuerte sea, más sentido tendremos, menos sufrimiento y nuestra vida será mejor.

“Mi vida cambió mucho después de aquella primera experiencia de la muerte clínica, aunque luego de esta experiencia todo era más intencional y mi vida más plena. Estoy lleno de optimismo y todo me parece posible. Esta es la cosa más importante que me ha ocurrido. Espero que puedan creer con más fuerza en que van a continuar existiendo después de la muerte. De esta manera van a aumentar su fe en el futuro, en los demás y en ustedes mismos. Esta actitud les ayudará a solucionar las cosas de la vida diaria y a hacer su vida más satisfactoria y agradable”.

Después de la charla, había muchas preguntas, tales como: ¿Por qué una persona como usted, fuerte y en una buena posición puede tener miedo a la muerte? A lo que Jaou contestó que ni él ni John pensaban que tenían temor a morir, pero descubrieron que ese miedo existía en ellos y en todos, escondiéndose detrás de lo que hacían. La gente reflexionó mucho en eso, pero al parecer muy pocos admitieron que padecían ese miedo. Eran personas fuertes, no de las que admiten inmediata y públicamente sus miedos más profundos, o ni siquiera los percibían allí en ese lugar.

Otros querían saber exactamente cómo deberían hacer para atraer la experiencia de la trascendencia.

Escucharon atentamente y algunos tomaban notas.

Jaou terminó con las preguntas agradeciendo a la gente por haberlos invitado y diciendo que quería hacer hincapié en que tener fe en la vida eterna era algo que todos podían tener siempre y cuando lo desearan. Y era muy comprensible que todos contaran con la posibilidad de tener esa fe, porque después de todo, todos tenemos la intuición de ella; algunos muy fuerte, otros débil. Piensen que el futuro nos tiene guardada una existencia continua que no se detiene con este fenómeno de transición que nosotros llamamos muerte.

Camino al automóvil, caminando por una calle estrecha con el líder de la comunidad y con otros que les acompañaban, John y Jaou fueron llamados a hablar con una mujer que estaba sentada en la entrada de su casa. Ella los invitó a todos a sentarse a su lado.

En un comienzo John vaciló un poco, pero pensó ¿por qué no? Siempre sale algo interesante de estos hechos inesperados.

—Escuché que dieron una charla interesante. Yo no pude ir porque uno de mis hijos está enfermo, dijo la mujer. ¿De qué se trató en la charla?

—Bueno, yo hablé acerca de Dios y él habló acerca de la inmortalidad, dijo John.

—Bueno, son temas interesantes. Yo creo que sin Dios la vida está vacía. Yo siempre le hablo, quiero decir, nunca le he conocido, pero estoy segura de que existe. Él está en todas partes, está en usted y en mí. Sí, yo le pido que me ayude a conseguir el

dinero para pagar los libros que mis hijos necesitan para el colegio, o especialmente ahora que estoy sin trabajo. Usted sabe que yo quisiera trabajar pero no puedo, acabo de tener mi segunda operación de los riñones. Es por eso que me estoy tomando esta sopa, dicen que es buena para mi riñón. ¿Quiere un poco?

John quería decirle a la mujer algo acerca de Dios, pero ¿cómo le iba a ayudar a sus riñones si encontraba a Dios? ¿Cómo iba a pagar la comida, la ropa de los niños, los libros? Ella tenía nueve hijos y se las había arreglado para enviarlos a todos al colegio y no estaba desesperada, en absoluto, a pesar de sus dificultades.

—Bueno, todo es difícil, la vida es dura aquí y no mejora con los políticos robando a la gente la poca esperanza que tienen.

—Señora, ¿quisiera saber cómo creo que Dios le puede ayudar?

—Bueno, si le parece que puede hacer eso, por supuesto que lo escucho.

—Yo estoy tan convencido como usted de que hay una gran fuerza dentro de nosotros. Algunos la llaman Dios, yo la llamo mi guía interno. Este guía está siempre con nosotros y es fácil de alcanzar, si lo queremos, porque es una parte de nosotros. Él es uno mismo, no el “normal”, sino el que aparece cuando somos sabios, fuertes y bondadosos. Él es muy poderoso.

—Su guía puede ayudarla con su enfermedad, a conseguir un trabajo, a encontrar soluciones para mantener a sus hijos en el colegio.

—Hay otro Dios, un Dios mayor que no se ocupa de nuestros quehaceres diarios. De esos tenemos que ocuparnos nosotros mismos con la ayuda de otros humanos.

—Ese Dios es muy importante y también siempre está ahí, pero quizás sólo aparece cuando no lo necesitamos para nuestros quehaceres diarios, probablemente se presente cuando estemos trabajando para hacer nuestro mundo más humano, haciéndonos nosotros mismos más humanos. Cuando verdaderamente necesitemos entender por qué estamos aquí, o deseemos sentir que somos parte importante de la humanidad, cuando necesitamos dotar a nuestras vidas de un fuerte sentido.

—Señora, usted es una mujer muy fuerte y espiritual. Ha mostrado una gran tenacidad en criar a sus hijos a pesar de su enfermedad. Merece que su Dios interno la ayude todo el tiempo y será capaz de encontrar ese otro Dios si lo desea.

—El señor Méndez, de la organización de la comunidad, le ayudará a encontrar a su guía interno, porque él sabe cómo hacerlo y estoy seguro de que las cosas serán más fáciles para usted en esta comunidad. Hay muchos que han decidido que ya es hora de asumir la responsabilidad de hacer de este mundo un lugar mejor para vivir. Y eso la incluye a usted, señora.

La mujer quedó conmovida. Al despedirse besó a John. Otra mujer y Méndez se quedaron atrás hablando con ella.

En el camino de vuelta a Barra de Tijuca, los amigos hablaron acerca de la experiencia realizada.

—Como para pensarlo: hablar de Dios a la gente de la favela y verlo como si fuera la cosa más normal del mundo...

—Muchas cosas extrañas me han pasado en este viaje, Jaou, pero nunca me hubiera imaginado en Nueva York haciendo lo que hicimos hoy.

“Para mí esto también fue algo único”, dijo Jaou. Es decir, yo he dado algunas charlas de negocios, aunque no muchas, y por supuesto cuenta lo que aprendí en la universidad. Pero pensar en ir a una favela y dar una charla... Yo, que para ellos probablemente soy el explotador, o lo sigo siendo, nunca lo hubiera siquiera soñado. Pero esto fue grandioso, me alegró y deduzco que fue útil para la gente. Grandes personas, ¿verdad?”

Jaou y John decidieron que esto debería repetirse. Si fue útil en una favela, ¿por qué no en otra? ¿Y qué tal resultaría en otros segmentos de la sociedad? Y no solo dar ellos

las charlas sino que otros también lo hagan. Cuando llegaron al hotel de John ya habían imaginado un vasto movimiento social y cultural en todo Brasil y estaban muy emocionados, riendo con entusiasmo.

En la noche, John y Jaou fueron a una exposición de pintura organizada por un amigo. Habían estado viviendo como monjes durante un tiempo y pensaron que podría ser interesante ser “normales”, por lo menos por unas horas. También resultaría gracioso estar en este segmento de la sociedad del que ambos provenían, para apreciarla desde la nueva situación.

John nunca había estado profundamente “dentro” de la escena cultural, no sabía en realidad si alguien lo estaba, excepto los artistas mismos. Esa noche decidió que quería ver al arte desde otra perspectiva. Antes de que la exposición se inaugurara, un cuarteto tocó algo de música clásica. John la escuchó con atención y trató de reconocer lo que el compositor había tratado de decir con su música y también quiso descifrar los pensamientos y sentimientos de los músicos. ¡Era hermoso! Estaba convencido de haberse situado exactamente allí, en la mente del compositor, en el alma de los músicos.

También observó cómo los músicos afinaban los instrumentos. Primero una afinación gruesa y después una fina y delicada.

Tal vez es eso, precisamente, lo que tengo que hacer para tocar la nota correcta, la que resuena con Dios: debo afinar mi instrumento, a mi “yo”.

Soy aún como el músico que practica una y otra vez y algunas veces da con el tono correcto. Entonces, lo que necesito es saber exactamente cuál es el tono y producirlo.

Cuando miraba las pinturas trató de verlas desde el punto de vista del autor, buscando descubrir lo que sintió o pensó al plasmarlas. Así se sintió más cerca de las obras y del artista. Se preguntaba: ¿para qué es todo este arte o el arte en general? Para algunos es una expresión de estados de ánimo o traducción de una carencia del autor, para otros sólo son elementos de decoración o simplemente algo divertido. Quizá el arte tenga como sentido capacitar a las personas para que sean más sensibles y posiblemente mejores, un estímulo para ser útiles a la sociedad. También es otra manera de ganar dinero. Creo que el arte es más que todo eso, pensó John. Nos lleva a explorar espacios mentales que normalmente no visitamos porque no son muy prácticos para la vida diaria. La especulación filosófica y ciertos ambientes espirituales hacen esto mismo. Probablemente la función fundamental del artista es producir algo que abra nuevos canales en ellos mismos y en los demás, que probarán su utilidad más adelante cuando la gente se interese en hacer cosas aparentemente “no prácticas”, como sería buscar a su Dios. ¿Quién sabe? Pero lo que sí es cierto es que no se encuentra a Dios en esos espacios mentales relacionados con la búsqueda de dinero. El caso es que el arte puede preparar a la gente para apreciar la utilidad de lo inútil.

—No te imaginas lo que me sucedió, John—, exclamó Jaou cuando salieron de la exposición. Conocí una mujer hermosa que coqueteaba conmigo como no puedes ni imaginarte y todo lo que pude hacer fue contarle de la mujer de la favela con sus nueve niños. Inmediatamente su sonrisa coqueta se desvaneció en una expresión de culpa y de horror, como si yo hubiera vivido en una colonia de leprosos, ¡la hubieras visto!

John se imaginó la situación y rieron a carcajadas.

Era hora de enfrentar el tema del tiempo.

—Está claro, Jaou—, dijo John en casa de éste al otro día. Cuando hemos tenido experiencias importantes, hemos observado que el tiempo en ellas ha transcurrido de manera muy diferente a como lo captamos normalmente. Por falta de una mejor palabra, digamos que es un tiempo eterno porque no hay claras distinciones entre pasado, presente y futuro.

—Y no somos los únicos que llegamos a eso—, dijo Jaou. Todos los casos similares al

nuestro también mencionan este tiempo eterno.

—¿Pero por qué pasa eso?—, dijo John. Pienso en mis experiencias con Dios, con todo lo limitadas que son, y las he vivido como si sucedieran en un plano que no está atrapado en ningún lado y sólo se mueve a través de diferentes formas. Es como el plano que conectaría todas las intenciones humanas.

—Y eso no es lo que me pasa normalmente. Lo normal es que me quedo atrapado por pensamientos y sentimientos, sean del pasado, del presente o del futuro. Me obsesiono con las cosas, las personas y el medio, y quedan en evidencia mis deseos, ¡qué lata! Cuando son fuertes no puedo ver otra cosa que eso, se trate de una comida, un objeto, ni qué decir, de una mujer.

—Yo también me quedo atascado en los sentimientos—, dijo Jaou. Realmente me dejo atrapar por emociones y me toma un buen rato salir de allí. O igualmente por preocupaciones, tensiones y esas cosas.

—Y también cuando uno se siente enfermo o cansado—, agregó John. Entonces es como si existiera solamente el cuerpo..

—¿Sabes qué opino? Que mientras más “adentro” de nuestro cuerpo estemos ubicados, vamos a ser más llevados por él, estaremos más atrapados. Quiero decir que cuando tenemos hambre o sed, eso es en todo lo que podemos pensar, igual que cuando tenemos un fuerte deseo metido en nuestro cuerpo, o emociones o tensiones. ¿Estás de acuerdo?

—Seguro—, dijo Jaou. Entonces, sucede normalmente que el tiempo en vez de fluir libremente y sin estorbo en nosotros, libre de esclavitud, eternamente, queda atrapado y en vez de vivir, muere.

—Bueno, lo que quiero decir es que mientras más hipnotizados estemos, mayor cantidad de tiempo quedará atrapado en el cuerpo, trozos de cosas del pasado, del presente o del futuro.

—Difícil saber cómo podemos funcionar en la vida diaria con el tiempo eterno—, dijo John. Una vez que nos relacionamos con la gente o hacemos algo tenemos que concentrarnos en el presente, consultar el pasado y dirigirnos al futuro. Y si Dios está en ese plano eterno, supongo que esto significará que será difícil encontrar su fuerte presencia en nuestros esfuerzos diarios. Sin embargo, pienso que puedo estar o más cerca de ese plano o muy lejos de él. Por ejemplo, cuando no impongo mi voluntad a los demás me siento más humano, más cercano a ese plano. Cuando no quedo atrapado por las ilusiones externas o internas, por mis miedos y deseos, entonces soy más libre, es decir, estoy más cerca de ese plano”.

—Sí, John, además, pienso que hay acciones que son más duraderas que otras. Las acciones rutinarias de todos los días, tales como ducharnos, ir al trabajo, comer, ver televisión, hablar mecánicamente con los demás acerca de cosas sin importancia, todas estas acciones sólo tienen un corto término de vida. En general, las acciones que terminan en nosotros mismos parecen ser vividas cortamente, escasamente, pero aquellas que se hacen por otros parecen continuar en el tiempo. Por ejemplo, hoy hicimos algo por esta gente, pensamos que era lo correcto y teníamos nuestro corazón en la acción, fuimos un todo y lo hicimos por ellos. Ahora, algunos de ellos van a “echar a rodar la bola” y esa acción va a continuar. Entonces, estas fuertes acciones unificadoras de las que hablabas parecen acercarnos a ese tiempo sin límite.

—Observo que entre más lúcido y alerta esté, el transcurso del tiempo es más lento; el tiempo pasa más despacio—, dijo John. Y mientras más distraído esté, transcurre más rápido; es decir, cuando estoy soñoliento, pongo la cabeza en la almohada y me duermo. Después, lo único que sé es que desperté, haya dormido un minuto o seis o siete horas. Recuerdo el caso de conducir por una carretera que conocía muy bien;

entonces, antes de que me diera cuenta llegaba a destino, era casi como caminar durmiendo o en este caso “conducir dormido”. Efectivamente, mientras más alerta esté más cerca estaré de Dios.

—Resumiendo lo que hemos visto —dijo Jaou—, diría que si queremos estar cerca de Dios debemos comenzar a aproximarnos a ese tiempo ilimitado y esto lo podemos hacer con acciones válidas, sin utilizar violencia con los demás ni con nosotros mismos. Tendríamos que ejercitar nuestra humanidad, evitar ser llevados por la gente, las cosas, los pensamientos, las emociones, las tensiones, los deseos o los miedos. Sería del caso practicar acciones unitivas que no mueran en nosotros mismos. Sin olvidar tratar de ser conscientes de nosotros mismos y de nuestro alrededor, o más despiertos, según los antiguos maestros.

—Si, Jaou, estoy de acuerdo con lo que dices. Añadiría que debemos observar cómo el pasado, el presente y el futuro están entrelazados en todo. Como cuando uno ve una carretera y puede apreciar en ella las intenciones de los que la construyeron, del futuro que imaginaron, pero también vemos en ella su pasado.

—En fin, ya tenemos algo para comenzar a estudiar este fenómeno tan complicado llamado tiempo. Si sólo recordáramos estas consideraciones en el diario vivir ya estaríamos en buen camino.

Los amigos se rieron y se despidieron. John partía al día siguiente para Argentina y debía hacer algunas llamadas y alistarse para el viaje. Jaou se encontraría con él en Nueva York en pocos días más.

Pero en vez de ir directamente al hotel, John decidió conducir por el campo. Quería caminar un poco, estar solo, hablar con su guía, tal vez hasta con Dios.

Estacionó el vehículo cerca de una pequeña tienda del camino de tierra y le pidió a un niño que lo cuidara.

Caminó casi una hora por ese hermoso lugar de Brasil, con gentes, autos y motos en la calle. Las tierras de las fincas con verduras y árboles frutales detrás de las casas coloridas, en medio de vacas, cerdos, caballos y gallinas.

Se sintió bien mientras saludaba a la gente. Se sentó en una gran piedra para descansar y observar a la gente y los alrededores y quizá para hacer algún contacto. Pensó que en cada uno hay una intención humana y ésta es libertad. No respetar la intención de otros es no respetar a Dios y bloquearla es aislar a Dios de sus vidas. ¡Oh, Ramos, hazme recordar que no debo imponer mi voluntad sobre los demás, cueste lo que cueste!

Observó a una fuerte mujer cargando un pesado balde de agua con su pequeño, de probablemente dos años de edad, caminando detrás de ella. John imaginó que en pocos años el pequeño cargará el agua para su madre, tal como vio hacerlo. En determinado momento ella se detuvo para descansar y el niño intentó en vano levantar el balde, advirtiéndole ya el impulso del futuro que le espera.

Un hombre viejo pasó por allí, todo torcido y encorvado. En su futuro se veía la presencia de la muerte con la liberación de su gastado cuerpo y de ese camino cada vez más difícil de andar. Tras suyo, sus hijos y nietos con sus rasgos, su sabiduría, anhelos y ejemplo.

John agradeció este momento de comprensión. Cerró los ojos y reflexionó en las ideas del tiempo. Sintió necesidad de conectarse allí mismo con el plano eterno, con Dios.

Se sintió más y más alerta y feliz, como si no tuviera una sola preocupación en el

mundo. Pero no se estaba conectando con su Dios. Entonces recordó que Dios es como un superhumano y si uno no puede condicionar la respuesta de los humanos, con mayor razón no puede presionar a Dios para que se conecte con uno. De manera que John reforzó su deseo de conectarse y se abrió completamente para que ello fuera posible, como si no le importara si sucedía o no.

Pero entonces sucedió. Experimentó que estaba en ese plano que conecta a todos los humanos con su centro, sintió que estaba creciendo y que había energía a su alrededor y una gran lucidez en su interior. Cuando abrió los ojos las cosas se veían diferentes, eran más nítidas y notó cada detalle. Observó un grupo de vacas pastando y desplazándose, observó puntualmente cada músculo moviéndose cuando mordían el pasto, inclusive divisó cada hoja de pasto entrando en sus bocas y la saliva chorreando.

Contempló a un ternero yendo perezosamente hacia su madre, molesto por la picazón de las moscas, y cómo ella lo lamió lentamente hasta que se tranquilizó. Era como si todo lo que veía ya lo hubiera visto antes de que pasara.

Qué perfecto es este plan, pensó John: La vaca necesita la sal, entonces lame el sudor de la piel del ternero. No es una cuestión de amor materno, simplemente la sal necesaria.

Le pareció comprender las intenciones de las personas que pasaban por ahí en bicicleta o caminando.

Una vez más, todo era perfecto como en Haití, y sintió la dificultad para definir la comprensión que tenía. La única diferencia con lo de Haití era que ahora estaba seguro de que podía acercarse al plano temporal de Dios en la vida diaria. Al regreso notó las cosas de diferente manera a como las percibió solo una hora atrás: los colores eran más brillantes, los objetos estaban separados y más nítidos; reconoció muchas cosas que no había visto antes: formas y tamaños diferentes de árboles, etc. y distinguió también aspectos diferentes en la misma gente. Su conciencia en ese momento percibía más ampliamente, abarcaba más cosas. Lo asombroso es que podía ver todas las entidades separadas, diferenciadas, en su entorno a una velocidad increíble. Esta expansión de la conciencia iba acompañada por una increíble emoción de liviandad y una sensación de satisfacción duró más o menos veinte minutos y no se necesitó ningún esfuerzo para mantenerlo. Después, lentamente desapareció, los objetos se acercaron el uno al otro, los colores se apagaron y las formas resultaron borrosas.

Pensó en lo positivo de toda esa experiencia cuando volvía a Río. Lo que había experimentado hoy, seguramente lo podía revivir en muchas ocasiones mientras aprendía "a sintonizarse" mejor.

C A P Í T U L O 1 5

LA CANCIÓN

—Dios, Jesús y el Espíritu Santo. ¿No es un poco difícil decidir a quién le vas a rezar?
—. Una vez más, John estaba sentado al lado de un practicante religioso en el avión. Esta vez era un argentino de unos treinta años.

—No, porque yo le rezo a Dios. Cuando yo era pequeño le pregunté a un sacerdote acerca de la santísima trinidad y él me dijo que no entendía eso, y que tampoco ninguno que él conociera en la iglesia. Entonces me pareció que si los que dedican todo su tiempo a tratar de entender esto no pueden, ¿cómo podría hacerlo yo? De modo que lo mejor era no preocuparme acerca de algo que en todo caso no se puede entender. Desde entonces sólo le rezo a Dios.

—¿Quiere decir que reza a alguien allá afuera en el espacio, al Creador?.

—No, yo le rezo a Jesús, creo. Dios es un poco más lejano, Jesús está más cerca y puedo ver una imagen de él. Bueno, él fue enviado aquí para nosotros y es parecido a nosotros, entonces yo le rezo a él.

John dudó si debía seguir entrometiéndose en las creencias de esta persona. Meditó en lo que le hubiera gustado hacer si él fuera este joven. Y también pensó que estaba en todo su derecho de discutir las creencias de las personas, estimularlos un poco, siempre y cuando respetara los puntos de vista y fuera cuidadoso en la manera de presentar el tema.

—Cuénteme, Daniel (ya se habían presentado, pero nada más), ¿cree posible que Jesús sea alguien que no esté fuera de Ud. mismo, pero que represente una muy fuerte y poderosa parte suya?

Silencio.

—Nunca he pensado en eso. No, no creo que sea yo. Lo siento fuera de mí y tengo la sensación de que él está ahí.

—Bueno, Daniel, hay muchas cosas que vemos dentro de nosotros, pero que sentimos que están afuera.

—¿Ve esa hermosa azafata?—, dijo John y señaló a una de ellas.

—Quién puede evitarlo, dijo Daniel sonriendo.

—Ahora, cierre los ojos y trate de “verla”.

—Sí, puedo verla en mi mente.

—Bien, ¿siente que está ahí?”

—Sí, yo sé que ella está ahí en algún lado.

—Ahora abra sus ojos y míreme. Vuelva a cerrarlos, ¿me puede “ver”?

—Sí, yo sé que usted está ahí.

—¿Puede sentir donde estoy?

—Sí, por supuesto, justo a mi lado.

—Pero yo estoy sólo en su mente, ¿cierto?

Daniel abrió sus ojos y una expresión de comprensión se dibujó en su cara.

—Sí, pero cuando en realidad necesité ayuda o estaba agradecido yo sentí alguna clase de energía a mí alrededor. No me diga que eso era yo.

—Probablemente sí. Lo que nos mueve es una suerte de fuerza de la vida o energía vital. ¿Ha visto alguna vez un cadáver? El “recipiente” está ahí pero la vida ha dejado el cuerpo, la energía vital se ha ido.

—Entonces, ¿a dónde va esa energía?

—Seguramente a un buen lugar. Sería muy interesante saber con exactitud qué pasa cuando la energía abandona el cuerpo, entonces uno no temería a la muerte. Pero esto es completamente otra historia. Volvamos a la energía que usted siente cuando

reza realmente.

Esta energía está dentro de nosotros y algunas veces la sentimos alrededor de nosotros, como cuando estamos asustados. Por ejemplo, ¿alguna vez ha caminado solo en la noche y ha sentido que hay algo detrás de usted, tal vez en un cementerio? Bueno, quizá se asustó, comenzó a correr y sintió que algo lo seguía, ¿pudo percibir entonces una energía cercana pegada al cuerpo?.

Daniel sacudió su cabeza indicando claramente que había vivido esa experiencia.

—Bueno, imagínese que en su interior hay una fuente muy poderosa, un “usted” sabio y bueno, lo mejor de su yo. Esa parte de usted se manifiesta por sí misma en diferentes formas, como una voz que escuchamos, como una imagen, inclusive podemos sentirla como una fuerza, una energía alrededor nuestro o una presencia cerca de nosotros.

—Cuando rezamos le estamos hablando a esa otra parte nuestra, del mismo modo que a menudo le hablamos a otras partes de nosotros mismos. ¿No hace eso?

—Claro, igual que todo el mundo.

—La gente llama a la mejor parte de sí de diferentes maneras. Cuando niños hemos tenido conversaciones con el amigo imaginario, y los más crecidos nos decían que sólo nos estábamos imaginando cosas. Así sellamos esta parte en nuestro interior, hasta que realmente la necesitáramos. Luego la volvimos a llamar, pero con nombres diferentes.

—Algunos lo llamamos Jesús, otros Buda, otros Alá. Otros le ponen el nombre de su abuela, quien era muy sabia y buena, y otros le dan un nombre completamente ficticio.

—Podría preguntarse: ¿Qué importa si en realidad es Jesús o si es una parte de nosotros mismos?

—Le contaré mi propia experiencia. Desde que era pequeño hasta que crecí, también le recé a Jesús, como me lo había enseñado mi abuela, precisamente. Pero como sentía que él estaba fuera de mí, nunca tuve la seguridad de que me escuchara, de que me prestara atención.

—Es cierto, siempre hay esa duda— dijo Daniel.

—Y también le tenía un poco de miedo.

—Sí, creo que yo también— agregó Daniel.

—Ahora, después de haberme dado cuenta que tengo esta parte tan poderosa dentro de mí, estoy seguro de que él me escucha y no le temo. Ésa es la gran diferencia.

—Por supuesto que con todo esto no estoy diciendo que no haya otro Dios. Creo firmemente que sí lo hay, pero está reservado para cosas mayores, como el sentido de la vida, el porqué estamos aquí, lo que se supone debemos hacer, y en fin, para poder explicar de qué se trata este gran espectáculo.

—Pero podría serle muy útil tener su Dios, su guía interno más cerca para tomar contacto y tenerlo en todo momento—, agregó John en forma muy suave porque no pretendía desmoronar las creencias de este joven aparentemente honrado.

—¿Usted sabe cómo llamar a este guía interno?

John le dijo que él sabía, y le dio el nombre y número de teléfono de su hotel en Buenos Aires y quedaron de encontrarse al día siguiente.

Antes de que John partiera de Río, llamó a sus amigos de Asia. Ellos habían estado practicando lo que él había experimentado, por lo que supuso que deberían estar en

sintonía. Les contó de la experiencia en la favela y les sugirió que si ellos tenían la oportunidad de hacerlo, que lo intentaran en sus propios países. Hablarle a su propia gente acerca de lo que es importante para ellos, verdadero para sus vidas. A todos les gustó la idea y John estaba muy contento porque se iban a encontrar con él en Nueva York en unos días más.

El taxista que llevó a John del aeropuerto de Ezeiza a su hotel en el centro de Buenos Aires, era un verdadero filósofo, como todos los taxistas de las grandes ciudades.

—Fijáte, che, que antes todos podíamos comprar carne y una botella de vino para la familia, aún cuando teníamos una inflación galopante. Ahora la gente no tiene trabajo y los que lo tienen no tienen tiempo de disfrutar la vida.

—¿Por qué es tan triste la situación?—, preguntó John.

—Lo que pasa es que no se preocupan por nosotros los trabajadores, y lo único que les interesa es la guita. ¿Me entendés?. Dicen que estamos atravesando un período difícil porque antes el sistema era muy malo y las empresas estatales ineficaces, había inflación, la productividad era baja y todo eso. Pero si vos me preguntás, te digo que vendieron las empresas del estado a sus amigos por dos mangos. No les importa tener gente laburando, porque si pueden hacer más guita especulando, venden las empresas, despiden a los trabajadores y se hacen los mangos a paladas especulando con los bancos y la bolsa de valores.

—¿Y sabés una cosa? Como es tan difícil conseguir un laburo, la gente está aceptando casi cualquier salario. Entonces los empleadores están muy contentos, haciéndose cada vez más ricos y los sindicatos no dicen nada, ¿viste? Es una situación vergonzosa.

—¿Pero por qué la gente sigue eligiendo a estos políticos una y otra vez si la situación no mejora?

—Pero viejo, si los otros no son nada mejores. Son todos ladrones. O sea, yo puedo entender que los políticos roben un poco, eso es normal, pero no dejan nada para nosotros, nada—, se lamentaba mientras gesticulaba ampulosamente.

Se estaban acercando a Buenos Aires, el París del Sur, la ciudad que nunca duerme, en donde los cafés están llenos de artistas e intelectuales a las tres de la mañana, en donde se puede comer muy bien en un buen restaurante a medianoche en todas partes de la ciudad,

Buenos Aires con sus anchas avenidas, una población con buena educación y un liderazgo político increíblemente inepto.

John había estado allí muchas veces y le gustaba la ciudad, especialmente en los últimos años que los “porteños”, los ciudadanos de Buenos Aires, ya no eran tan soberbios como solían serlo. Podían resultar muy arrogantes y el resto de los argentinos no los querían. Ahora que las cosas no estaban tan bien, se habían vuelto un poco más humildes, buena gente.

En todo caso, John no estaba allí para visitar a viejos amigos, aunque tenía muchos conocidos. No, básicamente quería encontrarse con el señor que escribió ese libro que le había sido de gran ayuda, para agradecerle.

El autor vivía en el oeste del país, en la ciudad de Mendoza. Primero, John iba a encontrarse en un hotel con algunos amigos de Linesh para una reunión social. Ellos pertenecían al mismo grupo con el que se relacionaba Linesh en Bombay y estos amigos, por su parte, iban a arreglar un encuentro con el escritor en su ciudad.

—¿Qué es lo que está escuchando?—, le preguntó John al conductor que había sintonizado una emisora en donde discutían acerca de la no-violencia, porque le pareció familiar la forma en que se hacía la discusión.

—¡Oh, no nada! ¿Querés que vuelva a poner música?

—No, no, déjela, sólo tenía curiosidad por saber qué emisora era.

—Bueno, es una emisora muy buena, casi siempre tienen discusiones y comentarios interesantes, es una de las radios humanistas. También veo la estación de televisión comunitaria de ellos porque hablan acerca de las cosas de mi barrio, ¿viste? Cómo organizar mejor las cosas y todo eso. Son gente muy positiva y es muy agradable escucharlos, especialmente cuando me deprimó pensando acerca de la situación de Argentina o le cuento a tipos como vos sobre eso—, agregó y se ríe.

Entonces, ellos se llaman a sí mismos humanistas, pensó John. ¡Qué interesante!

John se encontró al otro día con Daniel, el joven del avión, quien llegó puntualmente y dejó a John muy feliz por haber hecho la experiencia de su propio guía interno. La tuvieron que hacer varias veces, porque Daniel sentía que estaba traicionando a su Jesús al considerarlo nada más que una parte de sí mismo.

—De ningún modo—, dijo John. Es el mismo Jesús de antes, la única diferencia es que ahora es más fuerte y accesible.

Cuando Daniel se fue mencionó que se sentía casi como si fuera más alto, que estaba más ligero y fuerte.

John se encontró con la gente que lo iba a poner en contacto con el escritor. Él esperaba una pequeña reunión social y alguna charla tranquila con ellos en un hotel del centro de la ciudad. Por lo tanto se sorprendió cuando vio a miles de personas en ese encuentro, todos mezclados en un salón, hablando, riendo, en una atmósfera que se puede describir mejor como una gran reunión familiar, relajada y cálida, sin ser pretenciosa. Había personas de todas las edades y clases sociales.

En la entrada se exponían las diferentes cosas que estos grupos habían hecho: organizaciones comunitarias, cantidades de periódicos locales, stands en donde las organizaciones sociales y culturales presentaban sus actividades, stands con libros y panfletos, presentaciones en multimedia y personas observando atentamente programas de computación. Era una gran exposición de diferentes materiales de diversos países. ¡Por Dios!, están por todo el planeta, pensó John. Y todo es un esfuerzo puramente voluntario.

Puede que no estén hablando de Dios, pero observó que hacen lo que se necesita para reunir a la gente y lo más adecuado para crear un ambiente humano, digno de un Dios, pensó John.

Si reuniones como ésta se están haciendo por todo el planeta y el sentimiento en ellas es similar, este espíritu positivista se difundirá más y más. Quién sabe, las cosas pueden cambiar más rápido de lo que yo pensaba. Esto es maravilloso, pensó John, mientras escuchaba una suave música de fondo y buscaba a la gente con la que se iba a reunir.

Fue presentado a Jorge, un hombre de la edad de John, muy agradable y alegre, quien le dijo que estaban esperando a que llegara.

Sí, la cita estaba arreglada y el escritor lo estaría esperando el próximo día en el aeropuerto de Mendoza.

John los dejó al cabo de una hora, después de haber conocido a casi todos los líderes y a muchos, muchos otros. Le pareció como si los hubiese conocido toda la vida. Era maravilloso estar entre personas tan optimistas y compartir sus pensamientos.

Les contó lo que había estado haciendo y pudo ver que estaban verdaderamente interesados en lo que les decía. Eran personas activistas, organizadoras, rebeldes, pero encontró que estaban aun más interesados en hablar acerca de las experiencias fundamentales, similares a las que John comentaba. Algunos de ellos tenían descubrimientos interesantes que compartir con él, similares a los suyos.

De vuelta en el hotel, John hizo algo inesperado: escribió un poema.

Acaso sea un intento de componerle una canción a Dios, se dijo a sí mismo. Esto es lo que escribió:

Yo sé, que sé, lo que sé,
mas saber lo que sé, no es saber.
Verte y estar contigo es saber
lo que hay que saber.

Ver lo que veo, no es ver
lo que ha de verse
que está detrás de lo visto,
y donde espero verte.

iHazme ver
lo que hay que ver!
iHazme sentir
lo que debo sentir!
iHazme saber
lo que no sé!
Y, ¡sí! iHazme entender
que nada de ello importa!

Estaba de alguna manera sorprendido por estas palabras. Por cierto que no era la forma como normalmente escribía o hablaba, pero le salió así de su interior.

Era un poema que denotaba cómo se sentía, pero algo estaba faltando pues quería hablarle más claramente a su Dios:

PARA TI

Tú que estás detrás de mis pensamientos,
en la fuente de mis sentimientos,
siempre moviéndote en el centro de mi ser,
guiando suavemente mis acciones hacia ti,
muéstrame tu presencia en mi canto hacia ti,
guía mis notas que compongo para ti,
Ayúdame a ser pleno para estar contigo.

Tú, que eres la fuente y el fluir del todo,
siempre aquí y siempre allá,
creando y recreando,
hazme entender
y ser comprensivo.

Tú, Dios gentil,

Tu que todo sabes.
Te llamo a ti
para que tu estés
adentro de mi,
y yo,
te construiré
tu hogar humano.

Después de haber compuesto esto, John se sentó y habló con su Dios. Sí, ahora había afinado el instrumento, había creado su poesía, su canción y estaba empezando a cantar y a escuchar los ecos del más allá.

C A P Í T U L O 1 6

EL CENTRO

Es curioso ver cómo la gente aprovecha toda clase de ocasiones para estar juntos y reunir su energía, pensó John mientras miraba a Buenos Aires desde la ventanilla del avión en que iba a Mendoza. Era evidente que anoche la gente estaba allí para relacionarse con los demás, para intercambiar alguna información o experiencias, comentar actividades, pero el mayor interés latente era el sentir la presencia de los demás, la integración de un mar humano para nadar y flotar en él sintiéndose parte. No había más que eso, algo poco pretencioso y desusado.

Pensó en otros encuentros humanos en donde la gente se congrega con el mismo propósito, para estar junto a otros y sentirse parte de un conjunto. Tal como en los acontecimientos deportivos, pero allí el sentimiento de reunión queda oculto tras la excusa de ver a los jugadores correr por un balón. De todos modos, siempre se trata de un lugar seguro para desahogarse, para comprobar que uno está haciendo lo que otras muchas personas hacen, rozándose los hombros, sintiendo la respiración y la emoción humana. En suma, para vivir la propia existencia.

Recordó haber ido a una riña de gallos en Haití. Allí vio todo el ritual en torno al asunto: los anuncios, las apuestas, las riñas mismas. Aparentemente eso era lo que estaba pasando, pero lo particular era cómo los espectadores miraban intensamente la pelea, como si esto fuera un campo de entrenamiento para concentrar sus mentes. En fin, que una riña de gallos es un suceso tan bueno como cualquier otro para ejercitarse en la atención. Y era notable toda la comunicación que circulaba en la gallera, no eran espectadores pasivos mirando a otros jugar. ¡De ninguna manera! Hablaban activamente entre todos, contaban chistes, reían. Allí convergía la pequeña comunidad.

¿Está Dios aquí?, se preguntó John cuando observó la audiencia siguiendo emocionada este “deporte” brutal de gallos tratando de matarse entre sí, con espuelas, tácticas y movimientos agregados por humanos.

¿Estaba Dios aquí en menor medida que en una iglesia? Quizá Dios no está muy presente en la ceremonia religiosa, excepto cuando la gente hace cosas junta, como ponerse de pie o cantar o cuando los niños y las niñas se coquetean con miradas prometedoras. Acaso Dios está más presente después o antes, cuando la gente se toca, toma café o simplemente está unida.

¿Por qué estaba él con estos pensamientos tan extraños ahora que iba a visitar a un hombre sabio? Seguro que no le hablaría de estas cosas tan absurdas. Bueno, tantas cosas que pensamos que tienen determinado significado y realmente es otro, como su viaje a Mendoza. Iba a agradecerle a este autor por la creación del libro y expresarle lo mucho que le había ayudado. Quería hacerle algunas preguntas, pero presentía que habría algo más en todo esto que no tenía idea qué era.

Está bien, las cosas se han dado favorablemente hasta ahora, aunque algunas veces no como las esperaba.

El avión se aproximaba a Mendoza, la ciudad capital de la provincia del mismo nombre, un oasis agrícola en medio de suelos semidesérticos. Completamente hecho por el hombre, el lugar tiene elaborados trabajos de irrigación para los viñedos más grandes del país. John vio la gigantesca cadena montañosa de Los Andes asomándose por encima de la ciudad con el pico más alto de toda América, el Aconcagua, techo de occidente, cuya visión es grandiosa y espectacular, como la de los Himalayas. No me

sorprende que pensamientos creativos vengan de aquí, tiene que ser así, se dijo John.

Ese debe ser él, pensó John mientras bajaba de la escalerilla del avión mirando a la multitud que esperaba tras una pequeña valla a los pasajeros que llegaban. Distinguió un hombre atlético de mediada edad con camisa de manga corta, y cuando se fue acercando vio sus grandes ojos observadores y una amable disposición.

Como John no tenía equipaje, solo su maletín de mano pudieron acercarse rápidamente para saludarse.

—Bienvenido, John.

—Gracias, Luis.

—Entonces, ¿eres tú el que anda en busca de Dios? ¿Has tenido suerte?

—Yo diría que sí, pero creo que apenas estoy en el comienzo de un largo camino. Antes que nada quiero agradecerle por su libro, ha sido maravilloso.

—¿De verdad? Yo pensé que era muy complicado. Pero es bueno tenerlo ahí por si la gente quiere complicar su vida, pero no es muy práctico, hay otros libros que son mucho más prácticos. Pero a usted le gustó, supongo que debe haber algunos a quienes les guste.

Fueron a través de la ciudad hasta sus alrededores, en donde Luis vivía con su esposa y tres hijos. John se sentía completamente a gusto con este agradable y gracioso hombre. Intercambiaron historias acerca de Asia en donde el escritor había estado varias veces. Se reía por las diferentes cosas insólitas que le sucedieron a John y se rió a carcajadas de la historia de los zombis en Haití, algo de lo que él claramente sabía más que un poco.

Llegaron de muy buen humor a la casa del escritor. Era una casa suburbana bastante típica y grande, con un hermoso jardín y una piscina. John descubrió después que todo lo había construido el escritor por sí mismo. Su esposa y sus tres hijos adolescentes saludaron a John calurosamente por lo que inmediatamente se sintió en casa. Adentro todo estaba muy limpio y organizado, con muebles muy espartanos y apenas lo esencial. En el estudio del escritor había libros en todas las paredes, copias de los propios en varios idiomas y de otros autores, un modelo nuevo de computadora, pero nada de decoración.

Después de una taza de café fueron a un hotel cercano en donde John iba a pasar la noche. Sería recogido en unas pocas horas para cenar con la familia y después se sentarían a hablar.

Bueno, estos argentinos se mantienen despiertos hasta tarde, entonces yo descansaré un poco antes de la comida, pensó John.

—Básicamente estoy aquí porque sé por su libro que ha recorrido caminos que yo apenas recién descubrí que existían y otros que acaso yo ni siquiera conozco todavía. Por eso vine aquí, creo, para aprender de usted—, dijo John después de un excelente y abundante asado argentino al que otros amigos de la familia habían sido invitados con algunos más que parecían ser amigos del escritor y una pareja de políticos chilenos muy interesantes.

—Todos aprendemos de los demás y si mis puntos de vista le son útiles, naturalmente que estaré muy contento de compartirlos con usted. Pero por favor cuénteme su historia, estoy muy interesado en saber cómo un neoyorquino viaja alrededor del mundo buscando a Dios y termina aquí, en la mitad de la nada, tan lejos de los grandes centros de decisión.

John habló por varias horas de su viaje, siendo apenas interrumpido por el escritor quien ocasionalmente quería más detalles de las descripciones.

—Entonces, John, ¿qué es lo que necesita en este momento?

—Quiero entender un poco más lo que estoy haciendo; quisiera fortalecer mi búsqueda y profundizarla; quisiera tener más control en la forma en que hago el contacto con Dios; quisiera entender más cómo trabajo y sí, quisiera también contarle a los demás acerca de mis experiencias como lo hice en Río. Quisiera escuchar sus opiniones sobre la forma más eficaz de hacer estos trabajos.

—Bueno, está buscando muchas cosas y eso está bien. ¿Cómo está de tiempo? ¿Tiene compromisos para estar en alguna parte en un tiempo en particular?

Una vez más pasaba esto, esa delicada consideración. Lo que John percibió del escritor es que parecía que nunca quería imponer su voluntad sobre los otros. Sus preguntas eran completamente abiertas dándole a la otra persona una completa libertad de contestar o no. Percibió una gran bondad en este hombre, una humanidad que él mismo quisiera emular. John se estaba aproximando a esa actitud pero todavía y en muchos momentos se olvidaba que las otras personas tenían su propia voluntad.

John le dijo que tenía todo el tiempo del mundo, por lo que decidieron comenzar a trabajar el día siguiente tras una buena noche de descanso.

—John, ¿está bien descansado?, preguntó el escritor cuando lo recogió alrededor del mediodía.

—Sí, gracias.

—Traiga sus cosas con usted.

John no sabía qué iba a pasar, pero no preguntó pues se dio cuenta que lo sabría muy pronto.

—¿Está listo, John?

John dijo que lo estaba cuando ya se encontraban en el estudio de la casa del escritor.

—Yo creo que una pequeña práctica sería apropiada, una que hemos hecho en algunas ocasiones.

Abrió un pequeño libro que leyó algunas veces durante el intercambio.

—Esta es una pequeña ceremonia o formalidad concebida para producir efectos sin dilaciones. Parémonos uno frente al otro.

Ahora, cuénteme resumidamente lo que ha estado haciendo.

John lo dijo sintéticamente.

—Tal vez es verdad lo que usted dice, al parecer no sólo ha estado preocupado por usted mismo sino también por los demás. Ahora voy a compartir mi conocimiento con usted y usted lo recibirá como quiera. Preste atención. Quizá sus búsquedas eliminen las contradicciones de su existencia; sin embargo, el origen de ellas no se encuentra en la lógica de su conciencia, ni en sus recuerdos ni en sus deseos. Tampoco en sus temores.

—Usted sigue lo que todos los seres humanos siguen, lo que toda la naturaleza sigue: un propósito distante precede a su vida y continuará después de ella.

—¿Y quién sabe esto? La piedra que cae no lo sabe y, sin embargo, cae, la conciencia no lo sabe y, sin embargo, actúa.

—La conciencia no puede percibir a la mente y es ilusorio que la busque; sin embargo, la conciencia puede silenciarse para que se manifieste el sentido de la mente.

—Cuando trabajamos por una vida sin contradicciones estamos atendiendo a la vida y a su sentido. Sin dudas, esto es lo mejor que podemos hacer.

—La mente, dadora de sentido, es inextinguible. Pero no la conciencia, cuyo funcionar se explica por el cuerpo, y tiene atributos que lo trascienden.

—Los antiguos maestros hablaban de un “alma” y un “espíritu”. Entonces, si llamas conciencia al alma, hablarás más o menos de un duplicado del cuerpo. Aun después de la muerte, ese duplicado continuará funcionando un tiempo más, y en la vida podrá separarse del cuerpo.

—Por otra parte, cuando el ser humano logra unidad interna sirve a la vida y permite que se exprese el sentido. En el momento de su muerte, la corriente de la mente seguirá su curso siempre creciente..

—No interrumpa la mente con acciones contradictorias.

—Creo que entiendo sus enseñanzas—, respondió John muy conmovido.

—Entonces, debe ir a la montaña por varios días y varias noches y meditar en el siguiente acertijo: “La vida no tiene sentido si todo termina con la muerte”. Si lo resuelve convertirá la respuesta en su centro. Cuando ello ocurra, nada le cerrará el paso.

—Ahora, escuche bien: por tres días y tres noches debe estudiar este acertijo desde todos los puntos de vista. Escoja además tres preguntas y en el cuarto día tome una pregunta por vez y arrójela profundamente en su conciencia. Haga silencio y espere la respuesta. Si la respuesta no llega, repita el procedimiento. Podrá darse cuenta de las respuestas que vienen de la mente y de las traducidas por la conciencia.

—Estudie el problema en todos sus aspectos, fórmese una pregunta cada vez y cuando tenga la respuesta, pase a la siguiente.

—Seguramente va a encontrarse con dos clases de dificultades. La primera, cómo callar la conciencia cuando una pregunta ha sido lanzada; y la segunda, cómo diferenciar entre una ilusión y una respuesta verdadera.

—Y ahora una última recomendación: no coma y beba muy poco, pero deje que el sueño lo reponga.

—Creo que he entendido sus explicaciones—, dijo John.

—Cuando regrese, no hablaremos de la solución al acertijo, sino de las ilusiones que surgieron, porque ellas reflejarán las preocupaciones y temores que encontrará en el camino de su desarrollo. Ahora váyase y que su guía interno lo acompañe.

Después de esto, el escritor le dijo a dónde ir en las montañas: un refugio de montañeses no muy lejos del camino principal. Tenía todas las provisiones para John y un vehículo para llevarlo y recogerlo en cuatro días.

A pesar de lo extraño del desafío, John estaba emocionado por el trabajo que tenía que acometer. Era exactamente lo que necesitaba, estar solo en medio de la naturaleza y obtener algunas respuestas.

Durante los siguientes días, John estuvo en las montañas, tomó contacto con la naturaleza y pensó, meditó e hizo largas caminatas. Era muy especial verse allí en medio de esos gigantes, de esas montañas y del viento que sopla en esas alturas, solo y, por supuesto, haciendo su trabajo. Estaba agradecido por la compañía de Ramos. Era bueno tener a alguien cercano con quien comunicarse y que le ayudara en el propósito.

—¿Qué trae de la montaña?, preguntó el escritor cuando se encontraron otra vez

frente a frente para iniciar la segunda parte del procedimiento, poco después de que John regresara.

—Traigo las ilusiones de las que me habló, las encontré en las respuestas a las tres preguntas. Traigo conmigo las más claras, las más ilustrativas, pero había también otras interesantes.

—Tómelas como si fueran cuentas de un collar y enhébreelas en un hilo de palabras de tal modo que cierren en círculo. Hágalo sólo de la siguiente manera: de menores a mayores y luego descienda nuevamente.

—Mis tres preguntas fueron éstas: ¿Cómo sé quién es Dios desde el punto de vista de Dios? ¿Cómo puedo hacer contacto con él en forma constante? Finalmente, ¿cómo puedo distinguir los registros de mi energía, del guía y de Dios?

—Yo intenté hacer estas preguntas en silencio mental, pero no fue fácil. No puedo decir con seguridad si las respuestas venían de mi conciencia o de la mente.

—Pero vi, sin embargo, la conexión lógica entre muchas de las respuestas y estaba sorprendido cómo ellas encajaban como un todo. También estaba sorprendido de que muchos temores siguen escondidos en mí a pesar de haber tenido experiencias maravillosas.

—No estoy seguro de haber hecho las cosas correctamente, pero esto fue lo que comprendí: quiero abrirme y ser libre. Básicamente quiero ser, sentirme vivo, sentir mi ser. Quiero que Dios sepa que estoy haciendo su trabajo, que soy una buena persona relacionada con el plano de los otros humanos y que por lo tanto merezco estar en contacto con él.

—Pienso que todo esto que hago es para compensar el miedo de que Dios me abandone, que me deje solo porque soy pequeño e insignificante. También temo que ni la bondad ni la inteligencia son suficientes para entender la grandeza de Dios. Creo que muy dentro de mí existe un miedo a que no haya nada más que la nada y posiblemente sólo una fuerza maligna y siniestra. En otras palabras, diría que temo dejarme ir completamente porque una fuerza siniestra pueda dañarme o también porque quizá no encuentre nada en absoluto. Es curioso esto porque yo realmente tiendo a lo contrario. Estos miedos interfieren en mi búsqueda, en la vida diaria.

— Si empiezo por el otro lado digo que si vacilo no veo todo, entonces me confundo, no sé cómo mirar con precisión y tampoco estoy seguro de los diferentes registros que tengo, de dónde vienen o qué significan. En la vida diaria yo no aprendo de los signos evidentes que provienen de las personas o de las situaciones. Algunas veces no sé qué es lo que quiero o lo que pienso.

—Esto no sirve a mi autoestima y por ello me siento insignificante ante los ojos de Dios con mis limitadas habilidades. Entonces, así soy para Dios lo que una hormiga es para mí, o aun peor, como lo es un organismo microscópico cuya existencia ni siquiera percibo.

—Hay muchas cosas que no he hecho decentemente y si a esto se suma lo insignificante que me siento ante los ojos de esa grandeza que es Dios, entonces temo que él simplemente me abandone a mi suerte o destino, dado todas las cosas seguramente más importantes que tiene que atender en el universo.

—No obstante, abrigo la esperanza de que nunca seré abandonado porque estoy conectado con el mundo de otros seres humanos y que al estar trabajando para Dios merezco estar conectado con él.

—Prefiero pensar que trabajo tanto para “ser” que nunca sentiré el vacío y que soy tan buena persona que nunca me pasará nada malo.

—Todo el tiempo busco formas que disminuyan mi confusión y constantemente me abro a nuevas experiencias, probando en nuevas situaciones, inclusive arriesgándome a la muerte, de forma tal de no abstenerme— concluyó John

—Ahora, imagine que el collar está cerrado en torno a su cuello— continuó el

escritor. Luego, el collar comienza a dar vueltas lentamente y después más y más rápido hasta que se convierte en un torbellino que se amplía más y más y tiene a su cabeza por centro y a su cuello por profundidad.

—Veo que todo se oscurece hacia el centro— observó John —y que el torbellino atrae hacia él todo tipo de acciones, provocando accidentes y naufragios.

—Así es básicamente como su conciencia trabaja. Todo está en torno a ella, aún aquello que parece estar más lejano. Cuando se levanta y ve salir el sol, ese astro distante queda afectado en su conciencia por el torbellino. Cuando se acuesta, en sus sueños gira todo en torno al mismo centro. Y aquello que elija o rechace tiene la misma marca. Ahora coloque la respuesta al acertijo en el centro del torbellino y dígame qué ve.

(La respuesta de John al enigma era: “Eso que continúa en mí es ese Dios adentro de mí, fomentando y nutriendo un crecimiento. Así, de este modo siento que estoy construyendo mi verdadero futuro, un futuro sin fin”).

—Veo que el centro se aclara y que el torbellino se detiene poco a poco. También, me parece recordar nuevamente el collar del que me hablaste alrededor de mi cuello tenuemente, hasta disolverse en sus cuentas— agregó John.

—Si lo que dice coincide con lo que vio, ha acertado. Tiene un centro y el sentido se abre paso a paso entre fantasmas. No obstante, déjeme aconsejarle: trabaje el sistema principal de su conciencia a la luz del sentido de la existencia.

—Así lo haré y creo, desde ahora, que mi unidad interna seguirá progresando a la luz del sentido.

—Entonces, que sea así. Y ahora a nuestras cosas.

—Usted estará de pie en donde yo estoy cuando haya repetido diez veces con otros la iniciativa que lo trajo aquí.

John no entendió muy bien el significado de esas palabras, pero presintió lo que querían decir.

—Pondré lo mejor de mí para hacer exactamente eso.

—¡Paz, fuerza y alegría para usted!.

El procedimiento había terminado. John consideró que algo había cambiado en él y estaba muy agradecido.

Ahora quedaba por hablar cómo debería transmitir estas experiencias acerca de Dios a los demás.

—Háblele a gente sencilla. Dígales qué piensa de Dios. Ellos hallarán la forma de organizarse y de transmitir el mensaje.

—¿Gente sencilla quiere decir la clase trabajadora?

—No, John. Gente sencilla es la que no tiene tantas capas que revisar. Gente sencilla que tenga una necesidad. Sí, probablemente se les puede encontrar por todas partes y seguramente también en la clase trabajadora que tienen una gran necesidad existencial.

—John, un nuevo Dios está naciendo en el corazón de la gente en todo el mundo, un Dios que corresponde a estos tiempos. Cuénteles lo que usted cree que es verdad y muchos de ellos escucharán lo que dice y sentirán que resuena con la verdad que hay dentro de ellos mismos.

—Estamos en el inicio de una nueva civilización y esta nueva civilización tendrá un nuevo Dios que está allí dentro del corazón de la gente esperando expresarse.

—Si, John, dígales la verdad. Dígales que se traten mejor el uno al otro, que sean más amables. Dígales que vamos a acabar con estos tiempos difíciles y que va a haber un mejor mundo, un mundo humano.

Sí John, dígales eso.

C A P Í T U L O 1 7

EL REGRESO

¡Buenos días, mundo! ¡Hola libertad!

John extendió sus brazos hacia el cielo, hacia el cálido y radiante sol y las estrellas invisibles que sólo residían como recuerdos en su mente. Hacia los árboles y la vida que los sostiene. Hacia los animales de la tierra, hacia los que madrugan y pasan mirando al balcón donde ese gringo está gritando a voz en cuello, sonriendo y saludándolos, con esa sonrisa que les llega al alma: Por lo que ellos no podían hacer otra cosa que sonreír y saludar de vuelta, iniciando así el día con una nota feliz y tal vez divertida.

—Cómo amo todo esto, cómo te amo a ti mi Dios, cómo amo tu creación: ¡Yo!

—Aunque acaso no sé quién eres, tengo la certeza de que te encontraré. Sí, mi señor. Mientras tanto, estoy seguro de no que me quejaré al sentir tu presencia constantemente, aún ahora antes de despertarme de verdad. ¡Gracias Dios mío. Gracias, Ramos por traerme a este lugar dentro de mí!

Algo le había pasado a John ayer, algo bueno e importante, algo que quería compartir con sus amigos y su familia para que ellos pudieran sentirse como él lo estaba: libre y lleno de vida.

Mientras estuvo en el balcón mirando el pequeño pueblo que lentamente comenzaba a verse más vivo, John pensó en las conclusiones fundamentales a las que había llegado en su viaje. Todas eran muy válidas y cuando sucedieron no podría haber pedido más, pero faltaba consistencia en estas experiencias y quizá algunas veces se esforzaba demasiado en la búsqueda. Nunca se había dado cuenta de que había algo que lo estaba deteniendo. Pensó que se había deshecho de casi todos los temores, especialmente después de esa experiencia trascendental en Río. Posiblemente, una experiencia, sin importar lo fuerte que sea, no es suficiente para producir la transformación que yo busco, pensó. Seguramente uno tiene que entenderla e integrarla con las otras cosas de la propia vida.

Y todo aquello acerca del torbellino... eso sí que era otra cosa. Pensar lo propenso a los accidentes y fuera de control que he estado en mi vida, controlado por mis temores, ilusiones y compensaciones. Seguramente tengo mucho de eso todavía, mas mi sentido ahora está en el centro de mi ser, aunque aún esté rodeado de basura. El sentido está y va a crecer.

Pensó en su poema, fue por él y le leyó con atención como si lo hiciera por primera vez. Lágrimas cayeron de sus ojos, ésta era su parte verdadera hablando. Juzgó que con este poema y con las pocas pero importantes cosas que halló en su viaje, especialmente el encuentro de los últimos días, tenía material suficiente para estar en contacto constante con Dios y profundizar esa relación.

—¡Aquí está!— gritó. ¡Lo encontré!

La gente que pasaba por ahí miró hacia arriba, la mayoría de ellos no entendían inglés, pero al ver su cara radiante se le unieron en su placer y alegría. Los que entendían inglés lo miraron complacidos por porque quizá había encontrado la billetera o el pasaje de avión.

John estaba satisfecho, y se dijo: Dejé Nueva York para encontrar un sentido, experiencias fundamentales y posiblemente un poco de comprensión. Pensándolo bien, encontré todo eso. Puedo no entender siquiera mínimamente cómo funciona el universo y ni de lejos comprendo la naturaleza de Dios, pero está bien, lo entenderé poco a poco mientras crezca en mí la necesidad de saberlo. Encontré exactamente lo que necesitaba. Ahora es tiempo de volver a casa y contarle a mi gente acerca de esto.

Cerró sus ojos, sintió el sentido en el centro de su ser, las frases que había puesto allí en lugar del ojo oscuro del torbellino. Recitó sentidamente la última parte del poema: Tú, Dios gentil, tú que todo lo sabes...

Después, fue más allá de sus sensaciones, pensamientos, sentimientos y sintió un indescriptible silencio y bienestar.

Cuando abrió los ojos había silencio en su interior y todo se sucedía fácil y armoniosamente. Abarcó los alrededores, sintió las intenciones de la gente que pasaba por abajo, movidos por sus torbellinos internos que pronto serían también reemplazados por el sentido.

Era perfecto. La palabra gratitud era demasiado pequeña para describir lo que sentía.

Estaba en otro plano, detrás de las emociones que tienen su propia vida. Detrás de los pensamientos que se movían lentamente en su pantalla mental. Detrás de la búsqueda y del análisis y de lo que estructuraba todo. Detrás de las sensaciones placenteras de su cuerpo, adentro y afuera. Detrás de la intensidad de los colores y de la vida separada de cada entidad que formaba esa pieza sin fin llamada vida; siempre la misma pieza, pero cambiando el tono constantemente. Detrás de ese mecanismo de la conciencia que obedientemente hace que estos descubrimientos sean comprensibles, trayendo y traduciendo estas comprensiones que vienen de muy lejos sin esfuerzo. Detrás de John.

Pudo haberse quedado allí una eternidad, pero era tiempo de irse y eso estaba bien.

En el camino al aeropuerto, John y el escritor hablaron de muchas cosas, de cómo este movimiento humanista que él había fundado no había sido precisamente bien visto por los ojos de las autoridades en sus primeros días, allá por los años sesenta, durante el régimen militar gobernante. Especialmente porque el escritor hablaba en contra de la violencia. Entonces, le fue prohibido hablar en público. Después decidió dar una charla en el Monte Aconcagua, esperando que le dejaran hacerlo tranquilamente allí. Sin embargo, los militares con sus ametralladoras se hicieron presentes rodeando al grupo de más o menos quinientas personas que habían venido de los países vecinos, como Chile y Uruguay. Algunos esperaban que se hicieran curas milagrosas y otros creyeron que como iba a ser una charla en la falda de una montaña, se trataba de un movimiento mesiánico. Pero la verdad es que solo habló allí porque no estaba autorizado a hablar en ningún otro lugar.

Más adelante, sus seguidores trataron de organizar reuniones en diferentes partes de Argentina, pero todas terminaron en lo mismo: provocadores enviados por la policía o los militares siempre lograban transformar las reuniones en peleas y la gente era encarcelada. Entonces decidió no hablar más en público diciendo que si él estaba diciendo algo que era verdad y que correspondía a una necesidad histórica, no habría ninguna fuerza capaz de detenerla.

—John, la fuerza no está en las armas, no está en el dinero ni en las organizaciones que ellos controlan, está en la mente y en los corazones de la gente. Mire lo que pasó en la India con Ghandi. Los ingleses tuvieron que irse cuando se encontraron con una fuerte fuerza no violenta. O tome a Khomeini en Irán, en ese tiempo las fuerzas armadas del Shah eran consideradas de las más fuertes del mundo musulmán, ¿pero qué pasó? Las madres de los pilotos marchaban en las calles protestando contra el régimen corrupto, de modo que esos pilotos que volaban aviones ultramodernos para reprimir no iban a atacar a sus madres, más allá de las ordenes de sus superiores. Después el barbado Khomeini llegó desarmado y sus primeras palabras de arribo fueron: “Fuera este régimen corrupto”. El régimen tuvo que irse.

Lo que pasó después de esto es otra historia: el fanatismo, la intolerancia y todo eso, pero el ejemplo es válido para mostrar en dónde está la verdadera fuerza.

John, entonces, los días de este sistema están contados. Nada alterará eso. Ni sus armas, ni el dinero, ni el control sobre los medios de producción y de comunicación pueden detener la caída, porque ellos no tienen ninguna autoridad moral y la gente ya

no cree en ellos ni en el sistema.

Entonces, los que tienen el poder van a incrementar su control, no solo el control físico, sino que tratarán de controlar lo que la gente piensa y cree, pero no van a ser capaces de evitar el colapso.

—¿Cuándo pasará?

—Cuando la gente se dé cuenta de su propio poder, rompa el aislamiento y ponga en marcha nuevas organizaciones sociales basadas en valores humanos y no en los que hoy están de moda.

El Movimiento Humanista sin duda sería instrumental para lograr estos cambios necesarios, pensó John.

—¿Cómo puedo contribuir de la mejor manera posible en este proceso de cambio?—, le preguntó al escritor.

—Ponga en práctica lo que tiene en mente, después habrá tiempo para ver los puntos de coincidencia con los humanistas. Ahora necesitamos reunir gente positiva, de todas las clases sociales, en todo tipo de organización, para una mínima orientación. Por lo que me ha dicho, pienso que está haciendo muy bien las cosas. Necesitamos ser lo suficientemente numerosos, lo suficientemente grandes para producir un impacto social. No es lo mismo si una persona dice algo razonable a que lo digan miles de personas. En el mejor de los casos, ese que habla es considerado algo excéntrico y un tanto loco. En cambio, si miles de personas dicen exactamente lo mismo se convierten en una fuerza social. Y si tienen medios para comunicarse con grandes conjuntos humanos y pueden sostener su mensaje en el tiempo y en las acciones, es decir, si están organizados, estamos hablando de un agente para un cambio social radical. Puede que produzcan hasta una revolución, dijo y rió a carcajadas.

Estaban llegando al aeropuerto, intercambiaron las direcciones de correo electrónico y decidieron mantenerse en contacto.

—John, no te preocupes, solo di tu verdad, es todo lo que se necesita para romper la barrera.

John entendió este consejo en varios sentidos, se emocionó mucho y le dio un fuerte y sentido abrazo al escritor,.

Estaba a solas de nuevo, pero por ningún motivo solo. Su cuerpo iba en un avión entre personas que no eran extraños sino que sólo resultaban serlo. Eran su gente, otros humanos con un torbellino dentro que pronto van a sentir como su propia fuerza, su significado, su sentido. Estaba seguro de que si él les hablaba muchos de ellos se sintonizarían con esa longitud de onda humana.

Pero algunas veces uno debe darle al cuerpo el momento. Le esperaba un largo viaje y necesitaba el descanso antes de llegar a Nueva York. Quería sintetizar algunos temas que había descubierto en los últimos días y después dormiría.

Lo hizo después de volar sobre la cresta de Los Andes que separa a Mendoza de Santiago de Chile y después de haber cambiado allí a un vuelo directo hacia Nueva York.

—Johnny, eso que leíste fue maravilloso. Me siento muy bien, no me sentía así por mucho tiempo; tanto que ya no puedo acordarme. Gracias, hijo.

La mamá de John estaba conmovida después de que él les leyera la experiencia del guía interno a ella y a su hermano Tom. Su padre, muy educado, se excusó después de la comida diciendo que tenía que acostarse temprano porque debía hacer muchas cosas en la mañana.

John volvió a casa de sus padres a cenar pocos días después de haber llegado a Nueva York. Habían sido unos días interesantes de reconexión con la “Gran Manzana”. Todo era diferente. Seguro, era la misma ciudad tremenda, con su vida vibrante e intensa, pero todo se suavizó, fluía fácilmente y también la notaba más silenciosa. Inclusive el sonido de pitos y sirenas ya no le molestaban más.

Caminar por el centro de la ciudad, en el distrito financiero, era todo un paseo. Ver

todas esas intenciones moviéndose, empujadas por el deseo o el miedo al fracaso. Y eran tan evidentes, tan fáciles de detectar. ¿Que pasaría, pensó, si la gente actuara así de intensamente pero con un propósito distinto?

No sólo la ciudad era diferente, sus relaciones también lo eran. Llamó a muchos de sus amigos y otros lo llamaron a él cuando supieron que había regresado a la ciudad. Se sintió más cerca de ellos, no estaba perdido en ellos y entonces se volvieron “reales”. John decidió invitarlos a su casa para contarles lo que había estado haciendo.

Inclusive invitó a Carol, su ex-esposa. Fue hasta Manhasset, afuera en Long Island, en donde ella vivía con sus dos hijos. Tanto Carol como los niños le parecían diferentes, libres, ya no sentía que ellos le pertenecían o que era su dueño. Por otro lado, tenían mucho que ver con él como seres humanos. Los pequeños claramente necesitaban su amor y aprobación, necesitaban a su padre. Entonces él aceptó este papel incondicionalmente.

Y Carol, a pesar de estar bien, su vida no había sido fácil. No necesariamente quería que John volviera. No, ella sentía una pérdida, como si hubiera hecho algo mal. John se dio cuenta de esto y cuando vio la oportunidad le habló francamente por primera vez. Le dijo cómo les sucedió que se fueron a vivir juntos, cómo les sucedió que tuvieron hijos y cómo les sucedió que se divorciaron. Solo accidente tras accidente, fuera de su propio control. Ella lo escuchó y como no sintió que él le impusiera cosas o se defendiera de algo, le dijo cómo realmente había experimentado todo. El noviazgo con ese hombre guapo graduado de Yale, la “casta” correcta para sus futuros hijos. Ella trató de hacer todo lo que se suponía debía hacer, lo que sus amigos y su familia le dijeron que hiciera. Después vinieron los hijos y se separaron. Tal vez nunca tuvieron una relación estrecha, realmente. Sólo fue un juego, o quizá, una gran farsa, excepto que ninguno se había reído. Entonces ella rió y rió y ambos rieron. Después, John le preguntó cómo podía ayudarla para mejorar su vida. Cualquier cosa, como tomarse unas vacaciones y él cuidar los hijos, ya eran responsabilidad de ambos. Ella sintió que él estaba siendo sincero.

—John, creo que nunca te conocí como siento que te conozco ahora. Sé que antes no eras así, y no es que ahora me esté volviendo olvidadiza. ¿Sabes lo que en realidad me gustaría de ti? Me gustaría saber con grandes detalles cómo cambiaste ¿Cómo te convertiste en lo que eres ahora?

En ese momento los niños entraron a la sala en donde dialogaban, de modo que no era el momento ni el lugar para continuar hablando. Entonces, John la invitó a una reunión con sus amigos, o si ella prefería, él podía encontrarse con ella en otra ocasión o en cualquier momento.

Ella pensó acerca de esto por un momento y luego dijo:

—Claro, qué diablos, muchos de ellos son mis amigos también. Es hora de retomar contacto con aquellos que quiero.

—¿Puedo llevar a un amigo con el que estoy saliendo? Pienso que él también lo disfrutaría.

—Claro que puedes.

Bridget, su última novia antes de que se fuera de viaje al Asia, llamó y fue a su casa. Es una mujer muy linda, pensó John. Puede que antes mi vida no tuviera mucho sentido, pero parece que tenía buen gusto para las mujeres.

Aparentemente, Bridget venía con la intención de continuar la relación anterior al viaje. Se sintió un poco extraña con John, pues lo veía estupendo, saludable y bronceado, con una amabilidad y paciencia que ella no había conocido antes. Aunque él no parecía estar interesado en ella como mujer, la miró como su padre la trataba a ella o a sus amigas.

—Bridget, las cosas han cambiado mucho para mí.

—¡Por favor! No me digas que ahora eres homosexual.

—No, nada de eso. En este momento no estoy para relaciones íntimas con mujeres.

—¿Te convertiste en un monje budista o algo parecido? ”

John se rió. Le dijo que tenía otros intereses, y sabía que ella probablemente había venido para que renovaran una relación que ya no era tema para él. Entonces le habló de la buena persona que ella era y que le gustaría conocerla mejor como amiga.

Bridget sintió que quería salir corriendo, pero optó por esperar. Quizá él salga rápido de este coma espiritual, entonces le seguiré el juego.

John sintió lo que ella estaba pensando, pero se hizo el desentendido. En cambio, le habló como a una persona por primera vez, y se abrió contándole sus experiencias. Después de un momento, ella había dejado de lado sus intenciones originales. Esto era tan raro, mucho mejor que el simple hecho de ir a la cama. También ella iría a la casa de John en un par de días.

Del mismo modo Fred, su compañero de tenis. Habían jugado un partido esa tarde, antes de que John fuera a cenar a la casa de sus padres.

A pesar de no haber jugado durante su viaje, John había mejorado su juego. Se concentraba más y resultaba insuperable. Estaba más lúcido y no dejaba que ninguna emoción negativa interfiriera.

—Bueno, yo no sé que más te ha hecho este despertar espiritual, pero en definitiva y desafortunadamente para mí, has mejorado tu juego—, dijo Fred después de que John le ganó ampliamente.

—John, ¿valió la pena?”

John sólo sonrió. Fred, que había tratado de convencerlo de que se conformara con lo que tenía, sabía que John tenía algo que decir y que él se beneficiaría con ello aunque significara confrontar sus propias mentiras consigo mismo.

No invitó a su jefe. Tal vez tengo prejuicios, pensó, pero no creo que él esté en el momento correcto: recientemente fue promovido y está lleno de ilusiones acerca de lo grandioso que es el poder. Sin embargo, lo llamó y le dijo que esperaba empezar a trabajar de nuevo en unos meses más. En realidad tenía expectativas de cómo iba a comportarse y reaccionar en ese ambiente desalmado. Si pudiera llevar un poco de humanidad a ese lugar, sería muy bueno.

Invitó a algunos de sus colegas, gente que él conocía por muchos años.

Poco después de la comida en la casa de sus padres, donde permaneció hasta bien entrada la noche hablando con su hermano Tom, tratando de ayudarlo a entender las raíces de su timidez, John se dirigió hacia el aeropuerto para recoger a sus amigos de Asia y a Jaou de Brasil.

Iban a pasar unas semanas juntos estudiando, practicando y pasándola bien.

C A P Í T U L O 1 8

EL ALUD

—Hola, John.

Linesh ha cambiado, pensó John cuando lo saludaba en el aeropuerto: estaba más sereno y había felicidad verdadera en sus ojos.

—Sí, sabes que no eres el único al que Dios ama—, dijo Linesh bromeando cuando John le comentó sus observaciones.

Había pronunciado un par de charlas en Bombay y estaba muy conmovido por la reacción de la gente, cómo respondieron y algunos se entusiasmaron en dar charlas a su vez.

—India es un país grandioso, John. Cuando la gente comience a creer más en sí misma, en sus compatriotas y en el destino de nuestro país, haremos magníficas cosas. Nos uniremos, surgiremos y seremos una gran potencia, pero benéfica para la humanidad.

El resto de los amigos arribaron en unas horas más.

Jaou notó que algo le había sucedido a John, así de profundamente se habían conocido gracias a los trabajos que hicieron en Brasil.

—Tú estás más, bueno, centrado. ¿Qué pasó en las montañas?

—Te lo digo después— dijo John sonriendo. A todos les diré todo.

Chun estaba más jovial que anteriormente y parecía haber rejuvenecido.

—Yo practiqué y pensé acerca de lo que me enviaste, John, pero no he dejado de sonreír de satisfacción desde que le hablé, en Kowloon, a un grupo de recién llegados de la República. Ellos entendieron lo que dije y aprobaron que manifestara en público mis experiencias y lo que yo pienso que debemos hacer.

Aiko fue la última en llegar. Mujer hermosa, pensó John, mientras ella caminaba con gracia hacia ellos, con esos delicados y finos movimientos que sólo las mujeres japonesas pueden tener.

Ella era la encantadora de siempre y se veía mucho más segura y relajada. No había tenido oportunidad de hablarle a un grupo grande, pero le habló a uno pequeño en un centro comunitario en su ciudad natal, fuera de Osaka.

—Les gustó mucho la experiencia del guía interno—, dijo.

Así que allí estaban todos ellos: personas de diferentes partes del mundo que conocían a John desde antes, pero que no se habían visto entre ellos.

Eso no importó, pues actuaban como si se conocieran de toda la vida. Tal vez era porque hacían cosas similares en un plano que no conoce fronteras en el tiempo ni en el espacio y porque tenían metas similares. De manera que, mientras se dirigían al apartamento de John donde permanecerían unas semanas, hablaban entre ellos como sólo los viejos amigos lo hacen, bromeando, disfrutando de la compañía.

El plan era trabajar todos los días con los diferentes descubrimientos que hizo John en el viaje y con las conclusiones de sus amigos. O dicho de otra manera, querían conectarse con Dios, tener sentido en la vida y entender más de estos temas.

También iban a dar algunas charlas y en general querían prepararse para transmitir el trabajo, cada uno en su medio.

—Yo no puedo asegurar que hoy sé mejor que antes qué es Dios— empezó John. Es

decir, cuál es su naturaleza, qué es él visto desde su propio punto de vista. Tengo mis sospechas, mis pensamientos y los voy a compartir con ustedes, sabiendo que se trata de algo sobre lo que no estoy seguro. Sé que Dios debe ser encontrado en un cierto plano donde el tiempo es infinito. Pero, ¿es Dios ese plano? No creo. Tengo la sospecha de que es la inteligencia contenida en ese plano o aquello que lo coordina. También estoy seguro de que tratar de diseccionar a Dios y entenderlo desde donde estamos nosotros, es un ejercicio vano.

Algunos dicen que Dios es una inteligencia universal, o la mente con letras mayúsculas. Probablemente están hablando de las mismas cosas, tal vez no. No es importante cómo le llamemos, sí que comprendamos lo que él abarca. Y esto es difícil, seguramente algún día comprendamos a Dios desde su propio punto de vista. Yo sé que no me detendré hasta que lo haga. Pero, para entonces puede ser que yo ya esté en el otro lado, añadió John bromeando al comienzo de la primera sesión, tarde esa noche del arribo de sus amigos.

—Yo sé, sin embargo, cómo experimento a Dios y lo que se necesita para sentir su presencia en la vida diaria.

—Concentrémonos en eso para que todos al final, antes de partir, podamos decir con certeza: Sí, yo sé lo que Dios es para mí, sé qué útil es para mí y para los demás. Sí, sé exactamente lo que debo hacer para conectarme con él. Sí, sé cómo hacer para que sea una parte de mi existencia día a día, una antorcha guía para mi vida. Sí, yo sé cómo comunicar mis experiencias a los demás acerca de Dios, así ellos también pueden tener esa experiencia y transmitirla a otros.

—También espero que podamos empezar a trabajar desde otro lugar más central, más interno, dentro de nosotros, muy diferente al que hemos tenido hasta ahora.

Permítanme explicar lo que quiero decir:

Después de mi viaje a las montañas de Argentina, me di cuenta que todo lo que había hecho y lo que continuaba haciendo revoloteaba alrededor de un centro de mi interior que trataba de poseer todo lo que se pusiera en contacto con él. No sólo trata de retener personas y cosas, sino que también quiere controlar la manera de pensar, sentir y actuar de los demás.

Ese centro de mi conciencia quería controlar todo dentro de mí también. Quería agarrarse de mis ideas para que perduraran por siempre, quería hacer mis sentimientos eternos, tanto los positivos como los negativos. Entendí algo extraño que nunca antes había sido capaz de explicarme: ¿Por qué la gente se aferra a sentimientos negativos que claramente le desagradan y a los otros aún más? ¿Por qué no se deshacen de ellos una vez que comprueban lo dañino que es tenerlos? Quizá es porque son propios y no queremos dejar ir nada que sea nuestro, a menos que obtengamos algo mejor a cambio.

Entonces, todo aquello con lo que me relacionaba en el mundo lo quería poseer para siempre. Cada pensamiento, cada emoción, cada sensación.

Me di también cuenta de lo absurdo que es aferrarse a estas cosas, pues no me las voy a llevar conmigo al otro lado: no me voy a llevar mi dinero conmigo, entonces para que molestarse aferrándose a eso. No me voy a llevar a mis amigos ni a la gente que yo quiero conmigo, y con toda seguridad que no me llevaré mi coche. Y cuando mi cuerpo muera, también morirán mis emociones, las sensaciones y los pensamientos generados y guardados en la memoria física. Eso tampoco me lo llevaré.

Entonces ¿para qué molestarme aferrándome a algo que no puedo mantener? Porque en el centro de mi conciencia está ese motor, ese mecanismo que me hace correr, que me dirige y que quiere poseerlo todo.

¿Cómo puedo cambiar esto? Poniendo otra cosa en el centro, como la convicción de que continuaré en el próximo plano. O la firme decisión de apreciar que la única cosa que vale la pena es lo permanente, lo que va a durar y lo que me llevaré conmigo. Entonces, si mi vida gira alrededor de algo que está conectado con otro plano, con otro mundo y me preocupo de construir un puente bien fuerte hacia el más allá, no

construiré con material que no sirva a la construcción. Las acciones no posesivas, que son las que se hacen por los demás, constituyen material de construcción para mi vida, viéndola en su eternidad. Todas mis conexiones con Dios fortalecen el edificio.

Este es mi centro ahora, mis amigos. Es muy débil y el otro aún actúa fuertemente, pero cuando estoy más lúcido, más en contacto conmigo mismo, sé lo que hay en mi centro y lo que debería haber allí. En esos momentos me doy cuenta de lo absurdo que es estar apegado a esas cosas que no me puedo llevar. Veo que estar adherido a eso es como un loco que durante el día construye y construye y en la noche destruye todo, siempre repitiendo lo mismo hasta que llega el momento en que se derrumba todo y muere dejando ruinas tras de sí.

En efecto, Dios no será encontrado en el plano del absurdo, de la posesión, del sin-sentido. Dios será encontrado en un plano en donde no estamos atrapados por nuestros pensamientos, sentimientos o sensaciones, el plano en el que tenemos un centro diferente, con el cual podemos construir el futuro y tener sentido.

Ustedes dirán, pero uno necesita moverse en el mundo de los hombres y las cosas y las ideas y sentimientos siguen trabajando. Sí, eso es verdad, pero la pregunta es, ¿trataré de poseer todo eso? Luego, sufriré y viviré una vida llena de accidentes. Es mejor moverse libremente entre la gente y las cosas, es mejor no estar atado a nuestros contenidos internos, así tenemos la posibilidad de no sufrir, de tener control, de tener sentido, de conectarnos con Dios.

Se dedicaron a trabajar día y noche. Algunas veces salían a caminar y a hablar con otra gente. Pocos días después tuvieron su primer encuentro con otras personas. Fue en la casa de John, en una reunión de amigos, familiares y colegas. También de amigas: Carol, Bridget y las que fueron más cercanas, con quienes John se las había arreglado para continuar la amistad.

—Los he invitado aquí, porque todos ustedes fueron muy considerados conmigo antes de que me fuera de viaje. Y todavía son muy deferentes conmigo, como también lo son mis nuevos amigos que conocí en el camino, quienes han compartido conmigo los descubrimientos. Es gente especial que yo quiero presentarles para que ustedes conozcan.

Ustedes son mi pasado, ellos posiblemente mi presente y todos juntos mi futuro.

Ustedes saben que yo me fui porque algo estaba faltando en mi vida, me hacía falta un sentido, no me sentía vivo. Me sentía como un impostor actuando con rutinas que todos hacemos, preocupado de cosas sin importancia, cuando se las examina bien. Aparentemente un accidente me hizo partir, pero no fue tal cosa. La verdad es que tuve la fortuna de escuchar una voz interna lo suficientemente testaruda y me siento muy agradecido con la vida por haber seguido esa voz hasta las últimas consecuencias.

Yo no soy perfecto y estoy muy lejos de serlo. En realidad no sé qué es lo que nuestro vasto universo va jalando o lo que nos hace jalar, pero puedo decirles lo que sé:

Sé que hay un Dios, pues hice contacto con él. Y cuando me paro aquí siento su presencia en mí y en ustedes. También sé que ustedes pueden tener experiencias similares si lo quieren, pero deben sentir la necesidad de hacer sus vidas más plenas de sentido.

También quisiera decirles que estoy convencido de que continuaremos existiendo después de la muerte física y que nada es más importante que tener esa convicción como la luz guía de nuestra presente existencia. Asimismo, agregaría que estoy convencido de que ustedes también pueden abrir su futuro completamente y perder el temor a la muerte.

¿Cómo llegué a estas conclusiones? Les contaré mi historia y compartiré con ustedes algunas de las experiencias para que puedan conocer lo que yo experimenté.

Entonces John les habló de los puntos básicos que expuso a los habitantes de la favela en Río. Además, les dijo que era muy diferente ser guiados por la oscuridad de

una conciencia posesiva, que hace que todo gire en torno a ella, generando naufragios y accidentes, a ser guiado construyendo la vida a la luz del sentido, a la luz de Dios.

Compartió con ellos la experiencia del guía interno y se refirió a las reflexiones que ayudan a estar en la “longitud de onda” correcta para alcanzar a Dios.

John se conmovió después al ver el efecto que su charla y experiencias habían tenido sobre estas personas. Se sintió más en paz con su pasado, como si lo hubiera cambiado, como si le hubiera dado vida. Y estaba feliz por ellos y por otros que ellos van a encontrar, porque estaba seguro de que por lo menos algunos de ellos iban a compartir sus experiencias con nuevas personas.

Los huéspedes de John no hablaron, pero se mezclaron con los invitados, los escucharon, les dieron sus puntos de vista. Sí, esa noche John se sintió pleno, porque vio su vida convertirse en una fuerte unidad. Estaba radiante porque su pasado se había transformado y lo acompañaría al futuro. Estaba feliz de ver que Carol parecía estar muy conmovida esa noche. Si ella continúa por este camino —pensó—, nuestros hijos van a tener la suerte de gozar de un sentido y contar con una buena fundación para construir el futuro.

John siguió reflexionando: el único que faltaba esa noche era su padre. Quizá vendría más tarde. Seguramente no todos quieren oír sobre estos temas y debería sentirme satisfecho por los que asistieron. No tendría que preocuparme por los que no vinieron. Después de todo, hay miles y millones que están esperando escuchar y reconocer el mensaje.

“Concéntrate en ellos”, escuchó a Ramos decirle.

Amo a mi padre y siempre tendré la mejor disposición hacia él, pero es libre de hacer lo que quiera y no puedo imponerle mi voluntad o preocuparme porque él no tenga ahora el coraje de enfrentarse a sí mismo. En realidad, estoy triste porque es mi padre y no porque sea otro ser humano que necesita orientación.

Cuando comprendió esto, John dejó este tema y disfrutó el resto de la noche con sus viejos y nuevos amigos y su familia, todos mezclados en un todo y la mayoría de ellos emocionados por el futuro.

En el oeste de Manhattan, en un salón comunal, se había organizado una charla. Uno de los colegas de negocios de John, Carlos, era de esa zona y muy activo en asuntos comunitarios. Carlos había estado en el apartamento de John y se mostró muy entusiasmado por las posibilidades que se abrían.

El salón estaba casi lleno con cientos de personas. Gente de todas las edades, la mayoría negros o de origen hispano, de acuerdo con la composición del vecindario. Había estudiantes universitarios, unos asiáticos y algunos que podían ser brasileños, o quizá de alguna de las islas del Caribe.

Carlos se puso en contacto con algunos líderes y pusieron avisos en los periódicos locales de la zona, también algunos carteles en lugares seleccionados y en el campus de la Universidad de Columbia. La mayoría de ellos, John lo descubrió después, estaban allí porque habían sido convocados oral y personalmente por los líderes comunitarios y los organizadores.

Carlos les dijo que un grupo compuesto por un par de asiáticos, un brasileño y un neoyorquino (hombre de negocios) querían hablarles acerca de asuntos espirituales.

Y John les habló así:

“Mis amigos, quiero compartir con ustedes los descubrimientos y las experiencias más importantes de mi vida. Quiero hablarles acerca de algo que espero haga que sus vidas sean más significativas, más efectivas, más agradables. Algo que puede unirnos, que puede cambiar las cosas en esta ciudad.

“Quisiera hablarles acerca de mis experiencias con Dios. No pretendo decirles quién es Dios, pues él es muy grande para quedar limitado a la versión de un ser humano.

“Tampoco pretendo que tales experiencias sean las únicas válidas o que mis convicciones sobre Dios sean mejores que las de cualquier otro.

“Pero estoy aquí porque creo que a algunos de los presentes les puede ser útil lo que tengo para decirles, esperando que sea benéfico para ustedes y su gente cercana.

“Mis amigos aquí presentes también han querido dirigirles la palabra, de acuerdo con sus experiencias. Han venido de lejos para verlos y compartir lo que es importante para ellos.

“Aiko de Japón, Linesh de la India, Chun de Hong Kong y Jaou de Brasil.

“Yo soy neoyorquino como ustedes, nací y fui criado en esta ciudad donde he trabajado y vivido casi toda mi vida. Pero mis raíces no sólo están aquí, están también en otras partes de este país y en otros como Colombia, de donde viene mi abuelo paterno. Fui muy afortunado por haber visitado varios veranos a mis abuelos en aquel país, aprendí el idioma y conocí la manera de ser de la gente.

“Nosotros los neoyorquinos venimos de todo el mundo, de todas las clases sociales; algunos de nosotros llevamos mucho tiempo y otros acaban de llegar.

“Gracias a la mezcla de personas, culturas y credos, algunos han dicho que esta ciudad no es realmente Estados Unidos, sino el lugar de reunión del mundo entero.

“Así que si aquí pudiéramos respetarnos el uno al otro, si lográramos vivir en armonía, si hiciéramos que nuestro hogar, Nueva York, fuera un espacio agradable para vivir, entonces la gente del mundo también podría hacerlo.

“Pero Nueva York no es ahora un lugar armonioso donde reina la justicia social. No es fácil para vivir. Es difícil mantenerse y el ritmo es muy exigente. No es segura y tampoco propicia para enfermarse, o envejecer, y tener que confiar en tus pares humanos para que te den una mano. Esta mano amiga que viene tal vez a través de algún servicio social. Claro, Nueva York es dinámica, viva, poblada con una enorme cantidad de individuos creativos y trabajadores.

“Pero Nueva York no es el Nueva York del Empire State, del Puente de Brooklyn, ni siquiera del Central Park. No es únicamente una ciudad de edificios, torres, puentes y parques, o la imagen cinematográfica de una masa sin rostro desplazándose aceleradamente por la Quinta Avenida o el centro financiero del mundo, Wall Street. También es el tren atestado de las 5:30 de la tarde entre Manhattan y Queens desplazándose con un caleidoscopio humano que refleja la cultura del mundo.

“Nueva York es ante todo muchas personas, como nosotros, con esperanzas y tristezas, viviendo en pequeños espacios, perdidos en la inmensidad de esta ciudad, aislados en nuestras casas y separados de los demás mientras circulamos dentro de una masa de gente camino del trabajo. Ocasionalmente asistimos y disfrutamos de diversiones que la ciudad nos ofrece para hacernos olvidar sus aspectos inhumanos o simplemente para estar en compañía de otras almas solitarias.

“Aquí sucede que las presiones, el aislamiento y los sueños frustrados hacen que mucha gente busque la forma de salir. Algunos a través de las drogas, otros con entretenimientos de toda clase y unos pocos buscan en sus propias almas.

“Esto último fue lo que yo hice.

Luego John procedió a describir la charla de Río, la experiencia del guía interno y el contacto con Dios.

“Dicen que todo se está descomponiendo en Estados Unidos. Probablemente es cierto. Los lazos entre las personas se están rompiendo, en las compañías, en las organizaciones, en las amistades y en las familias. Y los individuos se encuentran como si nada tuviera sentido y sin tierra firme para pisar.

“Reestablezcamos los lazos humanos, hagamos una fundación firme para poder construir.

“Mis amigos, se ha dicho que Estados Unidos es la tierra de Dios. Quizá sólo sea un cliché, pero igual hagámoslo y hagamos de Nueva York el punto de partida”.

Después de los aplausos y un descanso, el resto de los amigos hablaron brevemente.

Jaou hizo una corta versión de su charla en Río, acerca del sentido de la vida, agregando que era importante tener una dirección completamente abierta a futuro como nuestro centro de gravedad, a menos que uno prefiera vivir una vida descontrolada e insatisfecha, propensa a toda clase de accidentes.

Aiko habló acerca de la importancia de tratar a los demás como humanos, no como objetos y tratarse a sí mismo como tal.

“Para mí, era una gran revelación ver y sentir que yo era antes que nada un ser humano, después Aiko y por último una mujer. Entonces, a todas las mujeres aquí les digo: Trátense ustedes mismas con respeto. No digan que la mujer debe hacer esto y el hombre aquello. Mírense a sí mismas como seres humanos y sientan a su Dios dentro de ustedes. Ayuden a los hombres a verse a sí mismos como seres humanos y no sólo como hombres. En efecto, el color de tu piel es diferente al mío, pero eso no es relevante porque no estoy aquí como japonesa. Estoy aquí para hablarle a seres humanos, no a negros, morenos o blancos.

“Acepto que tengo muchas costumbres y valores de la cultura japonesa grabados en mí. Acepto que tengo muchas características de las que tenemos todas las mujeres. Y mi cuerpo me dice que soy una mujer, no un hombre.

“Pero antes que nada tengo la libertad de elegir. Eso es lo que me hace humana. Ustedes también tienen la libertad de elegir y tienen mucha fuerza interna. Por fuera usamos distintas ropas y nos vemos diferentes, pero por dentro somos humanos. Tratémonos como tales y consideremos las diferencias como cuestiones secundarias.

Chun habló de la importancia de lograr armonía en nuestra vida, de luchar para crear esa fundación firme de pensamiento, sentimiento y acción. Algo que signifique interesarse por los demás y lograr la armonía tratándolos como queremos ser tratados, para acercarnos a ese plano en donde uno puede encontrar y estar en contacto permanente con Dios.

Era maravilloso ver a Chun, su cara llena de paz y sus movimientos armónicos. La audiencia percibía que todo era posible y hasta fácil.

El maestro Linesh habló acerca de la moral y de la práctica de la no-violencia activa:

“No hay moral en nuestras sociedades porque no estamos conectados fuertemente con algo mayor que nosotros, no hay causas sociales en que la gente pueda creer y sólo se estima formalmente a los dioses. Tenemos que tener moral, reglas internas claras de lo que está bien y mal, no sólo reglas externas. Y si no tenemos moral, la sociedad y la civilización se desplomarán, nos volveremos animales y pares humanos se convertirán en objetos de caza y no en nuestros hermanos.

“Si estamos conectados con Dios, si reconocemos a Dios en los demás, si nos preocupamos de acercarnos cada día más a él, seguramente que haremos lo posible para hacer lo correcto, que es lo que nos hace ser más afines con él. Lo que está mal es lo que nos hace menos semejantes a él.

“Demostrarle a otra persona violencia no nos favorece en nada porque degrada nuestra humanidad y degrada a los demás. Deberíamos tratar de desarrollar dentro de nosotros un reflejo de disgusto por todas las formas de violencia, intolerancia o imposición. Tal como si deseáramos vomitar cada vez que ejercemos violencia sobre los demás.

“Además, no toleraremos la violencia en torno a nosotros. Lucharemos contra todas las formas de violencia, sea física, económica, psicológica, moral, racial o religiosa. No vamos a permitir que hagan un desastre en nuestro hogar común, en este planeta. No permitiremos mucho tiempo la explotación, la injusta distribución de la riqueza, que

algunos niños se vayan a la cama con hambre, que jóvenes y viejos sean discriminados. No hay derecho de que la gente sea tratada así, y nosotros tenemos todo el derecho a luchar en contra de eso porque el destino de este planeta es ser habitado por humanos que traten a los otros como humanos.

“Pero no vamos a luchar en contra de la violencia con violencia, lucharemos con la metodología de la no-violencia activa.

Después comenzó a explicar brevemente con abundantes ejemplos las diferentes formas de violencia, tanto personales como sociales. Mencionó a Ghandi, a Martin Luther King y a otros que han practicado activamente la no-violencia. Dijo que la otra cara de la moneda de la violencia era la comunicación. Así, mientras más real sea la comunicación directa, menos violencia existirá.

Después de las charlas, la gente comenzó a intercambiar entre sí y con los conferencistas, haciendo algunas preguntas y especulando sobre las próximas charlas y cómo se podría continuar. Se fijaron unas charlas para los próximos días y algunas organizaciones comunitarias querían encargarse de las necesidades inmediatas de ese vecindario.

Creo que el escritor estaba en lo correcto, ellos se organizan por su propia cuenta, recordó John para sí.

Los amigos fueron a varios vecindarios y a diferentes organizaciones durante los días siguientes. Sus charlas variaban, no en la estructura general, si en términos de quién daba la charla principal. John quería que se sintieran seguros antes de volver a sus países. Entonces todos experimentaron con la charla principal. Eso no era ningún problema, lo único que había que hacer era decir la propia verdad.

Con el tiempo las charlas se hicieron más cortas, con menos explicaciones y más testimonios directos de las propias experiencias.

Después de cada charla, la evaluaban y hacían experiencias intentando cada uno encontrar la poesía para componer su canción a Dios.

El día antes de partir, todos ellos pudieron decir lo propuesto: sí, he hecho contacto con Dios y sé cómo continuar fortaleciéndolo.

La gente que vino a varias charlas se mantuvo en contacto estrecho con John, a quién le informaban de reuniones que ellos mismos conducían según sus experiencias internas válidas. Según le explicaban, no resultaban tan bien presentadas como las de él y sus amigos, pero a la gente parecían gustarles. Lo invitaron a explicar un poco a los que daban las charlas la mejor manera de hacerlo. Y le pidieron sugerencias para los que se estaban organizando en las comunidades con diferentes proyectos sociales y culturales.

La bola estaba rodando. Algunos periódicos locales empezaron a publicar pequeños reportajes de algún nuevo fenómeno religioso originado en Japón, India o Brasil. Probablemente una nueva forma de macumba, decía un semanario. Pero tal como John le había dicho a sus amigos, ellos sencillamente nunca entienden. Pronto los grandes periódicos van a empezar a dar sus versiones distorsionadas, y eso no importará. Sin embargo, sería interesante para nosotros tener nuestras propias formas de comunicar nuestra versión al público. Pero bueno, eso vendrá más adelante, estoy seguro.

Hasta Tom y Carol le hablaron a un grupo de amigos. No asistieron muchos, según dijeron, pero quizá más adelante John podría venir y hablarle a un grupo más

numeroso, si ellos organizaban algo. Y casi todos los que fueron a la reunión que él hizo para la familia y los amigos, lo llamaron agradeciéndole por la invitación. Algunos dijeron que estaban pensando en invitar a un pequeño grupo a sus casas y le preguntaban si podía venir a hablarles a ellos también. Hasta su mamá había arreglado una reunión con sus amigas tres semanas después.

Más cuidadosa esta clase social, pensó John. Pero hay buenas personas aquí también. Con el tiempo, también ellos bajarán lentamente sus defensivas barreras sociales y comenzarán a escuchar cuando comprendan que no vale la pena seguir defendiendo el sistema, cuando admitan que han perdido su fe en él. Entonces escucharán en masa.

Había llegado el momento de partir de los amigos. Lograron hacer lo que era necesario, aprendieron lo que debían aprender en ese momento. Día a día se estrecharon sus vínculos, eran una mente y todos tenían una misión en sus propios países.

John los llevó al aeropuerto. Quedaba algo por hacer: él tenía que hablar con Jaou y Aiko aparte.

Le dijo a Jaou todo lo que le atraía Aiko, pero que tenía en claro que su interés por ella era más genuino, más cómo amigo y guía. Entonces le dijo: “adelante, haz lo que tengas que hacer”.

Aiko no se disgustó como él pensó cuando le dijo que deseaba mantener la relación entre ambos como amigos y de compañeros de lucha.

—Ya sé, John. No encaja ahora, y tal vez nunca. Pero tú me has dado más de lo que yo te puedo agradecer. Además, pienso que Jaou está interesado en mí y él tiene una cola más linda que la tuya.

Era difícil separarse de ellos, pero sólo fue por un instante. Luego John recordó que no sólo estaban conectados electrónicamente por Internet, sino que internamente también, en el mismo plano y haciendo las mismas cosas.

Al día siguiente, John fue de nuevo al aeropuerto. Unos días atrás, le había pedido a Linesh el número de teléfono de Tania. Él sabía que Linesh esperaba que lo hiciera, entonces había traído el número consigo.

—Hola.

Su voz penetró en su corazón.

—Hola, Tania.

Silencio. Simplemente se sintieron unidos el uno al otro a través del teléfono, en ese silencio eterno.

—Hola, John. ¿Cuándo quieres que vaya?

—El viernes.

—Estaré allí, dame tu número de tu e-mail y te enviaré mi número de vuelo.

—Fantástico, entonces nos vemos.

—Sí, John.

Ahora él la estaba buscando, ya era hora de encontrarse.

Mientras ella caminaba dejando atrás los controles de la aduana, John se asombraba otra vez por su belleza, con esa gracia para moverse y sus elegantes prendas occidentales.

Era la mujer que había abierto su corazón, que había estado espiritualmente con él todo el tiempo.

Pero ahora ella fue hacia él, ya no era solamente una imagen sino todo vida y energía. Era la mujer con la que quería compartir lo que sabía.

El tiempo se detuvo mientras se abrazaron suavemente, después el abrazo se volvió

más intenso cuando sintieron cada uno de sus seres.

Dio un paso atrás y la miró profundamente a sus ojos, dentro de su alma donde quería nadar, en ese amor y calor. Sí, ella, con su antigua sabiduría que podía entenderlo todo.

Sintió que había logrado todo y más también. No sabía adónde lo llevaría este camino, o qué iba a pasar en él, pero ya lo conocía.

Y ahora esto, una mujer con la que podría compartirlo todo, con la que podría compartirse él mismo, a la que podría dar lo que ella quisiera.

Su cara se abrió en una sonrisa y ella sonrió también en forma instantánea, uniéndose con él en ese momento de alegría. Era como si sólo una persona estuviera sonriendo, y no dos individuos separados.

Sintió a Dios en él, en ella y entre ambos.

Todo estaba muy bien, estaba en casa.